

BIBLIOTECA ESENCIAL DEL
**PENSAMIENTO
CONTEMPORÁNEO**

FRANÇOIS DUBET

¿PARA QUÉ SIRVE
REALMENTE
UN SOCIÓLOGO?

 **siglo veintiuno**
editores

Traducción de Luciano Padilla López

FRANÇOIS DUBET

¿PARA QUÉ SIRVE
REALMENTE
UN SOCIÓLOGO?

 **siglo veintiuno**
editores

Dubet, François

¿Para qué sirve realmente un sociólogo?.- 1ª ed. (especial).- Buenos Aires: Siglo Veintiuno Editores, 2015.
136 p.; 23x16 cm. (Biblioteca Esencial del Pensamiento Contemporáneo, 44)

Traducido por: Luciano Padilla López

ISBN 978-987-629-517-8

1. Sociología. I. Padilla López, Luciano, trad.
CDD 301

Cet ouvrage a bénéficié du soutien des Programmes d'aide à la publication de l'Institut français.

Esta obra ha sido beneficiada con el apoyo de los Programas de ayuda a la publicación del Institut français.

Título original: *À quoi sert vraiment un sociologue?*

© 2011, Armand Colin Publisher

© 2012, Siglo Veintiuno Editores Argentina S.A.

Diseño de interior: tholón kunst

Diseño de cubierta: Eugenia Lardiés

ISBN: 978-987-629-517-8

Impreso en Arcángel Maggio - División Libros // Lafayette 1695,
Buenos Aires, en el mes de enero de 2015

Hecho el depósito que marca la ley 11.723
Impreso en Argentina // Made in Argentina

Índice

1. De la utilidad de la sociología	9
Las sociedades deben conocerse	10
Tres conceptos sobre la utilidad de la sociología	13
La pericia	18
2. La sociología en entredicho y puntos débiles de la disciplina	21
Las falsas disputas de la sociología	25
3. ¿Cómo reconocer la “buena sociología”?	33
De los hechos	35
De los razonamientos y de los mecanismos	39
Problemas sociales y sociología	41
4. La sociología entre la función crítica y la recuperación	45
El regreso del actor	47
Una “recuperación” limitada	49
5. ¿La sociología es necesariamente crítica?	53
El estilo crítico	55
La pose crítica	57
El compromiso	59
6. La sociología del individuo	65
El individuo inserto	66
Salir de la asimilación	67
Individuo y experiencia social	70

Las condiciones sociales de la experiencia individual	73
7. Justicia e injusticia sociales	75
De las razones sociológicas	77
¿Una sociedad justa?	81
8. ¿A quién se dirige la sociología?	85
Los <i>mass media</i> eligen	87
La intervención pública	90
La acción política	92
9. ¿Un itinerario?	95
Historia de investigaciones e historia social	96
Los desafíos teóricos	101
10. La sociología frente a aquellos que estudia	105
La intervención sociológica	107
11. A los estudiantes que se interesan por la sociología	113
La universidad	113
Construir estudios	117
El tiempo de los estudios	121
Referencias bibliográficas	125

1. De la utilidad de la sociología

¿Por qué o cómo uno se hace sociólogo? · ¿la sociología se pregunta sobre su utilidad?

Primera precaución: me siento muy incapaz de decir por qué me hice sociólogo. Por supuesto, no es consecuencia de una vocación precoz: cuando dejé atrás un liceo en que nunca se había pronunciado la palabra “sociología”, ignoraba incluso la existencia de algo con ese nombre. Se percibía la historia, la filosofía y, en menor medida por aquel entonces, la economía y la psicología como las únicas ciencias humanas sociales serias. Y por una sucesión de causas azarosas y de relativas incompetencias me vi de pronto ya estudiante de sociología (Dubet, 2007). En general, resulta más honesto y más serio decir *cómo* uno llegó a ser lo que es, antes que decir *por qué*, en nombre de cuál destino, proyecto o vocación. Además, pienso que la construcción “tener un proyecto”, que actualmente se presenta a liceístas y a jóvenes estudiantes, asocia crueldad mental con irrealismo sociológico, pues la mayor parte de las historias de vida desarrolladas por los adultos ya establecidos son una suerte de “novelas”, relatos que uno cuenta (a los demás y a uno mismo) para dar algo de consistencia y de coherencia a una vida que le gustaría apreciar como obra suya y consumación de un proyecto.

Segunda y última precaución: la palabra “utilidad” podría sobresaltar a más de uno, ya que evidentemente la ciencia apunta en primer término a producir conocimientos, y no sería capaz de someterse a un principio de utilidad. Por ende, no cabe hablar aquí de utilidad en sentido estricto, sino más bien amplio: ¿cumple la sociología un papel en la vida social? ¿Cuál? ¿Y cuál es su vocación? A priori, la sociología es menos “útil” que la biología o la tecnología —no es la fuente de industria alguna—, pero no es menos “útil” que la música, la pintura, la filosofía o la literatu-

ra. Como todas esas formas de expresión, cumple un papel, sirve para algo, incluso si critica el utilitarismo. Teniendo en cuenta que los sociólogos son tan hábiles a la hora de mostrar para qué “sirven” las demás disciplinas, más allá de lo que ellas quieran o piensen al respecto, sería extraño que se negaran a aplicar sobre sí los razonamientos que están en el núcleo mismo de su práctica.

LAS SOCIEDADES DEBEN CONOCERSE

Una vez enunciadas estas reglas de prudencia, tomemos como punto de partida una afirmación medular: la sociología es útil porque las sociedades modernas ya no se representan a sí mismas como el cumplimiento de un proyecto divino —así sucedía hace ya mucho tiempo—, o como el producto transparente de la voluntad de los hombres sellada libre y racionalmente en un contrato social, según lo soñado por el Siglo de las Luces. Los mitos religiosos, por un lado, y las leyes libremente consentidas, por el otro, no bastan para explicar cómo se sostienen, se forman y se transforman las sociedades cuando uno ya no cree en los mismos dioses —y a menudo en ningún dios— cuando el soberano, el Estado y las leyes ya no organizan la totalidad de la vida social, cuando el cambio social se volvió regla. Para poder decir todo eso, Auguste Comte inventó el término “sociología”. Las sociedades modernas deben construir representaciones de ellas mismas, deben conocerse porque no son, como los demás seres naturales, producto de la mera necesidad. Vista de tan lejos, la cuestión de la utilidad de la sociología no se plantea siquiera: las sociedades modernas necesitan sociología porque son modernas, porque saben que son consecuencia de su propia acción, porque el mundo se abrió, porque las culturas y las sociedades que se rozan cada vez más unas con otras deben conocerse y reconocerse todo el tiempo. De nuestra parte, sabemos bien que las respuestas a los problemas sociales que suelen escandalizarnos —la pobreza, la opresión, la violencia— pasan por las convicciones morales y por la voluntad política, pero también sabemos que pasan por el conocimiento, por la sociología y por todas las ciencias sociales.

La utilidad de la sociología parecía darse por sentada cuando yo era estudiante en la segunda mitad de los años sesenta. Por ingenuo que parezca, en una sociedad industrial en pleno crecimiento estábamos convencidos de que la ciencia y el conocimiento trabajaban naturalmente por la felicidad del género humano. Y en un momento en que las ciencias de la naturaleza y la técnica parecían tan manifiestamente positivas, las ciencias del hombre y de la sociedad podían pretender desempeñar un papel equivalente. El conocimiento objetivo de la vida social y de los mecanismos de “funcionamiento” de las sociedades podían incrementar el “grado de conciencia” de los actores sociales, podían volverlos más libres, más eficaces, más racionales...

Raymond Aron (1960), de quien no podemos decir que fuese especialmente optimista e ingenuo, escribía a principios de los años sesenta: “La sociología tiene vocación de ser la conciencia de sociedades lo bastante ambiciosas o ingenuas como para entregarse a la observación objetiva y a la curiosidad sin barreras”. Sociedades “ambiciosas”, porque estaban convencidas de que el conocimiento les permitiría actuar sobre sí mismas; sociedades “ingenuas”, porque al mirarse a la cara perderían, de paso, algunas ilusiones. En forma elemental: la sociología siempre pone de relieve la distancia que media entre las representaciones y las realidades, entre los más elevados principios y los hechos más banales; y dejar al desnudo esa distancia es en sí una acción útil. A fin de cuentas, la obra *Los herederos* (Bourdieu y Passeron, 1964) denunciaba las desigualdades escolares mientras sugería una organización más racional y más justa de la enseñanza y de la pedagogía. *La conciencia obrera* (Touraine, 1966), *El fenómeno burocrático* (Crozier, 1963), *La fin des paysans* (Mendras, 1967) y los libros de Edgar Morin sobre la cultura de masas (1962, por ejemplo) describían cambios, enfatizaban los logros y los riesgos, dejaban en evidencia formas de dominación, impedimentos e ilusiones, a la vez que cuestionaban el control de las transformaciones sociales.

Digámoslo sin rodeos: creo que esta concepción de la utilidad de la sociología, habitual por ese entonces en sociólogos muy diferentes, no está completamente muerta; no hay duda de que todo sociólogo piensa (como Durkheim) que la sociología vale la pena

en la medida en que se la considere útil. Desde luego, uno ya está lejos de creer en los reyes magos, pero subsiste algo de confianza científicista en las ciencias humanas, aun cuando la ciencia haya perdido una cuota de candidez; a fin de cuentas, en verdad uno no critica la ciencia si no es en nombre de la ciencia.

Esos años en que imperaba la confianza en la utilidad de la sociología no se explican sólo con motivos intelectuales. En la Francia de los años sesenta, la Guerra de Argelia ha finalizado, hay prosperidad económica, algunos altos funcionarios apoyan la investigación sociológica porque están convencidos de la necesidad de modernizar el país después de haberlo reconstruido. Cuando la sociología se instala en el ambiente científico y universitario, su utilidad se vuelve ya mucho más evidente. Se afianza en el terreno de las ciencias humanas y sociales desde la época en que avanzaba disimulada detrás de la filosofía, la pedagogía con Durkheim, o la “psicología colectiva” con Maurice Halbwachs. La sociología entró en el CNRS (Centro Nacional de Investigación Científica) en los años cincuenta gracias a Georges Friedmann; en 1958, se creó una licenciatura, y un ciclo completo de formación se abrió en 1967. Hasta ese momento, si bien los sociólogos podían contar con un reconocimiento intelectual, no tenían peso alguno frente a los historiadores, filósofos sociales y economistas que en fecha tanto más temprana habían obtenido posiciones académicas indiscutibles. Más tarde, se dio un brusco aumento en la cantidad de sociólogos: trescientos docentes-investigadores en 1978, ciento cuarenta y ocho sociólogos en el CNRS, mientras alrededor de seiscientos sociólogos trabajaban bajo contrato (Dubar, 2002). A fines de los años sesenta, un estudiante de sociología podía creer que la sociología tenía un porvenir y que lo encaminaría hacia un oficio y un puesto laboral.

La creencia en la utilidad de la sociología también podía provenir del sentimiento de que ella participaba en un combate contra las viejas ideologías. Modernizador en lo concerniente a la economía y a la administración, el gaullismo seguía siendo profundamente conservador en lo vinculado con las “costumbres”; estimaba más al Estado que a la sociedad, y más a Francia que a los franceses.

En el frente contrario, el Partido Comunista rechazaba la sociología, que asimilaba a una “ciencia burguesa” llegada de los Estados Unidos; gracias al marxismo oficial, creía poseer las claves de las leyes de la vida social y del sentido de la Historia, y muchos intelectuales hicieron un largo trecho calcando los tics discursivos de la *intelligentsia* soviética. Los sociólogos podían confiar tanto más en la utilidad de su ciencia conforme se la identificaba ampliamente con un llamamiento a la modernidad, a la crítica social y a la democracia. Por otra parte, la sociología estaba, sin más, prohibida o reducida a la condición de ideología oficial en los países no democráticos. En cierta medida, un estudiante –como era mi caso– podía pensar que la sociología consistía en otra manera de hacer política cuando la vida política estaba como sofocada entre el gaullismo y el comunismo, y esta creencia intensificaba el sentimiento de que la sociología era útil e importante.

Por supuesto, este panorama es más la burda evocación de un clima social que una descripción exhaustiva del estado de cosas al promediar los años sesenta. Los sociólogos estaban lejos de estar de acuerdo entre ellos, la conquista de legitimidad todavía era frágil, pero todo parecía indicar que para los sociólogos, en cualquiera de los casos para los aspirantes a su práctica profesional, la utilidad de su ciencia se daba por descontada.

TRES CONCEPTOS SOBRE LA UTILIDAD DE LA SOCIOLOGÍA

En los años setenta, cuando la sociología se instala sólidamente en la universidad y en el CNRS, cuando se crean un CAPES (Certificado de Aptitud para el Profesorado y la Enseñanza Secundaria) y un concurso público [*agrégation*] en ciencias sociales, las concepciones de la utilidad de la disciplina sufren un sensible desgarró. Más allá de teorías, estilos y capillas contrapuestos, es posible discernir tres concepciones fundamentales acerca de la sociología.

Después del Mayo del 68, gran parte de los sociólogos adhiere a la atmósfera “revolucionaria” y a la crítica imperante por ese entonces en la sensibilidad intelectual. Para ellos, la sociología

debe primordialmente dejar al desnudo los mecanismos de la dominación capitalista, desenmascarar todas las formas de poder, incluidas las provenientes del proyecto de las Luces y de la Razón que a priori invocaba la libertad. Esta sensibilidad es sin duda muy heterogénea. Los marxistas la sustentan en gran medida. A menudo inspirados por Louis Althusser, denuncian la dominación de clase que pesa sobre la educación, la cultura, la ciudad... Otros, más cercanos a Michel Foucault, la emprenden contra las instituciones, cuyos mecanismos de poder develan. Por último, otros, inspirados por Pierre Bourdieu, toman como respaldo una sociología más clásica, poniendo en evidencia los mecanismos de dominación que anidarían en el núcleo íntimo de la acción individual. Pese a sus diferencias, todas estas corrientes conciben la sociología como una disciplina crítica: los actores parecen completamente dominados por el sistema, y el propio sistema es un mecanismo de dominación. Unos, en especial Bourdieu y Foucault, piensan que dejar al desnudo la dominación permitirá que los actores sean menos ingenuos en sus acciones y acaso en sus luchas. Los otros están ligados de forma más directa a un proyecto revolucionario. Estas distintas concepciones críticas de la utilidad de la sociología no significan, claro está, que todas las investigaciones inspiradas en ellas sean reducibles a ese proyecto y no puedan tomarse hoy en día como experiencia ganada para aquellas sociologías más positivas y científicas. Pero no me refiero aquí al valor científico de las obras: recuerdo las representaciones de la utilidad social de la sociología definida como una ciencia del develamiento y de la crítica.

Otros sociólogos se sitúan de una manera distinta en la vida de la polis. Piensan más directamente que la sociología debe incrementar el grado de racionalidad de las sociedades y participar en lo que de allí en más denominamos "buen gobierno". Sospechada, a menudo de modo injusto y simplista, de estar "al servicio del poder", esta sociología estudia las organizaciones, los mecanismos de decisión y lo que algo más tarde se denominará "políticas públicas". En este caso, es menos cuestión de desenmascarar la dominación que de reseñar los impedimentos, los efectos perversos, los modelos culturales que debilitan las capacidades de acción de

los actores, en particular de los responsables políticos y sociales que se esfuercen por actuar sobre la vida social. Muy a menudo se asocia esta concepción pragmática de la sociología con el modelo teórico de elección racional, en procura de demostrar que en la mayor parte de los casos las elecciones no son tan racionales como aparentan, o que lo son de otro modo. *El actor y el sistema* (Crozier y Friedberg, 1977) es sin dudas la obra central de este período y esta concepción de la vocación de la sociología. Podemos también considerar que la teoría de los efectos perversos —presentada en germen por *La desigualdad de oportunidades. La movilidad social en las sociedades industriales* (Boudon, 1973)— participa en un proyecto de conocimiento que apunta a optimizar la racionalidad de las decisiones en materia de educación, aunque Raymond Boudon siempre haya sido muy cauteloso y haya intervenido muy poco en los debates públicos.

Por último, puede diferenciarse una tercera concepción de la utilidad de la sociología, que apunta a la intervención de los sociólogos en la formación misma de los actores sociales. Convencido de que la sociedad industrial se volcaría hacia otro tipo de sociedad, la postindustrial, Alain Touraine (1969, 1978) afirmaba que la sociología debía acompañar esa modificación elevando el grado de conciencia de los actores, propiciando el nacimiento de nuevos movimientos sociales. Por consiguiente, había que vincular un proyecto de conocimiento a una capacidad de intervención directa sobre los actores, mediante métodos que no se limitasen a medir y observar las cosas, sino que intentasen ver cómo se constituyen los propios actores sociales, cómo ese mundo viejo da a luz algo nuevo incluso en un momento en que los actores y los movimientos sociales suelen pensar según las categorías de la vieja sociedad.

Por mi parte, después de una tesis relativamente "clásica" que se ocupaba de la formación de los proyectos profesionales de los jóvenes, me aventuré en dirección a esa sociología, porque me parecía que era útil más directamente y la más capaz de incidir sobre la vida social y política (Touraine, Dubet, Hegedus y Wiewiorka, 1978, 1980, 1981; Touraine, Dubet, Strzlecki y Wiewiorka, 1982, y Touraine, Wiewiorka y Dubet, 1984).

¿A qué se debió esa opción que determinó mi vida profesional? Sin lugar a dudas hay un encuentro, el mío con Touraine, que me dio la sensación de que la sociología podía ser muy distinta a un ejercicio académico y que ella debía intervenir, sin más, en plena crisis de la vida social. Lo expresaré de modo directo: estaba seguro de que no me iba a aburrir. Tal vez quisiese acortar la distancia que percibía entre las retóricas ideológicas y políticas y lo que yo creía ver de la vida social. Sentía también cierto malestar frente a las sociologías críticas, no porque fuesen críticas, lo que iba muy bien conmigo, sino porque me resultaban agobiantes: sus conclusiones ya estaban incluidas en sus hipótesis y, más que cualquier otra cosa, hacían de los actores simples puntos de apoyo de las estructuras sociales, cuestión que yo no admitía, ni para mí ni para los demás. Por último, la sociología de acción racional me parecía demasiado proclive a aceptar el mundo tal como era. Su relativo “cinismo”, su “sensatez” y su reformismo moderado distaban de los aires de la época que yo respiraba.

Esa diferenciación entre tres concepciones fundamentales de la utilidad o de la vocación de la sociología —la crítica, el desarrollo de la racionalidad y la intervención— es tan esquemática y tan “reconstruida” que no debe considerársela un panorama realista de la sociología de los años setenta. Cada uno de esos “campos” es extremadamente heterogéneo; más allá de esos contados “faros” que mencioné, la mayor parte de los sociólogos, jóvenes o no tanto, circula entre los distintos polos. Las contraposiciones entre sus principios no vedan las coincidencias latentes respecto de los métodos, y la segmentación que marcaba una oposición entre sociologías de izquierda, sociologías de derecha y sociologías “proféticas” no sería más que una caricatura. Caricatura tanto más burda por cuanto, salvo ciertas excepciones actualmente caídas en el olvido, el modelo del intelectual orgánico portavoz de una causa y de un partido ya no estaba vigente. Las lecturas, las amistades y los despliegues de admiración cruzaban sin dificultad las fronteras artificiales que recién tracé. Por contrapartida, los tres tipos de utilidad de la sociología aquí esbozados parecen más sólidos que las definiciones de las escuelas de pensamiento, que de cuarenta años a esta parte sufrieron muchas transformaciones. Sin embargo, como estos

modelos de la utilidad de la sociología son “tipos” relativamente abstractos, debe reconocerse que en los hechos la mayor parte de los sociólogos circula entre uno y otros según sus condiciones de trabajo, sus proyectos, su sensibilidad y los contextos políticos y sociales dentro de los cuales se desempeñan. El propio sociólogo puede realizar estudios eruditos y acotados que sólo interesan a un público limitado, y en otro momento redactar un artículo o una obra cuyo objetivo será incidir en el debate público.

Si bien estas concepciones sobre la utilidad de la sociología podrían en ocasiones evocar ciertas maneras de definir los estilos sociológicos (Boudon, 2002; Burawoy, 2005), no se las puede confundir con las definiciones de la disciplina en sí. Por ejemplo, dentro del marco de la corriente crítica se propugnan estilos sociológicos muy diferentes: estudios descriptivos, “cameralistas” diría Boudon, análisis estadísticos a la manera de *El suicidio*, de Durkheim, trabajos estrictamente teóricos... Por lo demás, afortunadamente la manera en que la sociología es útil no se desprende directamente del modo de hacer sociología. Sin esa distancia entre la producción científica y la manera en que piensa actuar sobre la vida social, la sociología sería apenas una modalidad de intervención pública y una ideología. Los trabajos pueden tener, o no, un valor científico independiente de su utilidad y de sus efectos sociales. Y, a la inversa, la sociología puede participar en el debate público, en las disputas en que se mezclan la ciencia y la política más allá del estilo de los trabajos, y a menudo sin que las concepciones de la utilidad de la sociología incidan en forma directa.

Estas observaciones valen en particular para los años sesenta y setenta, cuando las ciencias sociales gozaban de un sólido reconocimiento entre el público cultivado. En ese momento, no sólo algunos sociólogos entraban en el selecto grupo de los intelectuales más reconocidos, sino que el alto nivel de tiradas y ventas de las obras de ciencias sociales más serias (y, en ocasiones, más ascéticas) bastaba para demostrar que la disciplina era útil porque causaba interés. De hecho, la sociología define su utilidad social menos de lo que la sociedad define la utilidad de la sociología. Para convencerse de su impacto social durante ese período, basta

ver cómo algunos de sus conceptos clave entraron en el léxico. Los gerentes y los dirigentes más esclarecidos hablan el idioma de Crozier con sus nociones de “impedimento” y “zonas de incertidumbre”, y el de Boudon con sus “efectos perversos”; el *habitus*, la violencia simbólica y la distinción ya no tienen secretos para los educadores militantes, los críticos culturales y los creativos publicitarios. Resulta evidente que los sociólogos no manejan los usos que se dieron a su producción científica, pero aún más, que la popularidad de un vocabulario y de ciertos tipos de razonamiento indica que la sociología responde a una “demanda”.

LA PERICIA

A juzgar por el desarrollo que tuvo a partir de los años ochenta, la sociología parece ser cada vez más útil. Se inauguran departamentos específicos y laboratorios en la mayor parte de las ciudades universitarias, se promueven los comités de estudio, los sociólogos acceden a empleos en las grandes jerarquías administrativas y a veces en las empresas. Se hace frecuente oír a los sociólogos en los medios masivos de comunicación no bien se habla de “cuestiones sociales” o “de sociedad”, ya se trate de conflictos sociales, de barriadas periféricas o de prácticas amorosas... Los sociólogos ya no son “unos marginales” usualmente reducidos a ciertas personalidades brillantes, y de a poco la disciplina se ha instalado. De cada cuatro alumnos de liceo uno aprende los rudimentos de la sociología y, a partir del ciclo lectivo 2010, todos son iniciados en ella.

Como suele ocurrir, la profesionalización de los sociólogos, y en especial su multiplicación, fue de la mano de una creciente especialización. Para tener una existencia profesional, los jóvenes sociólogos se ven tentados de volverse especialistas en un determinado ámbito. Es común que un investigador haga toda su carrera enfocado en un mismo objeto de estudio, que así se forje una posición en la red nacional e internacional de especialistas en ese objeto y que pueda publicar en las revistas que tienen

como eje ese mismo tópico del cual él se ha vuelto hiperespecialista y, a veces, el “dueño”.

Por fuera de los grandes temas clásicos (el trabajo, los movimientos sociales, las organizaciones, la educación, la familia, la religión), la sociología se constituyó paulatinamente como una suerte de ciencia de los problemas sociales emergentes: las periferias urbanas, las migraciones, las minorías, las políticas públicas, los medios masivos de comunicación, los jubilados y pensionados, el medio ambiente, la ciencia, las técnicas, la salud... En el seno de cada uno de estos conjuntos se forman otras especialidades más refinadas aún, en cierta forma como sucedió con el mundo médico, que en un lapso de cincuenta años pasó de una veintena de especialidades reconocidas a cerca de un centenar. La Asociación Francesa de Sociología cuenta en la actualidad con varios miles de integrantes y varias decenas de *ateliers* temáticos.

Esta evolución hacia la especialización no obedece sólo a una suerte de ley natural provocada por la multiplicación de miembros de una profesión y de aquellos que desean ingresar a ella. Responde también a la mayor fuerza que cobra la demanda de pericia [*expertise*]. Con la descentralización y multiplicación de los lugares de decisión, a partir de la mitad de los años ochenta la evaluación de las políticas públicas pasó a formar parte de los usos y costumbres: cada proyecto de reforma convoca estudios previos y cada política implica —menos a menudo, no obstante— una evaluación de sus efectos. Por ende, la utilidad de la sociología por obra de la pericia se impuso ampliamente, y muchos de los jóvenes sociólogos “ingresan a la carrera [profesional]” por ese cauce, a veces como beneficiarios de contratos de investigación o de una beca de doctorado, con el requisito de que parte de la tesis se desarrolle en una asociación, una empresa o un ente administrativo público, y que tenga una utilidad directa (es el principio de las becas CIFRE [Convención Industrial de Formación para la Investigación]).

En ocasiones, se percibe el desarrollo de esa pericia como una forma de renuncia a la autonomía científica, pues el investigador está “al servicio” de una organización más que al de la verdad. Ese recelo me enoja; debo decir que hay algo más bien desagradable

en la manera en que ciertos sociólogos se benefician de la libertad que les da la universidad, y en que los grandes organismos de investigación desestiman la especialización a la cual se dedican quienes, para vivir, no suelen tener otra opción. ¿No es extraño invocar la utilidad de la sociología y condenarla cuando responsables y actores piden a los expertos elucidar sus decisiones? Además, podemos estar seguros: raras veces estas decisiones resultan sólo de la pericia. De modo fundamental, la distinción entre el erudito y el experto, entre la investigación pura y la aplicada, es retórica: más que describir la realidad de las prácticas profesionales, está al servicio de la diferenciación interna en el mundo de los sociólogos. La mayor parte de los sociólogos participan a la vez en una sociología general que les proporciona una legitimidad académica y en una sociología especializada que les da acceso a las redes profesionales, a los contratos de investigación, a los empleos más o menos estables. Que se conceda mayor dignidad a quienes se presentan como investigadores "puros" no impide que gran cantidad de sociólogos, tal vez la mayoría de ellos, sean antes que nada especialistas en un objeto, un problema y una especialidad.

Me parece, pues, que en la actualidad la sociología es útil, y que lo es de múltiples maneras. Es útil cuando es crítica, cuando muestra que la sociedad no es lo que cree ser. Es útil cuando aconseja. Es útil cuando crea conocimientos "puros" y pericia práctica. En especial, es útil cuando toda esta actividad participa en un debate más o menos abierto y público. No está confirmado que la sociología mejore las sociedades, pero sí que estas serían peores de lo que son si la sociología no les devolviese una imagen de ellas mismas más o menos verosímil y, en la mayor parte de los casos, una imagen bastante poco complaciente.

2. La sociología en entredicho y puntos débiles de la disciplina

Impugnación de la sociología: ¿en qué ámbito: ciencia o ideología? · legitimidad y recelo · del pluralismo a la dispersión, una verdadera debilidad política de la sociología

En la mayoría de los países ricos y relativamente democráticos, la sociología no está más cuestionada hoy que ayer. Al contrario, surge y se desarrolla en aquellos donde era endeble o estaba casi ausente. Y no se trata de "países pequeños": sucede en China o en la India. La Asociación Internacional de Sociología es cada vez más internacional. La sociología está viva y dinámica desde hace largo tiempo en América Latina, no desapareció en África y es evidente que se desarrolla en Asia y en los ex países comunistas. Se enseña un poco de sociología a los trabajadores sociales, a veces a médicos, juristas y periodistas. En Francia, la revista *Sciences Humaines* está en todos los puntos de venta; no es una publicación erudita, pero es excelente. ¿Y quién hubiera creído alguna vez que las revistas más "puntillosas" y serias llegarían a los públicos de masas?

Desde luego, no todo marcha del mejor modo en el mejor de los mundos: los departamentos de sociología no son los más potentes de una universidad, los créditos de investigación asignados a los sociólogos no están siempre a la altura de las necesidades, las tiradas de los libros de sociología son relativamente pobres, como sucede con las obras de los historiadores, filósofos y psicólogos más serios. Podemos lamentar que la sociología seduzca poco a aquellos estudiantes que eligen disciplinas que ofrecen carreras profesionales menos inciertas y mejor remuneradas. Y para aquellos que culminan su itinerario de formación, el acceso a un empleo estable de sociólogo es cada vez más aleatorio. Acaso en eso consista el mayor riesgo.

Por ende, tenemos que incorporar más matices a nuestros juicios sobre la situación de la sociología; salvo que se considere que ella debería ser la "reina de las ciencias", no le va tan mal como

suelen decir. Al menos, no le va peor que a las disciplinas que son sus "primas hermanas". La sociología, como muchas disciplinas y como ciertas instituciones —entre ellas, la familia, la escuela o la Iglesia y, en términos generales, el mundo de la cultura—, de buena gana se inscribe por sí sola en un relato de crisis. Habría existido una "edad de oro" —aquella de los padres fundadores y de los grandes sociólogos que los sucedieron— habría existido un momento de verdadera influencia social, habría existido una época de pura libertad para investigar... Y para los docentes habría existido una época de estudiantes brillantes, plenamente impulsados por una vocación clamorosa. Siempre me sorprende ver cómo mi propio mundo profesional cede a las representaciones y relatos que tan bien percibe en los demás. "Antes", no todos los sociólogos, como no todos los músicos, eran unos genios; no todos los libros publicados en los años setenta eran obras maestras —¡lejos de eso!—; no todos los ámbitos de trabajo eran creativos... Pero con el paso del tiempo uno recuerda tan sólo aquellos que surgen y resisten al desgaste, y termina por pensar que todo era a su imagen y semejanza. Así, se vuelven colosos cuyas obras la sociología más académica comenta como testimonios de una edad dorada. ¡Ah, ya lo habrían dicho todo, y tanto mejor, los grandes sociólogos del pasado! Desde luego, hay que leer y releer a los "padres fundadores", pero ciertamente no para regodearse en la voluptuosidad de la sensación de decadencia.

Hoy, como ayer, los mismos enemigos ponen en entredicho la sociología: todos aquellos a quienes les desagrada que les disputen el monopolio de la representación de la vida social. Y cuando se reflexiona un poco, se advierte que esta situación es normal, pues con esa especie de realismo crudo que le es propia, con su relativismo, con su cinismo y ese modo de no creer lo que le cuentan, la sociología rasga el decorado de la vida social. Eso no impide que algunos filósofos piensen que la filosofía es muy "trivial". No quita que a algunos economistas les desagrade cuando se les demuestra que la economía no explica la totalidad de los fenómenos sociales. No quita que algunos psicólogos crean que las conductas se explican ante todo por medio de la personalidad, la historia y, cada vez más a menudo, los aspectos innatos de los in-

dividuos. Pero en ese caso es cuestión de combates relativamente limitados, y no creo que la sociología se vea impugnada de modo directo. El hecho de que haya explicaciones que compitan con las de la sociología no significa que se la ponga en tela de juicio dentro de un universo científico donde se admite con facilidad que los mismos objetos "reales" pueden aprehenderse y redefinirse por obra de distintas disciplinas. Por ejemplo, no puede haber guerra abierta alguna entre los sociólogos que se preguntan sobre la distribución estadística del fracaso escolar y los psicólogos que intentan comprender los mecanismos psicocognitivos del aprendizaje. En el mundo de la investigación, la relativa indiferencia de cada disciplina hacia sus vecinas está más divulgada que la agresión. Bajo ningún aspecto los cuestionamientos a la sociología se hacen en la dimensión del accionar científico propiamente dicho.

Los críticos de la sociología se prodigan en un registro más político que científico: hay quien se pregunta para qué sirve y, en el caso de que sirviera de algo, si su papel no sería negativo. Volvamos al ejemplo de los análisis del fracaso escolar. Si bien no se puede objetar la explicación de ese fracaso mediante causas psicológicas singulares, es muy discutible reducir el fracaso escolar a esos únicos mecanismos, pues los sociólogos ponen en evidencia que los niños de los grupos desfavorecidos fracasan más que los demás. El gobierno que no adhiriera a otra explicación que a la psicológica atribuirá la responsabilidad del fracaso a los individuos mismos, propondrá detecciones precoces y programas especiales, no se sentirá obligado a reducir las desigualdades en la oferta escolar como sí lo invita a hacer el análisis sociológico. El gobierno que no adhiriera a otra explicación que la sociológica actuará sólo sobre las estructuras, sintiéndose facultado a olvidar que los promedios estadísticos ocultan distribuciones individuales: el hecho de que las niñas tengan *en promedio* mejores resultados escolares que los varones no significa que *todas y cada una* de las niñas tengan mejores resultados que *todos y cada uno* de los varones. Dado que los análisis inducen o sugieren políticas diferentes, se los puede cuestionar por sus efectos sociales reales o supuestos. Hay, pues, una competición científica que oculta un conflicto político e ideológico. La competición de influencias es

aun más vivaz entre la sociología —ciertas sociologías— y la economía —ciertas economías, también— que pueden recurrir, para los mismos problemas sociales, a respuestas sociales y políticas fuertemente contrapuestas.

Si hoy en día se pone en entredicho la sociología, es menos por su estatuto epistemológico de “ciencia blanda” que por su propensión a “explicar lo social mediante lo social” y por ende a esbozar respuestas y soluciones que pueden disgustar a los poderes conservadores y, en tiempos más recientes, conservadores y “ultraliberales”. Estos piensan (o tienen interés en afirmar) que las conductas de los individuos no dependen más que de sí mismos, de su razón, de sus buenos motivos, de su moral y de sus intereses, y que las estructuras sociales no tienen nada que ver. En general, estos gobiernos defienden una moral social tradicional bastante autoritaria, para “estructurar” a los individuos; también defienden la expansión del libre mercado, alegando que liberará a los individuos y que a la par se creará un orden armonioso y justo. Es evidente, en ese caso, que la sociología, excepto en su versión más radicalmente utilitarista, resulta incómoda; entonces, otras explicaciones de la vida social tienen todas las posibilidades de ser exitosas.

Sin embargo, a la sociología también la ponen en tela de juicio los intelectuales y los militantes que creen detentar las claves de interpretación del mundo con argumentos absolutamente contrarios a los neoconservadores. Si todo se explica con las leyes del capitalismo y de la mundialización, con el aplastante y perverso poderío de los dirigentes, con la manipulación absoluta de las masas y los plenos poderes de los estereotipos de género, de clases y de “razas”, la sociología (excepto en su versión más radicalmente crítica) no tiene oportunidad alguna de ser oída. A veces temo que la atmósfera se enrarezca para la sociología, pues para existir en el debate público ella necesita que haya espacio intelectual entre los editoriales de *Le Figaro Magazine* y los de *Le Monde Diplomatique*.

Resumámoslo así: la sociología no está “en crisis” tanto como se cree, y sus adversarios la atacan más por motivos ideológicos y políticos que por motivos estrictamente científicos. Una vez señalado esto, mencionemos que la sociología queda en entredicho por

debilidades reales. En mi condición de miembro de la tribu de los sociólogos franceses, me resulta bastante fácil poner de relieve sus debilidades, y bastante difícil hacerlo sin que se me sospeche de parcialidad interesada o de mala fe inconsciente.

LAS FALSAS DISPUTAS DE LA SOCIOLOGÍA

La sociología puede quedar en tela de juicio porque es plural. No existe en ella, como sí en las ciencias de la naturaleza, una teoría hegemónica o, como en ciertas ciencias sociales —la economía, por ejemplo— un conjunto teórico-metodológico dominante. La manera en que la sociología asume y administra su pluralismo la debilita indiscutiblemente.

Quienes cuestionan la sociología tienen a menudo una concepción muy consolidada de la ciencia. En los laboratorios, los científicos serían todos iguales, todos poco más o menos popperianos: las hipótesis serían falsables, los métodos permitirían verificarlas y producir resultados que se considerarían correctos hasta que surgiera prueba en contrario. Desde ese punto de vista, la sociología tiene pocas posibilidades de salvar el pellejo. Como bien demostró Passeron (1991), no es en verdad una ciencia popperiana, sino una *disciplina* como la historia y la antropología, por otra parte menos impugnadas en cuanto a su estatuto, acaso porque se ocupan de actores más lejanos en el tiempo y el espacio. Es habitual, entonces, que sean los sociólogos más apartados de la investigación activa quienes defiendan una concepción tan alta, y hasta altanera, de una ciencia que por cuenta propia ellos comentan más de lo que la practican: es tanta la impresión que les causa.

Hay que darse maña, como decía Berthelot (1992): la sociología es pluralista, abarca muchos paradigmas, muchos *themata*, y cada uno de ellos descansa sobre una concepción acerca de la índole de lo social, y cada uno de ellos requiere métodos específicos. A nadie se le ocurriría decir que Weber es menos sociólogo y científico que Durkheim, o lo contrario, pues la fuerza de uno y otro reside en haber construido un sistema de hipótesis lo suficiente-

mente sólidas para volverlas verosímiles, si no perfectamente refutables. Con la sociología sucede como con la historia: ninguna historia de la Revolución Francesa es definitiva; un historiador imaginativo siempre podrá plantear cuestiones nuevas y respaldarse en un nuevo bloque de hechos, de archivos, para construir una demostración que otros discutirán, ya sea porque las hipótesis no se verifiquen, ya porque otros materiales las contradigan. Esta lógica está muy alejada del imaginario de las ciencias duras, que siguen siendo una referencia aplastante, tanto más aplastante por cuanto quienes hacen de ellas un ideal suelen subestimar sus tanteos y límites. Con todo, la diversidad de paradigmas y métodos no debe llevarnos a un estricto relativismo; hay conocimientos más sólidos y más verdaderos que otros.

Sin embargo, la sociología se sitúa en posición de debilidad cuando su pluralismo teórico y metodológico da lugar a las falsas disputas que son uno de los "encantos" de la disciplina y por desgracia uno de los ritos de su enseñanza a los jóvenes estudiantes.

Holismo *versus* individualismo. El estudiante de sociología a quien todavía no interrogaron sobre el tema es porque está en capilla y le quedan muy pocas oportunidades para eludirlo. Por el lado del holismo, las estructuras lo serían todo y nada, los individuos. Ningún sociólogo serio defendió alguna vez esta posición; en especial no lo hizo Durkheim —a quien, sin embargo, se rotula como su encarnación—, cuando afirmaba que el individuo es el "dios" de las sociedades modernas y que es socializado para ser autónomo. Por el lado del individualismo, la posición es aún más extraña: ¿qué sociólogo podría defender la idea de un individuo que-ya-está-allí, plenamente constituido, y que se desplaza por la sociedad armado con su sola razón? Desde luego, dirán que se trata de un holismo y un individualismo "metodológicos". Y aquí me cuesta más comprender, ya que se sabe que si bien las estructuras sociales, las constricciones y los modelos culturales anteceden a la acción y la condicionan, la acción produce, reproduce, critica y transforma esas estructuras y condiciones. A fin de cuentas, cada término de la disputa es lo impensado del otro. Pero eso no nos impide simular que debemos elegir uno u otro.

Objetivo *versus* subjetivo. A partir de Dilthey, ya sabemos que las ciencias humanas lidian con un problema: como los actores sociales actúan subjetivamente, sus conductas y representaciones deben comprenderse antes que explicarse. En ese preciso momento las corrientes positivistas afirmaban que las ciencias humanas, si es que desean ser ciencias, no tienen singularidad alguna y que, en vez de comprender las conductas, deben explicarlas como generadoras de causas y consecuencias.

Ante nosotros, pues, el decorado erigido a fines del siglo XIX. Habría sociólogos aficionados a las estadísticas, quienes pretenderían "explicar" en nombre de la verdadera ciencia, y sociólogos aficionados a entrevistas y hermenéutica con deseos de "comprender" en nombre de la intencionalidad subjetiva de las conductas. La disputa tiene su elegancia, pero no resiste la observación de las mejores investigaciones empíricas, que son a la vez comprensivas y explicativas, que ponen en evidencia cómo las subjetividades son producidas por contextos culturales y coacciones sociales, pero que muestran también cómo los actores interpretan el mundo, accionan y nunca se adecuan del todo a las coacciones. ¿Hace falta recordar que un esquema de correlación entre posiciones sociales y actitudes sólo cobra sentido con el recurso, más o menos explícito, a una teoría implícita de los motivos?¹ Y, al contrario, ¿hace falta recordar que los individuos actúan en un mundo social objetivo que no los esperaba y que, para que un actor obre

1 Imaginemos que se observa una correlación estadística sólida entre el consumo de pescado y el gusto por la música de Pierre Boulez. Una explicación causal buscaría los vínculos entre el consumo de pescado y la percepción auditiva, o entre los efectos de esta percepción sobre las papilas gustativas; finalmente, se estudiarán los vínculos entre las células del pez y las del oyente. Una teoría de los motivos se preguntaría si no hay una homologación entre los gustos ascéticos ligados al consumo de pescado y los gustos musicales, igualmente ascéticos, por la música de Pierre Boulez. Podría incluso haber intentos de demostrar que las mismas categorías sociales vinculan esos dos tipos de motivos. Este ejemplo no resulta tan absurdo como podría parecer, cuando vemos que muchas investigaciones de corte epidemiológico optan por el primer tipo de explicación, porque parece más directamente causal y, por tanto, más científico.

racionalmente como un *homo oeconomicus*, debe además hablar en el mismo idioma con sus pares y sus competidores?

La última disputa en boga opone el “constructivismo” a las sociologías “positivistas” que, ingenuas, creerían que los hechos sociales son en verdad cosas, “realidades”, como lo son las cosas de la naturaleza. Este constructivismo suele atacar una tesis que nadie defendió, en primer término tampoco lo hizo el propio Durkheim: *Las formas elementales de la vida religiosa* es un buen ejemplo de constructivismo. Resulta evidente que debe demostrarse cómo se construyen las “cosas” por obra tanto de las categorías del entendimiento social como de los conflictos de intereses que allí se expresan. Pero tengamos presente que “esas cosas” son sólidas y resistentes a la voluntad de los hombres; las religiones y los sistemas jurídicos se construyen y existen *verdaderamente* porque engendran prácticas *verdaderas*.

Una vez que se dijo que las categorías de la vida social eran constructos, resta analizar positivamente su funcionamiento: por mi parte, crítico las estadísticas, los archivos, las entrevistas y los demás datos. Aunque tenga claro que ese material es construido, me valgo de él porque no queda otra opción, en las ciencias del hombre y en las ciencias en general. ¿Cuántas investigaciones imponen al lector extensas notas previas de deconstrucción de los datos disponibles para, al final, utilizarlos como todo el mundo y tomarlos en serio?

Todas estas disputas –y hay algunas más– serían sólo risibles y tal vez en parte ridículas si no generasen una atmósfera algo verbosa en torno a la sociología. Con la excusa de desarrollar la cultura científica y la lucidez epistemológica, a veces se involucra a los alumnos en debates que no tienen demasiado sentido para ellos porque les cuesta percibir qué prácticas de investigación trazan. La mayoría de las tesis y muchos artículos eruditos van precedidos por largos preámbulos y comentarios “epistemológicos” que desalientan al lector, ya que el contenido de la tesis o el artículo en cuestión suele no tener relación alguna con esas versadas recon convenciones. La sociología no es como la novela: no tiene por vocación seducir y dar un “efecto de realidad”, pero puede ser puesta con razón en entredicho cuando demostraciones más bien

convincentes se vuelven ilegibles sin que el contexto lo justifique y cuando cada investigador se cree en la obligación de inventar su propio léxico. El riesgo de esta práctica es muy evidente: ya sea que el lector se desaliente ante tanta cultura cautelosa y previsor, o bien que descubra que es apenas una manera nueva y *chic* de decir lo que ya demostró la sociología hace mucho. Y uno se ve tentado de decir: “¡Tanto palabrerío para eso!”.

Esta manera de volver inaccesible la sociología tal vez provenga de un sentimiento profundo de ilegitimidad científica. Cuando uno no está seguro de estar haciendo ciencia, exhibe una reflexión acerca de la ciencia y los métodos. Tampoco creo que la escritura sociológica deba ser obligatoriamente simplista y de acceso directo para todos; hay razonamientos complejos que suponen una expresión compleja y un dominio de los métodos y vocabularios técnicos. Sin embargo, para no apartarnos de los franceses, Tocqueville, Durkheim, Halbwachs, Aron, Crozier, Touraine y muchos otros no hicieron de su escritura misma un obstáculo para la comprensión de sus textos.

Es cierto que el estilo Diafoirus* puede explicar algunos cuestionamientos de la sociología, pero también existe el riesgo contrario. “¡Tanto palabrerío para eso!”, puede decirse una vez más, cuando la sociología se vuelve una suerte de testimonio más o menos talentoso. Y si tanto desea la profesión de los sociólogos apartarse del estilo de los periodistas, es que sin duda en ese registro algunos periodistas son tanto mejores. Si es cuestión de describir la atmósfera de la escuela en un momento dado, el libro de Hamon y Rotman, *Tant qu'il y aura des profs* (1984), no tiene igual. Si hay que reseñar la experiencia de las mujeres poco calificadas que se dedican a empleos precarios, los sociólogos no son mejores que Aubenas (2010). Cuando la sociología sólo dice aquello que los propios actores dicen, y a menudo dicen mejor, es difícil que pueda convencer sobre su utilidad social y política.

* Véase Molière, *El médico a palos*. Diafoirus es el nombre que adopta el sirviente cuando se disfraza de médico para engañar a su patrón hipocondríaco, y su mejor disfraz es el lenguaje ampuloso, plagado de tecnicismos. [N. del T.]

El pluralismo teórico y metodológico no es, de por sí, una fuerza ni una debilidad: está en la naturaleza misma de la sociología, y cada cual debe defenderlo. Sin embargo, una vez planteada esta muy vívida afirmación liberal, empiezan los problemas, porque una disciplina naturalmente pluralista debe ser capaz de reglarse y administrarse, a la vez que consolidar una relativa unidad. La autoorganización de la disciplina no es de las mejores: la cantidad de sociólogos se incrementó mucho durante los últimos treinta años, la demanda social se diversificó. En el limitado mundo de los "mandarines" —en gran medida *parisiens* que circulan entre el CNRS, la Sorbona y la Escuela de Altos Estudios en Ciencias Sociales—, se suplantó una multitud de equipos y de departamentos. La dispersión es la regla. Los estudiantes formados en tal o cual sitio tienen a veces todas las oportunidades para ignorar cuanto se hace en otro lugar que no sea entre ellos: aquí, no se *trabaja* más que a Bourdieu; allí, sólo hacen estadísticas; en otros sitios, la gente no sabe nada; y en aquel otro, sólo se dedican a lo "micro"; al lado, sólo a lo "macro"... Y como los respaldos de publicaciones se multiplicaron más rápido que la cantidad de lectores, cada cual puede crear su propio mundo intelectual, y en ocasiones, su propia secta.

Esta situación no es sólo "folclórica". Provocó una fuerte crisis cuando el CNU² se convirtió en un ámbito para ajustes de cuentas y captación de promociones. Otra muestra de esta situación es la extrema dificultad de alcanzar acuerdos sobre la jerarquía del valor de revistas y publicaciones: si el pluralismo teórico y metodológico explota en un sinnúmero de singularidades, cada quien puede pretender ser su propio juez.

Me parece evidente que la debilidad política del mundo de los sociólogos contribuye a los cuestionamientos a la sociología; nuestra disciplina sería más fuerte si llegase a enunciar cuál es el *back-*

ground, los métodos y razonamientos que la sustentan, y, para formularlo de modo más trivial, si dijera lo que todo sociólogo debe saber y saber hacer más allá de sus gustos, sus opciones y sus ideas.

Sin esta capacidad política y profesional, puede temerse que otras disciplinas, en especial la economía, "se lleven el premio mayor". El riesgo es tanto más serio cuanto que el ambiente de esta época política no es favorable a las ciencias sociales, y que la enseñanza superior y la investigación están embarcados en una mutación de la cual surgirá una jerarquización más consolidada de las universidades, de los departamentos y de los laboratorios. En el *maelström* que viene, las disciplinas que resultarán reafirmadas no serán necesariamente las mejores ni las más útiles, pero serán por cierto las más capaces de organizarse y fijarse reglas. En cualquiera de los casos, esto es lo que la sociología debería enseñar a los sociólogos: los vencedores no tienen forzosamente la razón, pero son quienes cuentan con mejores armas y mejor organización.

2 El Comité Nacional de Universidades es una instancia electiva encargada, en cada disciplina, de calificar a los aspirantes a los puestos de docente-investigador y de proponer promociones profesionales. Lo integran docentes-investigadores elegidos por sus pares y miembros nombrados por el Ministerio de Investigación.

3. ¿Cómo reconocer la “buena sociología”?

La sociología como espacio intelectual abierto y los riesgos de un modelo académico normativo · los métodos varían, pero el requisito de rigor y pertinencia es constante · cómo conocimientos sólidos participan en los debates de la vida social

Resulta más fácil recapitular las debilidades de la sociología que dar una definición de “buena sociología”. También en este caso hacen falta algunas observaciones preliminares que no son estrictamente formales.

Por mucho que me esfuerce en ser objetivo, me vería obligado a afirmar que la buena sociología es la que me gusta y que la mala sociología es la que me disgusta o no me interesa, lo cual no es del todo lo mismo. Como no conozco toda la sociología, los aspectos subjetivos de mis juicios serán tanto más evidentes.

Dicho esto, tal precaución no es tan fundada como podría parecer. Pese a la diversidad y a la competición de las escuelas superiores, grupos, clanes y estilos, suele desbrozarse una forma de acuerdo implícito acerca de qué podría ser buena sociología. Bastará haber integrado durante varios años el comité de redacción de una revista de bastante pluralismo, como *Sociologie du Travail*, para notar —si bien nada está escrito en materia de gustos— que en general suele haber un acuerdo latente acerca de qué es un buen texto propuesto para su publicación y, de modo más tajante aún, qué es un mal texto.

Supongo que las revistas más fuertemente ligadas a un marco teórico específico (*Les Actes de la Recherche en Sciences Sociales*, por ejemplo) también tienen una imagen de lo que es un buen o mal artículo, más allá de su estricta adhesión a una determinada línea. Bastará haber participado en las sesiones de un comité evaluador encargado de seleccionar proyectos de investigación para advertir que los pareceres concuerdan de inmediato con respecto a algunos proyectos juzgados excelentes y a otros percibidos como débiles o inconclusos.

Por último, cuando un investigador envía el manuscrito de un libro a un editor considerado serio, choca contra una norma de calidad, la de las supuestas expectativas de distintos públicos lectores muy específicos: más o menos eruditos, más o menos críticos, más o menos atentos, más o menos internacionales... Desde luego, hay una crisis en el ámbito de la edición, y los editores quieren ganar dinero o cubrir sus costos, aunque gran cantidad de publicaciones van a pérdida. Pero no tracemos un retrato demasiado caricaturesco del mercado de los libros de ciencias sociales: se publican libros "para el gran público", pero también obras sobrias y eruditas; algunos títulos, uno o dos por década, llegan a ser lo uno y lo otro. Por supuesto, puede decirse que esta visión resulta demasiado apacible; no obstante, el ámbito profesional de los sociólogos no es tan anómico como a veces se piensa. Más allá del pluralismo y de las querellas que necesariamente se desprenden de ese aspecto, también hay un consenso latente acerca de la buena sociología. En cualquier caso, así quiero creerlo, además de actuar *como si*.

Esta afirmación convoca otro conjunto de observaciones. Que se instaure una concepción de buena sociología, a fin de cuentas, no consistiría más que en el triunfo de un modelo académico condenado a cerrar las fronteras y salvar los papeles. En ese caso, la buena sociología sería una sociología oficial a la cual cada quien se plegaría para asegurarse una carrera. La disciplina perdería, pues, su creatividad, se volvería acumulación rutinaria de razonamientos, teoría y métodos: una suerte de acumulación maníaca, un discurso que se repetiría y se comentaría a sí mismo. Con todo, no es tan malo que las normas de la "buena sociología" no estén demasiado explícitas en un espacio intelectual que debe administrar su diversidad y su unidad. En ese sentido, no soy partidario en absoluto de una carta normativa o código para los sociólogos, cuya consecuencia será cerrarles la puerta a los intelectos más originales. Y, como abundan las vocaciones de custodios del Templo, desconfiemos.

DE LOS HECHOS

Es evidente que hay que dudar de la evidencia de los hechos en general y de los hechos sociales en especial. Sabemos que percibimos la "realidad" —que entonces exige comillas para demostrar que no somos ingenuos— por el cauce de nuestras herramientas, de nuestras miradas, de nuestras culturas, cuerpos, intereses más o menos conscientes. Somos conscientes de que debemos desconfiar de nosotros mismos y hacer el doble esfuerzo de saber cómo se construyen los hechos que se nos proponen y cómo por nuestra parte percibimos, utilizamos y comprendemos esos mismos hechos que se nos presentan. Puede suceder que esas reglas se presenten como una revelación "posmoderna" y en nuestros días reciban impulso para abrirse un largo camino, cuando la sociología lleva ya tiempo deconstruyendo aquello que se da por descontado y se presenta como natural: uno no interpreta las estadísticas sino que muestra cómo se las construye; uno no describe las relaciones sociales, sino que deconstruye las categorías —género, edad, cultura— que las rigen; uno no evalúa la eficacia de un modelo, sino las premisas arbitrarias de su construcción; tampoco critica un análisis: denuncia para qué sirve o podría servir... La sociología se vuelve así una constante faena de desnaturalización de lo social, de deconstrucción de los discursos que las sociedades sostienen acerca de sí mismas en una espiral que nada interrumpe, ya que la deconstrucción puede ser a su vez deconstruida. Más que decir algo que parezca verdad, lo importante es no pasar por tontos. Todo esto está muy bien, siempre y cuando este rumbo no sea el alfa y omega de la investigación.

Cuando olvidamos que los hechos contruidos no son menos indicativos de algo real, siquiera porque los actores sociales los toman por tales, la sociedad se presenta como un vasto discurso que haría falta desarticular mediante juegos crecientes de críticas y de crítica de las críticas. Esta desconfianza frente a los hechos llegó a volverse tan intensa que algunos teóricos "posmodernos" derivan de ello la conclusión lógica: el investigador sólo puede hablar de sí mismo y de la mirada que le permite describir lo que él describe. En ese caso, las ciencias sociales se tornan relatos auto-

biográficos cuya construcción, además, no pasaría desapercibida para nadie.

Si bien es bueno desconfiar de la evidencia de los hechos, eso no impide que la "buena sociología" deba construir hechos sólidos. Sean cuales fueren los métodos utilizados, las observaciones, las entrevistas, los cuestionarios, los tratamientos estadísticos, el análisis de documentos, deben producir un material de suficiente consistencia para que resista la interpretación, para que no sea posible hacerle decir cualquier cosa y todo lo contrario. La sociología surgió de las grandes indagaciones sociales del siglo XIX, de las observaciones minuciosas, de los relatos de viaje, de las estadísticas sociales: todas construcciones —y no se puede ignorar qué sesgos y distintos a priori tenían—, pero, a pesar de todo, también hechos. Incluso si los linajes patrilineales se construyeron por obra de una antropología colonial, son verdaderos linajes patrilineales. La sociología sigue siendo fundamentalmente útil cuando exhibe lo que uno ignoraba, cuando muestra mecanismos ocultos, cuando devela porciones de realidad. Esa exigencia de rigor y precisión, esa necesidad de saber con exactitud de qué se habla, esa capacidad de situar las afirmaciones entre conjuntos más amplios es una de las cualidades esenciales de la buena sociología que, en muchos aspectos, es una disciplina naturalista, descriptiva.

Suele decirse que los jóvenes ya no leen y que "el nivel baja"; para estar seguros de que eso no involucra un viejo reflujo de nostalgia, hagamos sondeos precisos. En el peor de los casos, podremos afirmar al menos que nada sabemos al respecto, lo cual no estaría tan mal. Suele decirse que los jóvenes provenientes de la inmigración son más delincuentes que los demás: ¿es verdad? Si es así, ¿hablamos de un efecto cultural, de la pobreza y de la subcalificación profesional, de un efecto de la estigmatización que orienta el control social hacia esos grupos...? Y si es falso, ¿por qué se sigue creyendo en ideas falsas? ¿Por qué algunos proyectos de reforma, a priori tan racionales y favorables al interés general, encuentran tantas resistencias? ¿Los individuos son conservadores por principio o sólo egoístas, o bien tienen motivos de peso para rechazar cambios que son menos racionales y eficaces de lo que

podría pensarse? Todas estas preguntas pueden parecer triviales y remanidas; sin embargo, ya que las representaciones y creencias se transforman en prácticas reales, y a menudo en decisiones políticas, los conocimientos fácticos aportados por la sociología —prescindiendo de los métodos adoptados, con tal que sean sólidos— resultan indispensables para los debates relativamente abiertos y racionales. El juego de las ideologías, opiniones y creencias está, diríase, mortecino por obra de las encuestas sociológicas que apenas pueden decir cuál es la "realidad" de las cosas. Me siento más bien satisfecho de vivir en una sociedad en que la sociología y las demás ciencias sociales, tan "blandas" como sean, impiden que se diga cualquier cosa en términos totalizadores. Pero eso supone que las ciencias sociales son empíricamente fiables y no una forma entre otras de opinión o de relato.

La historia de la sociología tiene cotas en célebres investigaciones acerca de organizaciones —como hospitales— acerca de ciudades, grupos sociales, comunidades, investigaciones de las que suele decirse que "no envejecen" y cuyos "hechos" son tan sólidos y precisos que otros sociólogos, y no sólo su autor, vuelven a ellas una y otra vez para poner a prueba otros razonamientos. Hay pues un aspecto "profesional" indiscutible de los hechos construidos por las buenas investigaciones. El sociólogo sabe de qué habla, se ganó el derecho a hablar de eso por su alto nivel de conocimientos.

Estas líneas no son la nostálgica defensa del trabajo bien hecho y "a mano", si fuese posible. Tienen también un alcance epistemológico. La calidad de los materiales estriba en que *resisten* las hipótesis de los investigadores. Cuando hacemos sociología, no estamos en el laboratorio ideal y en la comunidad científica de la epistemología de Popper —por mucho que eso suceda en los demás ámbitos científicos—; sin embargo, el material debe contar con la suficiente robustez para resistir las hipótesis del investigador. Son muy penosos los trabajos en que los hechos puestos en juego están presentes sólo para "ejemplificar" una tesis ya constituida, mientras que se silenció todo cuanto podría oponerle resistencia y contradecirla (o peor aún: se lo consideró postrera astucia del sistema, que demostraba *in fine* la validez de la tesis). Por ejemplo, afirmo que *todos* los niños ocupan la misma posición

social que sus padres y algunas estadísticas bien elegidas me permiten hacer de ese enunciado una suerte de "ley". Sin embargo, visto que esa ley no vale para todos, y a veces ni para el autor de la teoría, tomo las excepciones como ilusión producida por el sistema "que se propone" ocultar la fuerza de la reproducción social. Puede hacerse la misma "jugada" con los efectos perversos, las zonas de incertidumbre, la estigmatización y los movimientos sociales. Lo que molesta en la inconsistencia de los hechos es que libera la fuerza del razonamiento e incrementa su seducción mucho más de cuanto lo permiten los hechos de mayor gravitación y exigencia.

Uno tiene derecho a redactar ensayos, y alguna vez me dejé llevar por el impulso; en ese caso, prima el razonamiento y el autor espiga de todos lados los elementos que le permiten defender su tesis. Pero hay que diferenciar territorios y estilos: los ensayos pueden resultar más inteligentes y estimulantes que las investigaciones, pero no se trata de investigaciones. Algunos sociólogos fueron y son virtuosos en ese género; sin embargo, se puede verificar que son menos eficaces que quienes, profesionalmente, se han propuesto como única exigencia colocar ideas en el mercado, en lo posible provocadoras: el "riesgo", el "vacío", el "individualismo", la "movilidad", el "comunitarismo" se vuelven el común denominador del conjunto de la vida social; basta elegir la palabra adecuada para calificar la llave que abre todas las puertas. En algunas ocasiones, he debatido con filósofos e intelectuales irrefutablemente brillantes, con inquietudes acerca de problemas educativos, y constaté que tenían una ignorancia y un desprecio manifiestos sobre los hechos tal como los revelan las encuestas. Durante esos debates el sociólogo, con sus estadísticas y sus encuestas, parece siempre un poco mediocre, banal, triste, laborioso. No obstante, lo que puede darle fuerza es su positivismo "ingenuo", siempre que no tema aparecer como un especialista, un experto, alguien que sabe de qué habla y que ha pagado el precio por eso.

DE LOS RAZONAMIENTOS Y DE LOS MECANISMOS

De nada sirve acumular hechos si nada dicen, y sólo hablan si uno les hace preguntas. Todos los tratados de sociología lo afirman: no podría haber trabajo de campo sin que de antemano se hubiesen formulado algunas hipótesis. Si damos crédito a los manuales de sociología, a los sociólogos les gustaría trabajar como imaginan que lo hacen sus colegas de las ciencias duras. Sería una manía muy inocente si la disciplina no estimulase a los estudiantes a hacer lo que muy pocos investigadores hacen, confundiendo el orden de presentación de los artículos científicos con la trayectoria de la investigación misma. De hecho, todo el mundo conoce este secreto a voces: hacemos bricolaje.

Ni el ideal de puras hipótesis probadas sobre un material perfectamente controlado, "como en un laboratorio", ni el modelo inverso de *grounded theory*, surgido del *campo* gracias a la sola fuerza de las observaciones, dan plena cuenta del movimiento continuo que va de las interpretaciones a los datos y de los datos a los análisis. Estaríamos incurriendo en un error si nos privásemos de este trayecto, que es el momento más emocionante de la investigación. El contacto con el campo brinda ideas a los investigadores, y estos verifican sus ideas con los hechos. Desde luego, hacen falta hipótesis o ideas iniciales para poner en marcha la maquinaria, saber qué buscar y dónde, qué mirar y qué escuchar. Por lo general, las hipótesis se desarrollan y se especifican en un proceso de constante refinamiento. En cuanto a los métodos, la única cuestión pertinente es la de su adecuación a las preguntas planteadas. Para volver a investigaciones clásicas, si quiero saber qué hace variar las tasas de suicidio entre distintos países, clases sociales, sexos, y demás factores, lo más sensato es desarrollar comparaciones estadísticas entre distintas familias de variables. Pero si quiero saber por qué razones se suicidan individuos, es preferible reconstruir relatos de suicidas y tener encuentros con los psiquiatras que atienden a los autores de tentativas de suicidio. Nada prohíbe cruzar los métodos y multiplicarlos, a condición de tener en mente el tipo de respuestas que cada uno de los métodos puede brindar.

Si bien para uno ya no es imaginable establecer las leyes generales de una física de las sociedades y de su evolución, nada impide sacar a la luz mecanismos, estructuras y sistemas, aunque fuesen de alcance limitado. Incluso si la acción social siempre está contextualizada, localizada y es singular en función de los medios y de los individuos, la sociología debe derivar conjuntos de significados, formas de lógica y de racionalidad de la acción, tipos de interacción social que pueden ser válidos más allá de las meras observaciones y los materiales recopilados durante una investigación. Sin duda, el sondeo realizado sobre los estudiantes de tal liceo o sobre los carteros de tal sucursal de correos debe tener validez más allá de esos casos, si el sociólogo deja en evidencia tipos de acción y de relación relativamente estables. La sociología llega a ser, según la veo, un poco decepcionante cuando, con el pretexto de lograr extrema precisión local, se describen relaciones que sólo valen para el contexto en que se las observó. Se deduce, así, que la vida social está hecha de convenciones locales, de "arreglos" perfectamente aleatorios y específicos, lo cual es casi tan decepcionante como la tendencia inversa, que consiste en forzar la aplicación de modelos preestablecidos sobre hechos que no lo facultan. La buena sociología —permanezcamos en este extraño idioma— debe tener validez más allá de su propio material.

La sociología echa luz sobre mecanismos sociales que no recaen todos en la acción subjetiva, sino que son consecuencias independientes de la conciencia de los actores. Para decirlo con un vocabulario sencillo: se pasa hacia el lado de lo social. En general, los modelos estadísticos son los más eficaces para echar luz sobre las relaciones del tipo "si *a*, entonces *b* tiene tantas chances de producirse". Recientemente me involucré en este tipo de método para comparar los sistemas escolares de distintos países e intentar poner en evidencia algunas relaciones estables que no son directamente causales, pero nos enseñan bastante. Por ejemplo, podemos mostrar cómo, a mayor solidez de las desigualdades escolares, estas tienen mayor tendencia a reproducirse entre generaciones y se da una menor movilidad social (Dubet, Duru-Bellat y Vérolet, 2010). Ese mecanismo puede parecer banal, pero no lo es tanto en momentos en que muchos afirman que la selección precoz de

los alumnos favorece a los niños con mayores méritos entre las categorías populares. La sociología puso al descubierto una enorme cantidad de mecanismos de este tipo, como la formación de desigualdades, los factores de la delincuencia o del suicidio o las capacidades para producir una acción colectiva organizada.

Para seguir en los grandes trazos de la cuestión bosquejada, la buena sociología, incluso la muy buena, es esa que llega a volver ostensibles, si no a integrar por completo, las formas y las estructuras de la acción individual con los mecanismos más objetivos, a priori independientes de las intenciones y de las finalidades perseguidas por los individuos. Son posibles dos caminos, por tanto: o bien vamos de los sistemas de significación hacia los mecanismos objetivos, o bien —por el contrario— mostramos cómo los mecanismos objetivos enmarcan en mayor o menor medida los sistemas de acción. En cualquiera de los casos, la buena sociología es aquella que nos habla, *a la vez*, de los actores y de la sociedad, o —si retomamos la fórmula de Wright Mill (1963)— la que pone en relación las experiencias cruciales individuales (subjetivas) y las apuestas colectivas, de índole objetiva. ¿Cómo analizar la experiencia de trabajo de los obreros en cuanto producida por la organización del trabajo y, más allá de eso, por el capitalismo? Y también: ¿cómo analizar la organización del trabajo (y, más allá, de la regulación del capitalismo) como parcialmente resultante de la conciencia y de la acción obreras? Es difícil que los dos razonamientos encajen del todo entre sí, pero es necesario tener la ambición de llevarlos adelante en simultáneo y de entrelazarlos.

PROBLEMAS SOCIALES Y SOCIOLOGÍA

A mi entender, una de las cualidades de la sociología es ser capaz de ligar el interés por los problemas sociales y el interés por la sociología misma en tanto disciplina rigurosa. Si el sociólogo toma como punto de partida un problema social tal como lo definen los actores de ese problema (los individuos situados en el centro del asunto, los trabajadores sociales, los militantes, los funciona-

rios electivos...), sin duda tendrá la sensación de ser útil, pero son remotas las posibilidades de que su sociología escape a las percepciones y a los intereses de los actores involucrados. Si él da por sentadas, aceptándolas, las definiciones de alcoholismo, delincuencia, pobreza y fracaso escolar construidas por las instituciones encargadas de actuar sobre esos problemas, hay escasas probabilidades de que el investigador produzca conocimientos pertinentes. Si adopta el punto de vista de quien bebe demasiado, de aquel a quien se tiene por delincuente, por pobre o por un alumno en pleno fracaso, es posible que diga cosas más originales y a menudo más simpáticas, pero es poco probable que haga de eso un problema sociológico pertinente.

Pese a todo, la sociología debe permanecer ligada a los problemas sociales. Debe interesarse por aquello que hace mal a las sociedades, así como por aquello que les interesa o les molesta y no quieren ver. No hay superioridad alguna si su interés se centra en lo que va por mal rumbo y no en lo que marcha bien; pero la sociología es útil cuando considera que la distancia entre las ideologías y los hechos, entre las intenciones y las prácticas, entre la luz y la sombra, es una manera de entrar en la vida social y develar su decorado. En mi opinión, todo el arte de la buena sociología consiste en transformar problemas sociales en problemas sociológicos y así demostrar que estos últimos no son inútiles ni surgen de la nada o de las preocupaciones académicas de eruditos tan puros y desconectados que el ruido y la furia de la vida social los altera, desordenando la belleza de sus razonamientos. Ahora bien, por el cauce de los problemas sociales la sociología entra en los debates y demuestra su utilidad; también, en cierta medida, por esa senda se asegura de su pertinencia y verosimilitud.

Sin embargo, habría que desconfiar de una deriva que impulsa a que la sociología se organice a partir de una yuxtaposición de "poblaciones/problemas", que descompone las cuestiones sociales en cierta cantidad de grupos-meta cada vez más estrechos: los jóvenes, los jóvenes sin empleo, los jóvenes sin empleo provenientes de minorías, los jóvenes sin empleo provenientes de *tal* minoría, las jóvenes sin empleo provenientes de esa minoría... La lista es interminable. El investigador es, por tanto, un hiperespe-

cialista, a veces el único, y aboga por "su" grupo y "su" problema social. Eso remite a una lógica de especialización, pero también a una representación general de los problemas sociales concebidos como sucesión de problemas singulares de minorías igualmente singulares. En ese sentido, la lógica de los *studies* cada vez más acotados y especializados participa en el reflujo de la idea misma de sociedad. Ya que cada quien se vuelve experto en una "especie zoológica", esta acumulación de "poblaciones/problemas" nos hace perder de vista el "ecosistema" global de la vida social, de igual modo que la obsesión por cada enfermedad puede hacer olvidar los problemas de la salud en sí. La manera en que se organizan los departamentos de sociología de numerosas universidades anglosajonas sugiere que este temor no es producto de la fantasía.

4. La sociología entre la función crítica y la recuperación

Más allá de algunos reconocidos sociólogos críticos, ¿la mayoría de los graduados en sociología serían meros engranajes del sistema? · el sociólogo y el orden social · el lugar del sociólogo en la ciudad

Esta cuestión recuerda el clima ideológico y político de los años setenta, cuando a muchos les parecía que nuestra única opción era el colaboracionismo con el "sistema" o la ruptura, cuando había que "elegir en qué frente estar"... Una preocupación tanto más paradójica en la medida en que durante esos años la sociología estaba ausente, reprimida o mantenida a raya en los países autoritarios; prohibida en algunos casos y, en otros, reducida a la combinación de algunas técnicas y a la estereotipada jerga oficial. Eso se inscribía en un imaginario social que concebía a la sociedad como un sistema de completa, absoluta dominación, del cual no era posible salir si no se hacía por medio de la revolución, ya sea que llegase el día de la revolución social, las guerras de liberación, la guerra de guerrillas, las revoluciones culturales, la disidencia o la suma de revoluciones minúsculas que destruyen "desde el pie" el orden establecido...

En esta dramaturgia, las ciencias sociales debían echar luz sobre las mil y una astucias de la dominación, poner de relieve las ilusiones reformistas de los movimientos sociales y de los partidos políticos que serían otras maneras de prolongar la vida de un sistema insoportable y condenado. Entonces, el sociólogo asalariado de una organización o de una administración pública —la gran mayoría de las veces, aquel que estaba involucrado en el trabajo social, las políticas urbanas, las políticas en materia de juventud y de prevención del delito...— era sospechado de participar en el sistema si no demostraba que las políticas del Estado de bienestar y las instituciones eran instancias apenas disimuladas de la dominación y de la alienación. Como esos puestos de trabajo solían estar ocupados por jóvenes sociólogos principiantes, estos podían verse

llevados a desplegar una retórica tanto más radical en cuanto les hacía falta demostrar que no colaboraban. Durante mucho tiempo los trabajadores sociales, por ejemplo, adhirieron con entusiasmo a las teorías sociológicas más críticas, aquellas que les explicaban que ellos eran fatalmente una suerte de “polizontes” o “gendarmes” al servicio del capitalismo. A decir verdad, no lo creían; de otro modo, habrían entrado sin más a la policía.

La adhesión a esta visión crítica era además una manera indirecta de enfatizar el papel esencial de la sociología. Con la “lucha de clases en la teoría”, la sociología se erigía muy alto en el orden del conocimiento; podía preservar el mundo tal como estaba o podía cambiarlo por completo, y evidentemente eso sucedía con sólo creerla tan poderosa. La línea demarcatoria entre colaboracionismo y ruptura parece menos nítida en nuestros días, ya que nuestro drama político tal vez sea el de saber, no tanto cómo salir del sistema, sino cómo dominarlo y reformarlo. A fin de cuentas, como el reformismo y la socialdemocracia ofrecían un horizonte político posible, podíamos recurrir todavía más a la ruptura, porque el reformismo y la socialdemocracia ofrecían un horizonte político posible. En nuestros días, ese horizonte está en crisis en todo el mundo.

Los tiempos cambiaron, y mucho; hoy en día se defiende, más justamente, el trabajo social como un “bien adquirido”, una manera de atemperar las suertes de los más desfavorecidos, y se lo describe con menos frecuencia como un artificio de la dominación. Quienes empezaron en la crítica contra el trabajo social son sus protectores más feroces. De igual modo, muchos de los antiguos paladines de la “escuela burguesa” se transformaron en defensores acérrimos de la “escuela republicana” amenazada por la “mercantilización” de la educación y por el “pedagogismo”; los vicios de la escuela burguesa se volvieron virtudes de la escuela de la República. De modo general, la sociedad industrial de los años sesenta y setenta se fue transformando en una nueva *belle époque*, los buenos tiempos del “contrato social fordiano” y el “ascensor social”, cuando era el rostro exacerbado de la explotación y de las perversidades de la sociedad de consumo.

EL REGRESO DEL ACTOR

1981 marca un doble quiebre: el movimiento polaco Solidaridad [*Solidarność*] hace trizas las últimas ilusiones de los últimos comunistas y anuncia el comienzo del fin; el triunfo de la izquierda francesa demuestra en pocos meses que un cambio de mayoría política, por importante que sea, no provoca cambio alguno de régimen ni de sociedad. En Francia, a partir de los años ochenta, el estilo intelectual de la sociología se transforma profundamente. El título de un libro de Touraine, *El regreso del actor* (1984) es la expresión más sintomática de ese proceso. Después de hacer énfasis en la completa asimilación [*emboîtement*] de los actores a las leyes del sistema, las sociologías se ocuparon de echar luz sobre la porción de libertad, iniciativa y crítica que anida en el seno mismo de la acción social. Incluso el pensamiento de Foucault asistió a esa inflexión entre *Vigilar y castigar* (1975) y *El gobierno de sí y de los otros* (2008). Durante largo tiempo poco leído en Francia, se redescubre a Simmel, en gran medida por intermedio de la Escuela de Chicago y el interaccionismo. Se lee más *La presentación de la persona en la vida cotidiana* (1959; ed. fr.: 1973) que *Internados* (1961; ed. fr.: 1979); y los sociólogos franceses descubren a Erving Goffman para demostrar que los actores actúan, manipulan sus rostros y sus identidades, mientras la vida social se presenta como una *commedia dell'arte* en pleno proceso de escritura, porque los personajes están en busca de rostro, de identidades y de garantías; y como implacable, porque ya no hay autor (el sistema social). Los etnometodólogos llevan un grado más allá este razonamiento: la idea misma de sistema social no tiene contenido; no es más que una manera “indígena” entre otras de explicar la vida social (Garfinkel, 2007). Ya no se rechaza como escoria del “liberalismo yanqui” la sociología de la elección racional o, más específicamente, de la elección racional limitada. Los razonamientos sociales de los individuos ya no son tomados sólo como ideologías, sino como sistemas de justificación y argumentación creíbles (Boltanski y Thévenot, 1991; Boudon, 1986). Los sociólogos se interesan por la experiencia social más individual, sin que se los tilde de “psicologistas”. El mayor suceso editorial de ese período, *La mise-*

ria del mundo (Bourdieu, 1993) presenta entrevistas y testimonios "en bruto", método que unos años antes los autores de *El oficio de sociólogo* (Bourdieu, Chamboredon y Passeron, 1968) habrían condenado sin apelación posible. Ese giro hacia el actor no difumina, desde luego, el tema de la dominación social, pero implica que esta dominación no sea total, que los actores hagan algo y, por ende, que haya espacios de acción, de toma de conciencia... que poco a poco atenúen la imagen de la lucha frontal entre colaboracionismo y ruptura.

El lugar del sociólogo, o la representación que tenemos al respecto, se vuelve un poco más refinada. El sociólogo está en la sociedad, no al lado ni por encima; no es ni el diablo ni un dios, ni colaboracionista servil ni rupturista heroico. La sociología pone en evidencia desigualdades ocultas, obstáculos, injusticias flagrantes, a veces escándalos, pero lo hace explicando cómo funciona y se produce todo esto, en ocasiones con la "complicidad" de las víctimas, dejando al desnudo mecanismos y procesos; lo quiera o no, recurre a planes de acción, perspectivas prácticas y ajustes con los cuales queda bien en claro que "colaboran" más o menos con el sistema a la vez que lo critican. ¿Quién se atrevería a decir, después de estudiar la escuela o las barriadas populares, que nada queda por hacer, para volver menos inequitativa la escuela y más vivibles los barrios, sino esperar que arribe una revolución tan radical que anule los problemas mismos? ¿Y quién se atrevería a decir, al contrario, que todo sigue por el mejor de los rumbos en el mejor de los mundos? ¿Quién se animaría a decir que los actores no tienen capacidad alguna de actuar, en tanto no se parecen al que se supone todopoderoso movimiento obrero de la sociedad industrial? Los sociólogos son como todo el mundo: denuncian la sociedad de consumo, pero compran automóviles; denuncian las industrias culturales, pero miran televisión y no se los ve muy disgustados de aparecer en ella para decir su verdad. Y buen pícaro resulta ser quien tiene en sus manos la potestad de trazar la frontera entre aquellos que están al servicio del sistema y aquellos que lo impugnan.

La línea demarcatoria entre servidores y adversarios del orden social es más incierta conforme el sistema engulle una amplia

porción de la crítica. ¿Cómo no ver que los intelectuales más críticos son también los más populares? ¿Cómo no ver que la televisión adora a los intelectuales, y entre ellos a algunos sociólogos que denuncian la manipulación mediática? Sostener debates razonables y mesurados no es el medio más seguro de procurarse la escucha de un público amplio. En cambio, denunciar sin matices el fin de la civilización, la mercantilización del mundo, el escándalo de las desigualdades, la cultura de masas, la era del vacío, el culto de la imagen y el *marketing*, la deshumanización del mundo ante el señorío de la técnica y de las finanzas internacionales, es el medio más seguro de ser reconocido por el mismo sistema que se denuncia. Los sociólogos y los intelectuales a veces son como los grupos de rap y de *rock*: son contestatarios y quieren proclamar que el mundo es insoportable, pero tienen muy en claro que ese "mensaje" es un buen modo de ser reconocido, con el beneficio secundario de eludir el estilo *show biz* que invade los medios masivos y el mundo político.

UNA "RECUPERACIÓN" LIMITADA

No me parece forzosamente malo que el sistema conozca y "aproveche" los trabajos de los sociólogos. En principio, los recuperan algunos de los propios actores en conflicto, que se valen de las tesis de los sociólogos para formarse con ellas una provisión de ideas, representaciones y argumentos. Permítaseme recordar aquí mis propias investigaciones acerca de la educación. Por mi parte, había intentado demostrar que el declive de la forma pedagógica tradicional, engendrado por la masificación escolar, por la injerencia del instrumentalismo ligado a la utilidad de diplomas y por el debilitamiento de la legitimidad cultural de la escuela provocado por la competición de la cultura de masas, había transformado la docencia en un oficio mucho más demandante y arduo que en épocas pasadas (Dubet, 2002). Esas tesis tuvieron cierto eco en organizaciones sindicales que con legitimidad veían en ellas argumentos fuertes a favor de reivindicaciones relativas a los rigores

del trabajo docente. En cambio, cuando intenté demostrar que el sistema sólo funcionaba con la humillación de alumnos que raras veces están a la altura de las expectativas de sus maestros (Dubet, 1991), nadie se hizo eco de eso, a excepción de movimientos pedagógicos algo marginales pero de mucha utilidad; en especial no lo hicieron los sindicatos. En cuanto al ministerio, es inexorablemente más sensible a la descripción de los obstáculos y de las "resistencias" contrarios a las reformas que a los sentimientos de los alumnos y de los profesores. Haría falta mucha vanidad para imaginar que la fuerza de los análisis es tal que los grupos y los individuos no pueden doblegarlos a sus pasiones e intereses. Análisis sociológicos con mayor popularidad y acaso más sólidos que los míos no escapan a esta regla: la sociología está en la sociedad y se ve engullida por ella. Cuando Boudon (1973) denunciaba el riesgo de inflación de los títulos educativos hacia la mitad de los años setenta, tenía encantados a los conservadores de siempre, que rechazaban la apertura de la escuela a quienes no estuvieran destinados a los estudios por nacimiento o talento excepcional. Hoy en día, ese mismo tema pasó más bien hacia el ala izquierda, al denunciarse las promesas ilusorias que la escuela dirige a los menos favorecidos (Beaud, 2002). En otros términos: la sociología no se presta tanto al poder y a su crítica como al modo en que los actores sociales la toman prestada.

También debemos señalar que la sociología suele ser irrecuperable. Hay pocas posibilidades de que la denuncia contra los mecanismos más gravosos de la formación y de la reproducción de las desigualdades sociales sea "recuperada" por el "sistema". Es poco verosímil que la denuncia de los efectos perversos de la organización del trabajo provoque transformaciones sensibles en los estilos de gerenciamiento y en las relaciones de autoridad en el trabajo. Hay pocas posibilidades de que el análisis crítico de los modos de consumo afecte rápidamente las estrategias de las empresas. No puede decirse que las mil y una investigaciones, incluidas las mías (Dubet, 1987; Dubet y Lapeyronnie, 2004), que pusieron en evidencia la formación de guetos urbanos haya tenido gran incidencia en la construcción de políticas sociales y de políticas penales. Para expresarlo de modo sencillo: hay núcleos

duros de la dominación social, que son también los pilares de un sistema; respecto de ellos la sociología dice cosas sensatas y verdaderas que no son "recuperables" más que desde los márgenes. Eso no obedece sólo a la "malevolencia" o a la codicia de los dominantes, sino más profundamente, sin duda, a que cada uno de nosotros participa, en menor o mayor grado, en la dominación que por otra parte denuncia.

Pese a todo, la sociología no es inútil. Pero no es un gesto heroico que interviene desde fuera de la vida social: está en la sociedad y en los intersticios de la vida social. En la medida en que aporta un poco de lucidez e inteligencia, sería bueno que se la enseñe más en la escuela, pero también a los médicos, magistrados, dirigentes, militantes y a todos aquellos que "forjan", a menudo sin saberlo, la sociedad en que vivimos. Al igual que no podemos vivir sin memoria ni historia, no podemos vivir bien sin un conocimiento elemental de los procesos sociológicos que nos determinan y que a la vez cada uno de nuestros actos contribuye a construir.

5. ¿La sociología es necesariamente crítica?

La crítica consustancial al proceder de la sociología · límites y aporías de la crítica · de la crítica bien entendida: posicionamientos, posturas · la ética de la responsabilidad, el compromiso

No comprendo muy bien esta posición respecto de la disciplina. Me parece que la sociología, o la mayoría de las sociologías, es crítica "por naturaleza propia". Es crítica cuando toma distancia de las maneras espontáneas de interpretar la vida social, cuando exhibe el largo trecho que existe entre los principios enarbolados y las prácticas. Es crítica cuando demuestra que las conductas delictivas las producen contextos y "fuerzas" sociales tanto más que el carácter "perverso" de sus autores. Pero también es crítica cuando demuestra que esas mismas conductas, socialmente producidas, no anulan por completo la libertad ni la racionalidad de los autores. Es crítica también cuando pone de manifiesto que el control social "fabrica" al delincuente, pero es asimismo crítica cuando expone que el delincuente no es sólo una víctima pasiva. Todo lo anterior es una manera un poco alambicada de decir que la sociología es crítica al desmontar lugares comunes, oleadas de buenos sentimientos y de otros que no lo son tanto, que nos permiten percibir lo social, al revelar que la vida social es relativamente consistente, a pesar de las intenciones esgrimidas y de las interpretaciones que naturalmente hacemos de nuestra vida diaria. Esa crítica no contrapone sólo el conocimiento "erudito" al conocimiento "verdadero": pone énfasis en que los puntos de vista que imperan en las representaciones de la vida social obedecen a las posiciones sociales que se ocupan, a los intereses y a las culturas en juego. La sociología es crítica porque nunca complace a todo el mundo; de otra manera, habría de qué preocuparse.

La sociología es crítica porque además devela las porciones de la vida social que se ocultan en los rincones peor iluminados de la escena. No es sólo cuestión de los aspectos crueles y

más escandalosos: cárceles, hospicios, la indigencia, la violencia doméstica, los padecimientos en el trabajo... También revela la vida tan normal y rutinaria que sólo vemos mientras nos arrastra su ritmo y las justificaciones que damos al respecto. La sociología es crítica cuando deja al desnudo cómo trabajan en realidad las sociedades. Las descripciones y los análisis más precisos, más distanciados, más divertidos a veces, de tal servicio en un hospital, del grupo que comparte un aula en la escuela, del taller de algún oficio o de un laboratorio de investigación, tienen una fuerza crítica más poderosa que la del panfleto más incendiario. Bastará ser etnólogo de la propia sociedad, esforzarse para mirarla como si no le fuese familiar, y así desarrollar, sin siquiera desearlo, un punto de vista crítico. La vida "real" del servicio de ese hospital no es esa que exhibe, ni siquiera esa que cree tener: de hecho uno improvisa más de lo que aplica reglas científicas, y eso suele ser más eficaz. La vida real en el aula está muy lejos de lo que imagina ser: a menudo el maestro dedica más tiempo a mantener la calma que a transmitir conocimientos; no se dirige a todos los alumnos con la misma intensidad y de igual manera, cuando su ética supondría que él se interesa por todos. El trabajo de los obreros tampoco es lo que uno imagina; ellos hacen tanto más y tanto menos de lo que se espera de ellos, "se las apañan" y "resisten". En cuanto a la vida en los laboratorios, es muy distinta a la imagen presentada en manuales y artículos científicos: no están ausentes las pasiones, ni los conflictos o acuerdos. Por otro lado, esa relación irónica con el mundo social explica en parte el gran éxito de un sociólogo como Erving Goffman, cuando los puntos de vista críticos de los años setenta declinan. Un poco a la manera de los moralistas franceses de ese "gran siglo" clásico, la sociología derriba las máscaras: ¿cómo salvar la propia "cara" sin afectar las de los demás, qué maquillaje aplicar al poder para que otros no puedan oponerle resistencia, cómo mostrarse tal cual uno quiere que lo vean?

EL ESTILO CRÍTICO

Los sociólogos y, en términos más amplios, los intelectuales que se definen a sí mismos como críticos no aceptarán la afirmación de que la crítica es consustancial al proceder mismo de la sociología. Para ellos, uno es crítico cuando afirma un punto de vista crítico, una indignación y un punto de vista moral o social a partir de los cuales se describe, analiza y condena al mundo. La fuerza de esta posición radica en que obliga al sociólogo a hacer explícitos sus postulados iniciales, así como los enfoques normativos que rigen su mirada, sus cuestionamientos, métodos y conclusiones. De esta manera, la gran tradición crítica de la Escuela de Frankfurt se construyó sobre la base de varios postulados críticos: crítica del capitalismo y en especial de la racionalización instrumental del mundo —préstamos que en Theodor W. Adorno se toman de Marx y Weber—, crítica en nombre de un ideal democrático de comunicación "pura" —con Jürgen Habermas—, crítica en nombre de la necesidad de reconocimiento de los individuos —con Axel Honneth (2006)—. Por supuesto, son posibles muchos otros puntos de vista críticos. Recordemos que la crítica no es forzosamente de izquierda: desde la Revolución Francesa existe toda una tradición crítica reaccionaria, como existe una tradición crítica liberal que tuvo una influencia considerable en los Estados Unidos. En la Francia de los años setenta existió una fuerte tradición crítica que podríamos calificar de "leninista": afirmaba la congruencia supuesta del conocimiento científico de las "leyes" de la historia con los intereses del proletariado. Podemos también hablar de una tradición crítica nietzscheana que desenmascara las mil y una astucias del poder y termina por identificar lo social mismo con la dominación.

Según creo, hoy en día los estilos críticos dominantes están ampliamente inspirados en esta última perspectiva y conciben la crítica como un constante trabajo de deconstrucción de lo social. Se deconstruye la sociología, la historia o la crítica literaria a partir de un punto de vista ya afirmado: el de la dominación sufrida por las mujeres, el de la dominación sufrida por los ex colonizados, la sufrida por las minorías sexuales, el de la hegemonía

de las culturas "cultivadas" legítimas, o el de la hegemonía de las industrias culturales... La lista es infinita, y los equipos dedicados a estos distintos *studies* se multiplican en Francia después de haber reestructurado los departamentos de ciencias sociales de las universidades estadounidenses. Todo consiste en demostrar que la dominación social se despliega en primer lugar entre las categorías sociales mismas, en el lenguaje, del cual se postula que posee un poder performativo tan potente que construye lo que se percibe como realidad y como evidencia de un mundo social que es sólo un efecto de la dominación. Así, la crítica se despliega ad infinitum, ya que puede deconstruirse cualquier construcción, lo que engendra una nueva deconstrucción, que a su vez es pasible de deconstrucción. Por ejemplo, toda una corriente feminista rechaza la naturalización del género en el sexo, ya que, con la crítica *queer*, no admite las categorías mismas de género... hasta la próxima crítica de la crítica. Cuando no hay "hechos", el movimiento de la crítica no puede interrumpirse.

La fuerza de las teorías críticas explícitas y que se presentan como tales radica en que no se valen de máscaras en su avance. Por una parte, se obligan a decir "desde dónde hablan", respecto del punto de vista normativo y del de los actores sociales cuya defensa asumen, mientras que la gran mayoría de las veces esas premisas permanecen ocultas, desconocidas, porque se las da por sentadas en la ciencia social "normal". Después, todo depende del valor científico de los trabajos acometidos, como sucede con la ciencia "normal": de Karl Marx a Michel Foucault, no habría posibilidad de que redujésemos las perspectivas críticas a la sola fuerza de convicción de los postulados normativos que las inspiran. Y eso ocurre tanto más por cuanto la crítica del punto de vista crítico se coloca en un círculo de justificaciones que la lleva también a explicitar sus premisas. El desarrollo de un circuito crítico, la doble apropiación de la ciencia "normal" por parte de la crítica y de la crítica por parte de la ciencia "normal", lleva a su vez a afirmar que no existen muros divisorios entre la ciencia crítica y la ciencia "normal"; más todavía si los pensadores autodefinidos como críticos o percibidos como tales tienen las mismas formaciones, los mis-

mos títulos educativos y ocupan las mismas posiciones institucionales que sus colegas.

LA POSE CRÍTICA

Como sin duda se comprenderá, siento cierta irritación frente a la *pose* crítica, cuando busca impresionar con la afirmación de la superioridad de un punto de vista normativo y también sustraerse a la crítica de la crítica, que se remite al frente de los aliados del orden establecido y sus injusticias. Lo que critican no es mi trabajo: es la causa que defiende y, como es la causa de los dominados, la crítica que me hacen es la de los dominantes; no es falsa ni verdadera, es partícipe de la injusticia. Y además me veo claramente forzado a observar que la pose crítica aporta sus buenos beneficios institucionales, editoriales y mediáticos, incluso si la crítica los denuncia como expresión de la vacuidad y de la "recuperación" de la crítica. Al final, uno puede dirigir a la pose crítica los juicios que Pascal destinaba a los "hábilés y semihábilés", con tantas aptitudes para obtener colocaciones en la Corte mientras critican las costumbres de esa misma Corte.

En términos más serios, recordemos que la crítica está integrada por completo a la cultura moderna y a constantes movimientos de reflexividad; estos movimientos se desarrollan mediante un juego de oposiciones y subversiones críticas que hoy se han vuelto banales, hoy que las vanguardias ya no se enfrentan a esa cultura hegemónica que, se suponía antes, era la garantía del orden social. ¿Quién ignora en nuestros días que la crítica del consumo de masas, de la explotación económica, del embrutecimiento mediático y de todas las formas de alienación irriga los medios a los que, sin embargo, se toma por vectores de esa dominación multiforme y sin rostro?

Con todo, mi resistencia va más allá de esta irritación de cara a las costumbres de mi "familia profesional", de mi "tribu" o mi "banda". Muy a menudo sucede que el punto de vista crítico postula una alienación universal de los actores sociales y de los

individuos. En sociedades percibidas como puros mecanismos de dominación, como máquinas de desarrollar ilusiones y falsas ideas, se percibe a los individuos como a clones, peones, engranajes y, para decirlo sin vueltas, como imbéciles a menudo felices de serlo. Aquellos en cuyo nombre se desarrolla la crítica, porque son víctimas de las mayores injusticias, no escapan a esa visión de la alienación generalizada: el consumidor satisfecho es un robot, el trabajador que ama su trabajo ama su esclavitud, el profesor que transmite saberes transmite el poder, ¡y qué decir de los individuos dichosos en el amor! No sólo me cuesta aceptar que mis semejantes sean descritos de esta manera, sino que todavía menos entiendo cómo es posible que haya crítica, si el mundo es tal como lo describe el postulado crítico. Si la alienación es general, ¿mediante qué movimiento de la voluntad puedo escapar a ella? O bien la crítica se detiene ante el umbral de su autor y es una toma de poder simbólico, o bien se apoya en una postura aristocrática gracias a la cual el clérigo "sale del mundo" para mirar desde lo alto. Para un sociólogo es un poco enojoso, pues el pensamiento sociológico queda suspendido por fuera de las constricciones sociales en la medida en que es cuestión del trabajo del sociólogo. Si la hegemonía es tan absoluta como el punto de vista crítico suele afirmar, ¿gracias a qué milagro puede el pensador crítico desprenderse de ella?

Debo decir también que los grandes nombres de las orientaciones críticas —para empezar, Pierre Bourdieu (1997) y Michel Foucault (1984) en Francia— se plantearon el problema de esta aporía. Por ende, mi resistencia no apunta a los "maestros", cuyos pensamientos no se reducen a la crítica, sino a los idólatras que hacen de ellos máquinas de guerra y que (ironía del destino) fundan su propio trabajo sobre argumentos de autoridad y juegos de citas inagotables. Como fuere, la pose crítica no siempre protege del deseo de esclavitud y de un desmesurado gusto por la devoción.

EL COMPROMISO

Prefiero la noción de *compromiso*, préstamo tomado del Sartre de *¿Qué es la literatura?* (1951), antes que la de *crítica*. Al fragor de la Liberación francesa, de la Guerra Fría y del comienzo de las guerras coloniales en Indochina y Argelia, Sartre explicaba que toda literatura es, está comprometida.³ Está comprometida, quiera o no, lo decida o no, en la medida en que da una imagen del mundo y actúa sobre él. Aunque se niegue a ser reclutada explícitamente en una causa, la literatura está en la sociedad de igual modo que el votante abstencionista hace política al no votar. Me cuesta ver cómo un sociólogo podría rechazar este razonamiento dado que postula que "todo es social", sociología incluida. Este compromiso exige dos operaciones intelectuales.

Encontramos aquí uno de los *topoi* weberianos acerca de la referencia a valores que rige la construcción de hipótesis sociológicas (Weber, 1965), y la primera operación es un ejercicio de esclarecimiento de los valores, creencias, ideas, convicciones que residen en el origen de un proceder sociológico.

En general, esto suele darse por sobrentendido, pero es mejor no callarlo. Desde luego, estamos a favor del bien, de la libertad y contra la tiranía, a favor de la justicia y contra la injusticia... Por eso, no hay que atenerse a declaraciones de principios tan generales que no traslucen compromiso alguno. Creo, antes bien, que el compromiso es asunto de arbitraje entre principios normativos contradictorios unos con los otros. En este punto estoy más del lado de Camus que del lado de Sartre. Sabemos bien que la opción por la estricta igualdad pondría en riesgo la libertad, sabemos bien que la opción por la libertad llama a límites y regulaciones... Y sabemos bien que, cuando consideramos problemas singulares, los dilemas del compromiso son extremadamente complejos. ¿Cómo conciliar la igualdad de los alumnos con el

³ El propio Sartre traicionó no poco esta concepción "necesaria" del compromiso.

reconocimiento de su mérito individual? ¿Cómo conciliar el reconocimiento de las diferencias culturales con el sentimiento de unidad que permite una convivencia apacible? ¿Cómo combinar la libertad de los individuos con los deberes de solidaridad que los ligan unos a los otros? ¿Cómo combinar la realización personal con el trabajo y la eficiencia económica? Me parece que el compromiso supone que uno reflexione sobre esos problemas y pueda decir en qué rigen una investigación. Si bien la investigación en sí nunca consiste en el mero despliegue de esas opciones, es muy evidente que no tiene completa independencia. Mientras la crítica se sitúa "fuera del mundo", al postular un horizonte donde se difuminarían las contradicciones —la abolición del capitalismo anularía todas las formas de dominación e instalaría el reinado de la libertad personal y de la armonía universal—, el compromiso requiere que aceptemos el carácter trágico de las alternativas morales que se nos imponen. Para decirlo en modo sencillo: es poco verosímil que ganemos alguna vez en todos los frentes. Y entonces tenemos que lidiar con el "trabajo sucio" de hacer que la vida social sea menos injusta y menos insoportable.

Segunda y última operación: el compromiso no sólo se despliega al inicio, en la investigación; también se extiende luego, cuando se anticipan sus efectos. O bien la sociología se presenta como un grito de ira e indignación crítica que condena al mundo en nombre de un ideal supremo, o bien toma como punto de partida el postulado de que incide, siquiera de modo minúsculo, sobre las capacidades y orientaciones de la acción. Es lo que Weber llamaba "ética de responsabilidad"; en mi opinión es la única ética verdadera, esa que se interroga acerca de las consecuencias "reales" de una decisión para los políticos, de una obra para un artista, de un conocimiento para los científicos. Sabiendo que para la ciencia la ética de la convicción es el conocimiento mismo, el compromiso exige que nos preguntemos qué hace el conocimiento sociológico a la vida social.

Este problema puede parecer abstracto, pues es raro que el conocimiento sociológico tenga rápidos efectos visibles sobre la vida social. Pero, en cambio, la investigación compromete de inmediato, ya que casi siempre es una relación entre el investigador y sus objetos, que son a su vez actores sociales e individuos.

Mientras la crítica conduce a menudo a postular la ceguera de los actores, el compromiso implica un lazo de reciprocidad cuyo principio esencial es no aplicar a otro los modelos que uno no se aplicaría a sí mismo. Eso significa que los modos de interpretación de la acción, de las intenciones y de los móviles que el investigador atribuye a sus "objetos" sean también los que se atribuiría a sí mismo. Nada es más insoportable que las teorías que suponen que los actores sociales son utilitaristas cínicos o que se mienten a sí mismos, mientras que por su parte el estudioso cree entregarse a la ciencia y a la verdad en razón de un autoproclamado altruismo. Nada es más insoportable que esas teorías que suponen que los individuos están por completo sobredeterminados, mientras que por su parte el estudioso escaparía de modo natural a las determinaciones que opacan la vista de los demás. Como el sociólogo forma parte de la "especie" que él estudia, debe adoptar una teoría y una concepción de la "naturaleza humana" que también se adecue a él mismo. Por ejemplo, me parece inaceptable que se denuncie la creencia como una ilusión de la internalidad,⁴ cuando el denunciante nunca expresa la menor duda respecto de su propia libertad, precisamente aquella que le permite denunciar la ingenuidad, las (falsas) ilusiones o la mala fe de los demás. Ante la postura crítica que a menudo puede volverse aristocrática e imponente, el compromiso contrapone la creencia en una humanidad común entre el investigador y sus objetos, que no son ni más estúpidos, ni más alienados ni más ciegos que él.

Sin embargo, esto no significa que no haya distancia entre el investigador y aquellos a quienes estudia. Si los sociólogos sólo dijeran y pensarán lo que dicen y piensan los actores sociales, serían apenas testigos o, en el peor de los casos, cámaras de eco. Existe necesariamente una distancia entre, por un lado, las intenciones de los actores y los análisis que estos proponen acerca

4 La "internalidad" es el proceso psicológico y cultural mediante el cual un individuo se percibe como amo de sus acciones y responsable de lo que le sucede. Por ejemplo, si triunfó es esencialmente gracias a mí, mientras que si fracasó también es debido a mí: no imputo lo que sucede a los otros ni a la sociedad.

de su propia acción, y, por otro, las que detecta el investigador, quien posee más datos, pone de manifiesto mecanismos que los actores perciben mal o en forma más débil, revela lógicas de la acción y relaciones que los actores apenas notan desde el punto de vista que les es propio, se obliga a una coherencia de la cual la vida normal suele dispensarnos. También, incluso si el sociólogo expresa la mayor empatía con quienes estudia, es evidente que su trabajo se aleja de los análisis "indígenas".

El compromiso supone, pues, aceptar esas brechas y malentendidos. Y eso no resulta agradable ni cómodo. Ni los delincuentes ni los policías pueden reconocerse plenamente en los análisis sociológicos de la desviación y del control social; tampoco profesores ni alumnos pueden adherir plenamente a los análisis sociológicos de la experiencia escolar. Experimenté de modo muy intenso esa brecha cuando con Alain Touraine estudiamos los movimientos sociales (Touraine y otros, 1978, 1980, 1982, 1984). Teníamos mucha simpatía, y hasta entusiasmo, hacia los nuevos movimientos sociales de los años setenta y por los que no eran tan nuevos, como el movimiento obrero francés. Sin embargo, nuestros análisis, surgidos de largas y numerosas entrevistas con los militantes de esos movimientos, no podían aunarse con las autorrepresentaciones de esos militantes: los significados que dábamos a su acción no eran los que le daban ellos mismos. Y en eso consiste lo propio de la sociología. Por tanto, el compromiso se define como una tensión, como una suerte de malentendido irrevocable, trabajoso y a veces doloroso. Un sociólogo crítico habría optado por adherir a la causa de los militantes, por poco que esta fuese afín a su parecer, y tal vez optado por denunciarla, sin importar lo poco que discrepase con ella. El compromiso nos llevaba a vivir en un constante desfasaje.

En definitiva, lo que define al sociólogo es un doble compromiso. Por un lado, está comprometido, involucrado en la sociedad, y más específicamente por obra de las "causas" y de un fuerte vínculo con lo que él estudia. Esto supone que sólo aplica modelos que se aplicaría a sí mismo. Por otro lado, el sociólogo está comprometido en una actividad de conocimientos cuyas reglas y constricciones lo alejan de los universos de significados que los

actores sociales se dan a sí mismos. El compromiso es la capacidad de soportar ese desfasaje y dominarlo, mientras que la pose crítica es una manera de abolirlo, ya que los actores sociales son ciegos y sordos.

6. La sociología del individuo

¿La sociología se vuelca hacia una forma de psicología? · La Modernidad es individualista · Singularidad y autonomía moral de los individuos · Las condiciones sociales de la experiencia individual

La contraposición entre individuo y sociedad es uno de los lugares comunes que deberíamos desterrar cuanto antes. Es fácil observar no sólo que las sociedades se componen de individuos más o menos diferentes y singulares, sino que se socializó a esos individuos sin que uno sepa bien qué podrían ser antes que ser socializados. Esta contraposición tiene tanto menos sentido si uno admite en términos generales el razonamiento de Louis Dumont (1983) que opone sociedades holistas y sociedades individualistas, y a la vez afirma que la Modernidad es individualista. De hecho, este relato es tan antiguo como la sociología misma, y quizás sea anterior, si consideramos que también la filosofía del Iluminismo se funda en una sociología individualista implícita, sin ignorar el cristianismo ni lo que le debe a Platón... Este relato no significa que no habría individuo en las sociedades tradicionales y holistas, sino que pone de relieve que en estas el individuo no está en el centro de la representación de la vida social, porque allí los espacios para la elección están acotados y porque las distintas esferas de la vida social están fuertemente encastradas; Estado y religión, familia y economía... están poco separados. En cambio, las sociedades individualistas abren esos espacios: separan religión y Estado, lo público y lo privado, desarrollan el mercado y, sobre todo, consideran que el individuo es una realización moral y una fuente de legitimidad política.

EL INDIVIDUO INSERTO

De Alexis de Tocqueville a nuestros días, la mayoría de los sociólogos piensa que la Modernidad es individualista. Los individuos tienen cada vez más opciones y libertades; están todavía más obligados a ser libres y a ser individuos, ya que "somos cada vez más iguales", afirmaba Tocqueville. Durkheim pensaba que el individualismo derivaba necesariamente de la decisión del trabajo; Weber situó el individualismo ético protestante en el origen de la Modernidad, mientras que Simmel asociaba el individualismo a la creciente abstracción de la cultura y al carácter efímero de los intercambios sociales en las sociedades urbanas... Sin embargo, los padres fundadores de la sociología tuvieron una relación ambigua con el individualismo, cuyo inevitable señorío anunciaban. Tocqueville veía bosquejarse el triunfo de la sociedad de masas y los riesgos de una nueva tiranía. Durkheim temía que la anomia y el egoísmo destruyesen la sociedad misma. Weber pensaba que la extensión del individualismo instrumental desencantaba el mundo y que la ética protestante se volvía un reflejo de tipo deportivo. Simmel veía perfilarse una "tragedia de la cultura", en la cual la experiencia individual se disociaría paulatinamente.

Ante esas amenazas, una tradición sociológica entera elaboró una concepción del individuo "asimilado" [*emboîté*] en la sociedad. El individuo es una producción social, está socializado para llevar a cabo de modo libre y autónomo lo que la sociedad espera de él. A fin de cuentas, cuanto más socializado está, tanto más autónomo y amo de sí es el individuo; es decir, cuando adhiere a principios universales, interioriza las normas sociales, se maneja con eficacia en la sociedad y se percibe como individuo, como el autor de sus acciones. Émile Durkheim, Talcott Parsons, Norbert Elias y, en cierta medida, Margaret Mead desarrollan esta representación del individuo que puede percibirse como un sujeto porque está regido desde su propio interior más que por las expectativas ajenas. Es un individuo seguro de sus sentimientos y de sus juicios, capaz de reflexionar acerca de sí mismo, capaz de rendir cuentas ante sí mismo cuando la culpabilidad latente suplanta la mera vergüenza social.

El riesgo de esta solución al problema del individualismo es que el individuo parezca una ilusión del individuo, de tan programado que se muestra para cumplir lo que se espera de él. Es una posición llevada al extremo por la sociología crítica y por Michel Foucault, quienes terminan por afirmar que el sujeto individual es una suerte de ficción necesaria, una presencia fantasmática por la cual transitan la dominación y el poder. Al estar hipersocializado, el individuo no podría surgir, excepto en las situaciones de crisis, cuando los códigos interiorizados ya no se condicen con las situaciones; pero en ese caso, corre el riesgo de parecer vacío e inerte.

Con todo, uno no se libra tan fácilmente del individuo, aunque más no fuese porque todo sociólogo de buena gana se percibe a sí mismo como un individuo y choca contra el hecho de que la "ficción" del individuo tiene el pellejo duro. Para algunos sociólogos, como Bernard Lahire (2004) en Francia, el individuo existe porque es producto de la singularidad de los procesos de socialización que se cristalizan en él. Somos individuos porque somos singulares, porque cada uno de nosotros es producto de una historia y de una socialización específicas. Por detrás de los promedios estadísticos y de las causalidades simples se ocultan distribuciones y causalidades complejas; en verdad uno puede hacer una sociología de las singularidades individuales si deja de lado el telescopio para tomar el microscopio y si construye una psicología sociológica que explique por qué cada cual llegó a ser lo que es, y no otra cosa. Hay en esto una manera de prolongar la sociología clásica; en cualquiera de los casos, la versión de Pierre Bourdieu, pero cambiando el esquema de escalas. Se hace sociología como se hace microhistoria, mientras se permanece en el modelo de sujeto asimilado a la sociedad.

SALIR DE LA ASIMILACIÓN

La salida del modelo de individuo asimilado se constituye de dos maneras contrapuestas. La primera es el retorno de un utilitarismo ampliado; para este, la psicología abstracta de un sujeto

racional que optimiza sus intereses en función de sus recursos y de sus niveles de información sitúa al individuo en el centro del razonamiento sociológico. Si admitimos que el utilitarismo no tiene en la mira sólo los bienes económicos sino también al poder, los bienes simbólicos y los bienes estrictamente sociales, estamos frente a una ampliación del modelo económico clásico, tal como lo defendió James Coleman (1990) y, en términos más amplios, lo hicieron todas las teorías de la elección racional.

En lo que respecta a la segunda manera, en la actualidad asistimos a una relectura de Adam Smith que demuestra que la *Teoría de los sentimientos morales* es fundamental, a la par de la *Riqueza de las naciones*, y sería el complemento moral de esta última. En ese caso, el individuo está primero, pero es una suerte de ser abstracto, de robot inteligente cuya psicología cognitiva intenta horadar los secretos. Hoy en día, no podemos ignorar que esta familia teórica es una de las más influyentes y creativas, ante todo porque combina un elevado nivel de generalidad con la muy elaborada construcción de modelos formalizados. Jon Elster (2007) desarrolla con brío ese tipo de razonamiento; por otra parte, algunos de los recientes premios Nobel de Economía desarrollaron ampliamente ese modelo, más allá del ámbito estricto de la economía.

Es probable que cuando uno se pregunta si la sociología es una especie peculiar de psicología no aluda a ese individualismo. Pero sí, sin duda, se piensa en los sociólogos franceses que adoptan una posición individualista, como por ejemplo Danilo Martuccelli (2002) y François de Singly (2005). Si bien sus concepciones no son idénticas, ambos autores comparten cierta cantidad de asertos que podemos resumir aquí.

La primera proposición es una resuelta defensa del individualismo contra el viejo recelo del cual es objeto. El individuo no sólo es egoísta y utilitarista: también se lo toma por sujeto moral capaz de dominarse, de vincularse con los demás y de ser altruista. Cuando las sociedades ya no pueden definir un principio común del bien por medio de la religión o de las utopías políticas, el reconocimiento de la singularidad y de la autonomía moral de los individuos se vuelve un "humanismo" y un ideal que debemos

promover interrogándonos acerca de las condiciones de la constitución del individuo.

Esta afirmación de principio es apuntalada por el hecho de que salimos de la asimilación absoluta del individuo en la sociedad y de que ningún individuo es ni debería ser reducible a los condicionamientos sociales. Esta segunda proposición es a la vez una observación empírica y un marco de investigación: hay que saber cómo se forman los individuos cuando mengua la incidencia de las instituciones y del control social tradicionales. Cuando ya no hay estructuras que rijan la acción, la sociedad se ve "forjada" por los individuos y sus relaciones. El mejor ejemplo es el caso de la familia moderna, que se sostiene sobre la economía de los sentimientos y de los arreglos entre individuos que quieren ser "libres juntos" (Singly, 2000).

Tercer elemento. Los individuos no se construyen en un vacío social, sino por medio de una serie de relaciones, pruebas y desafíos profesionales, familiares, amorosos... que pueden ya favorecer la realización individual, ya destruirla (Martuccelli, 2006). En este caso, la sociedad buena es esa que construye pruebas aceptables y permite a los individuos pasar por ellas.

Estos tres postulados traen aparejada una práctica de la sociología centrada en la subjetividad y la intimidad de los individuos. ¿Cómo se configuran las historias de amor? ¿Cómo se realiza o destruye uno en el trabajo? ¿Cómo vivir en pareja? ¿Qué crianza dar a los niños? ¿Cómo superar la enfermedad y cómo afrontar la muerte? Todos estos temas dan a esta sociología un aire de familia con la psicología. Mientras que la religión y la psicología eran las que tenían ese papel de "cuidado", "sanación" y guía moral, la sociología se mezcla con ellas proponiendo una psicología verosímil que apunte a ayudar a que los individuos superen las pruebas que los constituyen. La reflexividad sociológica está menos centrada en la sociedad como totalidad que en los individuos mismos cuya subjetividad se toma por autoconstrucción social. Así, el sociólogo acomete problemas ante los que solía callar: los sentimientos amorosos, las relaciones entre generaciones, la sexualidad, la adopción... Observo además que un sociólogo bastante alejado de esas sensibilidades, como lo está Touraine (1992), llega a con-

clusiones cercanas afirmando que la realización del sujeto individual que actúa en nombre de sus derechos y de su identidad es en nuestros días el *motor* de la resistencia contra las fuerzas comunitarias y contra las fuerzas económicas que desarticulan la vida social, engendran la violencia y hacen estallar las desigualdades.

Si uno admite el postulado individualista desde el punto de vista epistemológico —los individuos son la más evidente realidad— y desde el punto de vista normativo —la realización individual es un bien en términos morales—, hay que alegrarse por esa inflexión de la sociología. Mientras los sociólogos estudiaban con mayor o menor ironía los ciclos radiales intimistas de Měníe Grégoire y Françoise Dolto, ellos mismos comenzaron a aparecer en esos programas, al igual que en las revistas que se ocupan de las cuestiones del amor, de la familia y de la belleza. Por otra parte, no son los únicos, a juzgar por cómo algunos filósofos de nota se vuelven exitosos gracias a las recetas de felicidad y sabiduría. Así, es usual que el sociólogo mismo se exponga, y en forma cada vez más íntima; lo que es perfectamente coherente con la convicción de que toda la vida social se decide en el individuo. De todos modos, en el transcurso la sociedad no tendría que volverse simple decorado; nos gusta más Woody Allen que otros filmes que son epopeyas sociales y tragedias.

INDIVIDUO Y EXPERIENCIA SOCIAL

Me siento identificado con esas sensibilidades y, en especial, con el compromiso con los derechos que tienen los individuos a ser individuos como único horizonte moral y político posible, y probablemente universal. Aunque ya no podamos definir la sociedad buena, sí podemos intentar pensar qué sería una buena sociedad para los individuos. Pero antes que reflexionar acerca de los individuos mismos, prefiero comprender cuáles son las condiciones sociales que les permiten formarse, actuar y pensarse. Y para llevar esta tarea a buen término, lo más sencillo es observar primero los lugares donde aquello se realiza con dificultad.

Por ese motivo estudié algunas experiencias sociales, las de los jóvenes de la periferia, las de los alumnos de colegios y liceos, y también las de los profesionales de la educación y de la salud, intentando desbrozar cómo construyen ellos su actividad y cómo viven su situación (Dubet, 1987, 1991, 2002; Dubet y Martuccelli, 1996). Antes que explicar su experiencia social mediante el “funcionamiento y disfuncionamiento” de la sociedad y mediante el conjunto de constricciones que pesan sobre ellos, me interesé por el modo en que perciben su situación y las explicaciones que ellos mismos dan de su acción, ya que, si uno plantea la hipótesis de que los individuos existen, desde luego debe admitir que son mucho más que la suma de sus condicionamientos.

En un volumen de síntesis de estilo algo más teórico (Dubet, 1994), intenté presentar un razonamiento más o menos estabilizado acerca de la noción de *experiencia social*. Para decirlo de manera expeditiva: desde el punto de vista de los individuos, la experiencia social se presenta a la vez como un conjunto de pruebas que superar y de condicionamientos, y como una obligación de acción y de subjetividad. Los individuos están “condicionados”, “determinados”, “obligados” por tres grandes mecanismos. En primer lugar, no eligen su identidad, tampoco su posición social: estas les están dadas y, en gran medida, los individuos trabajan para defenderlas contra aquello que las pone en riesgo. Además, los actores obran en una multitud de mercados, de los cuales intentan sacar provecho, pero también esa lógica sufre fuertes constricciones por causa de la desigual distribución de recursos materiales, sociales y simbólicos. Por último, los individuos se piensan a sí mismos a partir de las representaciones simbólicas de sus capacidades de ser los sujetos de su propia vida, representaciones que les están dadas por la cultura, el arte, la religión, los medios masivos de comunicación y todos los imaginarios de realización y dominio personales.

Cuando estos distintos mecanismos están fuertemente encastados unos en los otros, el individuo, a la manera de la sociología clásica, aparece como un personaje social cuya subjetividad y personalidad están sujetas con solidez al marco de convenciones sociales. Mi hipótesis general es que esa época ya pasó, y los distin-

tos sistemas de limitaciones y condicionamientos que constituyen a los individuos son cada vez más diferenciados, apartados unos de los otros. Las comunidades y los mercados se separan, mientras que los imaginarios y los imperativos de subjetivación crecen y se multiplican: hay que triunfar en la vida, tener proyectos, comprometerse con el trabajo y con la vida amorosa, hay que motivarse, pero sin ser ingenuo y, a fin de cuentas, hay que percibirse como autor de la propia vida, y de uno mismo también. Hay que ser un individuo y un sujeto. Y debido a que un sistema de coherencia global se deshace, estamos obligados a actuar y construir nuestra propia experiencia social. A la vez que somos por completo sociales y, en gran medida, estamos determinados en todos los aspectos, la heterogeneidad de los mecanismos de determinación nos obliga a reconstruir, para nosotros, nuestra propia experiencia y nuestra subjetividad. La sociedad construye la experiencia social como una prueba de formación de uno mismo. La experiencia social es completamente social e individual a la vez.

En mis distintas investigaciones que —la verdad sea dicha— no atañen a las zonas más fáciles de la vida social, muy pronto tuve la percepción —y no era una sorpresa— de que la distribución social de las condiciones de formación de una experiencia personal que se da por “exitosa” es particularmente inequitativa. Las formas de integración social son más o menos sólidas y legítimas, los recursos disponibles son más o menos densos y eficaces, y la distancia respecto de una representación simbólica del sujeto resulta ser más o menos profunda. Así, la *galère** de los jóvenes de las barriadas es experimentada por ellos como una forma de destrucción personal, como una amenaza a la cual responden endureciendo las identidades y actuando con “rabia”, durante revueltas y disturbios urbanos. Se constituyen en sujetos “contra la sociedad”, o bien se retiran de ella hacia la comunidad, el imaginario reli-

* Tal como en épocas anteriores la expresión *les quat'cent coups*, divulgada en la canción popular y el cine, la *galère* designa desde finales de la década de 1960 la experiencia de vida y las ocupaciones (dificiles, azarosas, nocivas), en este caso, de los jóvenes de las periferias urbanas francesas. Al respecto, véase Dubet (1987). [N. del T.]

gioso o la obsesión del éxito. En el mundo de la escuela, bastante menos duro, se considera que los alumnos deben construir una experiencia cuya meta esencial es dar sentido a sus estudios y, también en ese ámbito, las desigualdades son muy gravosas entre quienes lo consiguen y los que “pierden” y viven la escuela como una constante humillación de la que salen amargura y abandono mediante. En cuanto a los profesionales de la educación, de la salud y del trabajo social encargados de actuar sobre los demás, están también obligados a comprometerse subjetivamente en una actividad que, según los contextos y las condiciones, los constituye o los pone bajo amenaza como individuos. Mi hipótesis general es que el sistema simbólico que sostenía las instituciones encargadas de actuar sobre los otros, que enmarcaba las relaciones y cimentaba la autoridad, ya no da abasto (Dubet, 2002). Por ende, la experiencia profesional zozobra: la personalidad le gana a la función, hay que motivarse a uno mismo para motivar a los demás, se crea una obligación de compromiso, una heroización del sujeto que a veces lo revela, a veces lo agota, como queda demostrado en los estudios acerca de fatiga, estrés o *burn-out*.

LAS CONDICIONES SOCIALES DE LA EXPERIENCIA INDIVIDUAL

Acaso por temperamento, sin duda por motivos generacionales, a veces siento algún malestar ante la exposición pública de la intimidad. Cierta estilo de prensa y los ciclos televisivos que se dedican a ella me irritan. No me siento muy bien al respecto, aunque apruebo la evolución de la sociología hacia una forma de “psicología”. Llego a preguntarme además si en esta materia la sociología tiene más para aportar que la psicología, la novela o el cine.

Por poco que me diferencie de mis colegas “individualistas”, eso se debe a que me intereso menos en los individuos mismos que en las condiciones de su formación y de su acción. En este caso, el funcionamiento de las instituciones, de la dominación social, los mecanismos de representación política, las desigualdades sociales, la fricción de culturas, los sentimientos de injusticia, y

demás, desempeñan un papel decisivo. Hoy en día, me parece que estamos en una tensión o “contradicción” fundamental. Por un lado, la obligación de que uno sea el sujeto de su propia experiencia no deja de acentuarse. Por el otro, las condiciones sociales y culturales hacen que resulte cada vez más difícil cumplir ese imperativo, no bien uno sale del mundo de las clases medias superiores y de los vencedores de las distintas competiciones que rigen nuestra vida.

Ante esa puesta a prueba, el pensamiento más bien conservador, tanto del ala derecha como de la izquierda, denuncia el individualismo como una ilusión y sugiere volver a los órdenes, que se suponen estables e integradores, de antiguas épocas. Ese escenario no me parece posible ni deseable. En cambio, debemos reflexionar en serio respecto de las condiciones de la formación de los individuos y de los sujetos. Paradójicamente, esto supone que nos alejemos del individuo y volvamos a las sociedades. Después de vivir el “regreso del actor”, acaso debamos encarar el “regreso de las sociedades”, ya no de *la Sociedad* como sistema orgánico, sino de la constitución de formas de vida social vivibles, sin más. Vemos con claridad que hoy en día la formación misma del individuo se ve amenazada por fuerzas contradictorias: el mercado, al cual ya nadie parece controlar, según demostró la crisis de 2008, hundiendo con brutalidad a masas enteras en el vacío y la pobreza, mientras que a partir de la sola especulación se amasan considerables fortunas; las comunidades religiosas y “raciales” se reconstituyen, entran en guerra unas con otras, y contra sus propios individuos; en todas partes los populismos van viento en popa e instauran una suerte de fascismo *soft*; el pensamiento de izquierda reformista está fuera de forma... Desde luego, algunos movimientos sociales oponen resistencia a estas fuerzas de descomposición; pero estoy convencido de que la sociología también tiene un papel que cumplir: debe reflexionar sobre las condiciones para una reconstrucción de la vida social. Por lo demás, en eso estriba su vocación más antigua y más fundamental; y no veo por qué debería renunciar a ella. Debe hacer ese trabajo en nombre del individualismo mismo.

7. Justicia e injusticia sociales

“Ya no hay motivos para que uno se interese...” · La injusticia como experiencia primordial · Principios en pugna acerca de la justicia · ¿Qué sería una sociedad justa?

Si bien los motivos por los cuales uno elige trabajar sobre un tema u otro se reconstruyen en gran parte a posteriori, me parece que mi interés por la justicia social, o más bien la injusticia social, proviene de preocupaciones políticas. No hay que entender “política” en un sentido limitado y partidario del término. Como la mayor parte de nosotros, advierto con claridad que vivimos en sociedades extremadamente “activas”, llenas de conflictos, protestas, luchas y críticas, aunque ninguna de esas luchas pretende ya nuclearlas a todas como sucedió con el movimiento obrero en la sociedad industrial. Noto que las desigualdades se transforman y se multiplican, más de lo que por otra parte se incrementan. Noto que vivimos en sociedades pluriculturales que están en tensión entre el individualismo y las tentaciones comunitarias. Al mismo tiempo, como cualquiera, sé que tenemos que vivir juntos en una situación en la que eso es cada vez menos “natural”, al contrario de lo que se creía posible en la formación de los Estados-nación modernos y democráticos, cuya teoría o teología surgió en cierto modo por obra de la sociología clásica. La construcción de ese acuerdo es una meta central hoy como ayer, y tal vez hoy en mayor medida, mientras lo que se da en llamar “mundialización” arrasa las antiguas formas de la sociedad moderna europea.

La construcción de este acuerdo, de esta manera de vivir juntos y en paz pese a la guerra de intereses e identidades, pasa por varias vías. Para la sensibilidad filosófica que los estadounidenses denominan “comunitaria”, el compromiso político y social supone un acuerdo acerca de los valores en común y un reconocimiento de las identidades culturales, con el fin de dar consistencia a los individuos y densidad moral —una suerte de virtud— a la vida demo-

crática. Para expresarlo de modo muy sencillo: los comunitarios piensan en términos de “prioridad del bien”, cuando el viejo consenso de las sociedades nacionales culturalmente homogéneas y socialmente ordenadas ya no es tan eficaz. Otros, como Habermas, desarrollan el tema del “patriotismo constitucional”, imagen algo “inglesa” según la cual pueden superarse los conflictos y los desacuerdos mediante una adhesión profundamente democrática a los mecanismos institucionales mismos, mediante un acuerdo acerca de los procedimientos, el derecho y la capacidad misma de debatir en términos razonables. En gran medida, dentro de ese contexto la política sostiene la sociedad. Y otros, por último, en la línea de Rawls, afirman la “prioridad de lo justo”. Se inscriben en una tradición liberal utilitarista derivada de Hume, quien admite el carácter poco compatible de las distintas definiciones de bien y supone que un contrato social latente debe ser anterior al juego político. Esta concepción afirma que es posible ponerse de acuerdo acerca de un álgebra de los principios de justicia, ya que cada cual ignoraría la posición social que el azar le depararía. Resulta evidente que estas tres cuestiones se plantean con idéntica agudeza y, en especial, que la prioridad de lo justo no agota el problema de los acuerdos que priman en la compatibilidad de culturas. Pero esa cuestión fue mi punto de partida, pues, como es fácil de admitir, las concepciones de justicia social desempeñan un papel importante; y tanto más si sabemos que la percepción de las desigualdades sociales no es reflejo de las desigualdades reales, es decir, desigualdades que uno intenta medir en términos objetivos. Por ejemplo, entre los estadounidenses, es menor la proporción de quienes consideran que las desigualdades sociales de su país son excesivas, en comparación de lo que sucede con franceses y suecos, cuyas sociedades son casi dos veces menos inequitativas que la estadounidense (Dubet, Duru-Bellat y Véréttout, 2010). Excepto que se considere idiotas y alienados a los estadounidenses y peculiarmente iluminados o quejosos a los europeos, hay que concluir, desde luego, que la concepción de la justicia y de las injusticias sociales no es la misma en ambos mundos.

De manera más directamente política y práctica, en 1999, el ministerio de instrucción nacional francés me encomendó la

propuesta de una reforma de los *collèges** (Dubet, 1999; Dubet y Duru-Bellat, 2000). Volveré a esa breve experiencia más adelante. Me bastará mencionar aquí que por buenos motivos sociológicos y muy en contra del espíritu de la época, yo había optado por defender el principio de colegio [*collège*] único, esto es, la escolarización común hasta los dieciséis años, contra los *cursus* diseñados, las áreas segmentadas por niveles y el sordo deseo de librarse de los alumnos juzgados indignos del colegio, tal como se lo definía por ese entonces. Esta defensa y el alegato por lo que llegará a ser el “umbral común de conocimientos y competencias” me involucraron en debates acerca de la justicia escolar; me obligaron también a construir una argumentación en términos de justicia social acerca del ámbito de la selección, el carácter de la oferta escolar, la libertad dejada a los actores, entre otros temas, con el propósito de demostrar que el colegio [*collège*] único era la menos injusta de las fórmulas escolares y, tal vez, la más eficiente para el sistema escolar.

DE LAS RAZONES SOCIOLOGICAS

Me interesé por los sentimientos de injusticia cuando “descubrí” que a los alumnos les preocupaba en grado extremo la justicia. Por un lado, tenían una percepción muy específica de las jerarquías escolares entre *cursus* y establecimientos que ellos solían vivir en una escala de desprecio. Por otro lado, tenían vívida percepción de las tensiones entre el reconocimiento de su mérito y de su valor escolar, y un apego a la igualdad fundado sobre un fuerte sentimiento de comunidad juvenil. Esperaban de la es-

* En el sistema educativo francés, el *collège* es el primer tramo de la escuela secundaria, común a todos los alumnos y se cursa entre los 11 y los 15 años. El segundo tramo, el *lycée*, dura tres años, más allá del tipo de diploma obtenido (técnico –estigmatizado– o profesional –prestigioso–). Cada diploma a su vez se subdivide en *filières* o *cursus* (orientaciones, modalidades). [N. del T.]

cuela y de sus maestros dos cualidades a priori contradictorias: el dictamen de méritos desiguales por naturaleza y la preservación de una igualdad fundamental de todos los alumnos. Por último, deseaban también que la garantía de esa igualdad no afectase el reconocimiento de sus singularidades y de sus personalidades, su derecho a ser ellos mismos. Todo esto no me parecía tan banal como podría creerse en la medida en que así quedaba de manifiesto que la experiencia escolar tenía una dimensión normativa, moral e incluso política; las desigualdades en aprendizajes, esfuerzos y logros se captaban en un lenguaje normativo y moral.

La sociología de los sentimientos de injusticia es, por ende, la vertiente moral, normativa o ética –poco importa cómo se la designe– de cualquier experiencia social. De hecho, es manifiesto que si bien los individuos no suelen estar en condiciones de decir en qué consistiría una sociedad justa, a no ser de manera muy imprecisa, en cambio son perfectamente capaces de decir qué les parece injusto. En ese sentido, la experiencia de las injusticias es primordial. Encontramos además ese tema en la literatura, en Jean-Jacques Rousseau y Jean Genet, por ejemplo, pero también en sociología, con un logrado libro de Barrington Moore (1978). No sólo cada uno de nosotros es capaz de decir qué le parece injusto, sino que, aún más, somos todos capaces de decir por qué es injusto lo que pensamos que es injusto. Por poco que se nos pida, todos estamos en condiciones de decir en nombre de qué principios de justicia tal conducta o tal situación son injustas. Sea cual fuere su capital cultural, cada uno puede decir: “es injusto, porque...”. Si retomamos las categorías de Luc Boltanski y Laurent Thévenot (1991), el “ascenso en generalidad” (en busca de principios superiores compartidos) y la remisión a modélicas “ciudades de justicia” son actividades normativas “naturales”, en el sentido de que parecen ser dadas a todos, incluidos los niños, si damos crédito a Jean Piaget y Lawrence Kohlberg.

Esta observación es de la mayor importancia, si uno se interesa por la crítica social. Antes que optar por un punto de vista crítico preponderante, más vale comprender cómo se construye la crítica de los actores sociales. Si uno se ocupa de interrogarlos y escucharlos, percibe sin dificultad que los individuos son por sí solos

lo suficientemente críticos para que no haya necesidad de agregar cosa alguna: los obreros afectados a los trabajos más arduos y peor pagos saben que los están explotando, las mujeres y las minorías saben que las están discriminando y, en términos generales, los individuos tienen mil y un motivos para quejarse y criticar las injusticias sociales. Y eso sucede sea cual fuere la posición que ocupan. Pero aún más, las personas hacen algo más que quejarse; también saben en nombre de qué principios de justicia, de qué ideales, qué valores, tienen razones para esa queja. Las críticas son constructos, elaboraciones, a menudo sofisticados, y cada uno de nosotros se conduce como un “filósofo” que desarrolla una teoría latente de la justicia a partir de su experiencia de injusticias sociales. Se verifica que los principios de justicia movilizados por los individuos son comunes a todos, y que se imponen como una suerte de evidencia compartida, como principios primordiales. Eso no significa que haya un acuerdo entre todos –nosotros tenemos posiciones sociales e intereses diferentes–, sino que, en términos de crítica de las injusticias, los actores utilizan el mismo vocabulario y la misma gramática. Si bien no acuñan las mismas frases y no dicen las mismas cosas, utilizan el mismo lenguaje.

En un estudio empírico que indaga los sentimientos de injusticia en el trabajo, dejamos en evidencia una sintaxis común de los sentimientos de injusticia (Dubet, 2006). Cuando critican las injusticias padecidas, los trabajadores movilizan tres principios de justicia: igualdad, mérito y autonomía. Quieren que se los trate como iguales, quieren que se reconozca su mérito, y reclaman el derecho a desarrollar plenamente sus posibilidades en el trabajo. Desde luego, se utilizan esos principios en común de manera muy diferente, en función de las experiencias de trabajo; pero siempre están activos los mismos principios, en una zona cultural que afirma la igualdad fundamental de todos pese a las desigualdades sociales, con la profunda convicción de que el trabajo, el esfuerzo y el talento de cada cual deben verse recompensados, y que del trabajo se espera que sea el sustento de una realización personal. Ahora bien, el trabajo genera desigualdades percibidas como excesivas: cada cual puede tener la sensación de que no se reconoce su mérito, y cada cual puede sentirse destruido por su trabajo, por

el cansancio, la rutina, el estrés... Tan pronto como describimos esas experiencias inmediatas, entramos en una actividad crítica fundada sobre principios de justicia.

Todo el interés del estudio empírico de los sentimientos de injusticia obedece a que, si bien los individuos razonan como filósofos, no se rigen por el afán de coherencia y de síntesis de los filósofos. Desde su punto de vista, los principios de justicia invocados parecen contradictorios entre sí. Al final, la plena consumación de la igualdad anula el mérito y exagera las singularidades. Del mismo modo, el pleno desarrollo del mérito deja abolida la igualdad y se opone a la autonomía, que no tendría modo de plegarse a los criterios de mérito. Por último, el predominio de la autonomía quiebra la igualdad y el mérito en nombre de la plena libertad. Al desplegarse en múltiples registros, la crítica social nunca se estabiliza, y los individuos se ven llevados por un ciclo inagotable de crítica, ya que siempre deben combinar principios opuestos entre sí y están apegados a todos los principios de justicia.

Lo que podríamos denominar "poliarquía de principios de justicia", que reside en el núcleo mismo de la dinámica normativa de la experiencia social, tiene efectos prácticos destacables. En primer término, pese a una sintaxis compartida, los acuerdos críticos son bastante difíciles de establecer. Luego, esta poliarquía genera una distancia entre la crítica y la acción. Expliquémonos. La causa que puede parecer justa desde el punto de vista de la igualdad puede parecer injusta desde el punto de vista del mérito y de la autonomía. Por ejemplo, los trabajadores encuestados condenan de modo inapelable el desempleo, pero eso no significa que siempre tengan mucha indulgencia a propósito de los desempleados, pues desde el punto de vista del mérito suelen recelar que estos no hacen el esfuerzo esperable y, desde el de la autonomía, a veces los acusan de entregarse a manos de la asistencia social. Uno puede luchar contra las injusticias ligadas a la ausencia de reconocimiento del mérito, pero en ese caso la ausencia de solidaridad con aquellos cuyo merecimiento se percibe menor será manifiesta. Por otra parte, de manera general, cuando más se cree en el mérito, menos se piensa que las desigualdades sociales son excesivas (Dubet, Duru-Bellat y Vêréout, 2010). Por tanto, no hay princi-

pio de continuidad de la crítica a la acción colectiva; tanto más si, como sucede, la movilización supone que se cumplan condiciones peculiares, en especial sentimientos de solidaridad y, sobre todo, la detección e identificación de un adversario social contra el cual es posible actuar. Ahora bien, alejando los centros económicos de decisión de la organización práctica del trabajo y diluyendo el ejercicio de la autoridad en formas de *management* sofisticadas y a veces perversas, el capitalismo contemporáneo ejerce una dominación que parece desprovista de rostros y de actores: el empleador nunca está allí donde se lo espera. Y aún más, tan a menudo como al patrón, los trabajadores atribuyen a sus colegas y a sus clientes o usuarios la causa de las injusticias padecidas. En ese caso, ¿cómo movilizarse colectivamente contra sus colegas, contra los clientes, contra los alumnos o contra los enfermos que uno tiene a su cargo? Pero estemos tranquilos. Si la distancia entre crítica y acción es grande, la vida social no está llena sólo de padecimientos silenciosos, también está llena de huelgas, crisis, protestas y revueltas.

¿UNA SOCIEDAD JUSTA?

Después de estas observaciones acerca de la poliarquía de principios de justicia, se comprenderá que me parezca ilusorio determinar qué es una sociedad justa, sin que se nos cuele algo de sensiblería e ingenuidad y sin crear un poco de *pathos*. Si es difícil dar una definición de sociedad justa, eso se debe a que la justicia consiste en combinar diferentes, y a menudo contrapuestos, principios de justicia, de los cuales, sin embargo, cada uno es también el complemento indispensable de los otros; por ejemplo, el mérito supone que seamos en esencia iguales e igualmente libres. Por ese motivo, me parece preferible preguntarse cuáles son las desigualdades aceptables o tolerables, si no perfectamente justas, antes que privilegiar un solo principio de justicia, a menos que este permanezca por siempre en el cielo de las ideas. Esta opción responde también a la "ética de responsabilidad" y del compromiso que mencioné en el capítulo 5. De hecho, no podemos obrar

como si las reflexiones acerca de la justicia social no concerniesen también a clases sociales, grupos sociales, modelos políticos, todo cuanto hace que uno deba tener en cuenta las consecuencias y situarse en uno de los posibles espacios, aunque demasiado poco tenga esto de espléndido y elegante.

En un pequeño ensayo dedicado a la justicia escolar, derivado de mi trabajo respecto de la reforma del sistema del *collège* (Dubet, 2004), intenté definir qué podría ser una escuela justa “mientras las cosas restantes permanecen igual”, es decir, sin revolución social radical previa que aboliría el problema planteado. Me situé a priori en el punto de vista del interés de los alumnos más débiles, sabiendo que esta debilidad depende en gran medida de las desigualdades sociales anteriores a la escuela. Pero como todos sabemos que la amplitud de las desigualdades en la escuela no es reflejo exacto de la amplitud de las desigualdades sociales, es posible un espacio de acción. Proponía, por tanto, construir una escolaridad común y radicalmente no selectiva hasta el final del *collège* y definir los objetivos de esta escolaridad en términos de cultura común: así afirmaba de manera explícita lo que la sociedad se obliga a ofrecer a todos los alumnos, cualquiera fuese su porvenir escolar de allí en más. Eso implica que ya no se defina al *collège* como primer ciclo de la enseñanza secundaria, sino como un fin en sí mismo; implica también que esta cultura común abarque elementos de cultura profesional y técnica, para que la orientación hacia enseñanzas profesionales y técnicas ya no se perciba sistemáticamente como la sanción del fracaso. Además, hay que asegurarse de que la oferta escolar sea de la misma calidad en todos los establecimientos, lo que está lejos de ser el caso hoy en día. Está bien que el mérito –aunque puedan tenerse dudas respecto de su realidad y medida– se imponga después de la escuela obligatoria, pero no está bien que la competición sea, a la vez, cruel y artera. Así, por mi parte, proponía mejorar considerablemente la calidad de la oferta en los *cursus* que se da en llamar “débiles” y atenuar el ascendente cultural y social de los *cursus* de élite, cuyo principal defecto es regir la representación de las calidades y virtudes escolares que se transforman en desigualdades escolares excesivas y humillantes. Sugería ampliar la movilidad dentro

del sistema y, sobre todo, construir una escuela más acogedora y más atenta a los sujetos. Estas pocas proposiciones pueden parecer muy tímidas. Pero cuando al conocer la fuerza de las rutinas y de los imaginarios profesionales del mundo escolar, y ante todo el peso de los intereses sociales que se anudan alrededor de la escuela, pues es donde se juega el futuro de nuestros hijos, puedo asegurar que esas reflexiones traen aparejadas tantas más oposiciones que adhesiones.

En otro pequeño ensayo, intenté ampliar las miras, y así puse de relieve que la sociedad francesa pasaba de una concepción general de las desigualdades a otra (Dubet, 2010). Durante un período muy largo, habíamos razonado en término de lugares, colocaciones o posiciones [*places*]. Era cuestión de reducir las desigualdades entre las posiciones sociales, en especial entre las clases sociales, gracias a la acción del movimiento obrero, a la redistribución fiscal y al Estado benefactor. Esta concepción de la justicia parece agotarse: cristalizaría los corporativismos, sería ciega a las desigualdades entre los sexos, las minorías y las mayorías culturales, las generaciones, sería económicamente cada vez más gravosa de sostener. De unos años a esta parte en Francia –en los países anglosajones, desde mucho antes–, se impone el modelo de igualdad de *oportunidades*. En esta concepción de la justicia, en un primer momento se definen las desigualdades sociales en términos de discriminaciones, obstáculos injustos opuestos a la movilidad social de las clases desfavorecidas, y sobre todo de los distintos grupos sexuales y culturales discriminados. Dentro de este marco, uno intenta menos actuar sobre las desigualdades en las condiciones de vida que sobre lo equitativo de la competición social para acceder a las posiciones más favorables. En principio, ese modelo es poco refutable, pero puede tener consecuencias injustas e imprevisas: acentuada brecha entre vencedores y vencidos, tropismo elitista y condena a las víctimas que no aprovecharon sus oportunidades, reificación de las identidades que pueden aportar ventajas diferenciales, debilitamiento de las categorías populares vaciadas de sus mejores elementos y reducidas a sus “incapacidades”, competencia entre víctimas y atomización de las desigualdades... Mi ensayo tiene como conclusión la prioridad de

la igualdad de posiciones, no para defender un modelo agotado, sino para renovarlo. Recordemos también que, en los hechos, teniendo en la mira la mayor igualdad de posiciones, las sociedades aseguran también la más consistente movilidad social y, por tanto, la igualdad de oportunidades.

Esos dos ensayos son libros de intervención que procuran participar en la *public sociology*. Son textos breves pero sólidamente informados, que se esfuerzan por defender una tesis sociológica y política. No puedo decir que sean estricta consecuencia de investigaciones empíricas, pero están muy inspirados en ellas, con miras a lograr una injerencia de peso en el debate público. Como fueron sus vehículos un editor y una colección eficaces y reconocidos —“La république des idées”, del sello Seuil—, la cuestión que uno puede plantearse en términos de utilidad de la sociología es saber qué sucede con ella en relación con el debate público. ¿Acaso hay que tomarse todo ese trabajo? ¿Sirve para algo, más allá del placer de escribir y de ciertas satisfacciones personales?

8. ¿A quién se dirige la sociología?

La sociología no es sólo un asunto de especialistas · La sociología y los medios masivos de comunicación: relación compleja · ¿Qué papel desempeña la sociología en los debates públicos?

La producción de los sociólogos apunta, y a veces alcanza, a gran diversidad de “mercados” intelectuales y de públicos. El mercado acotado, el de las revistas eruditas, selectivas y necesarias para la carrera académica, se apoya sobre tiradas de algunas centenas de ejemplares; en los casos más favorables alcanza a unos miles de lectores. Esas publicaciones son indispensables para la formación de un ámbito científico exigente; de todos modos, parece que, en sociología, esas revistas a veces son menos el reflejo de la actividad científica de los investigadores que una etapa del reconocimiento, a la cual deben someterse los jóvenes que aspiran a una carrera. Aun así, se da el caso de ciertos artículos que escapan a ese círculo acotado, y años más tarde todavía “siguen en carrera”. El segundo mercado es el de las obras eruditas pero relativamente poco técnicas que apuntan a un público cultivado y cuya cantidad promedio de lectores ronda el millar. Ese es también el mercado de las revistas de debate e ideas como *Le Débat*, *Esprit*, *Les Temps Modernes*, o *Politix*... También allí sucede que algunas de esas obras tengan una repercusión muy amplia y durable: pensemos en los libros más ascéticos de Pierre Bourdieu, Robert Castel, Michel Foucault y algunos otros. Pero sin duda la crisis de la actividad editorial es más perceptible en ese mercado si juzgamos a partir de lo endeble de las tiradas promedio. Por último, habría un tercer mercado, el del *best seller* y un público lector de masas en el cual la sociología resultaría análoga a la literatura, al ensayo y a la política. Quizás habría que mencionar también un cuarto mercado, el de las editoriales, las invitaciones regulares a estudios de televisión... Sin olvidar un mercado discreto pero relativa-

mente cautivo y seguro, el de los manuales y los libritos breves destinados a los estudiantes. Habría que sumar las publicaciones electrónicas, gracias a las cuales los investigadores se vuelven sus propios editores y sus propios agentes publicitarios. En suma, existen mercados amplios y mercados acotados, mercados lentos y mercados veloces, y con facilidad podríamos construir una tipología si entrecruzásemos categorías.

Todo el problema estriba en saber si esos mercados rigen la producción sociológica y determinan su impacto social. A excepción del mercado acotado y erudito cuyos condicionamientos de producción y apertura son bastante específicos —se sabe cómo hay que escribir, para quién y cuántos lectores se tendrá—, no creo que las cosas estén tan claras. ¿Quién habría imaginado que *Los herederos* se volvería un *best seller* (véase Masson, 2001)? ¿Quién habría imaginado que tal artículo erudito tendría cierto impacto sobre los decisores? En cuanto a los libros que uno puede suponer programados para alcanzar un amplio público lector, creo saber que la mayor parte no supera siquiera los mil ejemplares vendidos. En otros términos: la existencia de mercados y de estrategias editoriales no significa que esas estrategias sean eficaces, y uno suele deducir a posteriori que si un libro tuvo gran éxito se debería a que fue deliberadamente realizado con ese fin, mientras que si no tiene repercusión alguna, se debería a que su autor habría optado por una estrategia virtuosa, ascética y austera. Por supuesto, no me refiero aquí a los volúmenes condenados al éxito y lanzados a modo de verdaderos productos comerciales, como los de Jacques Attali, Alain Minc o Michel Onfray... Pero en eso hay casi “competencia desleal”, y escapa a nuestro tema.

Más vale admitir que, una vez escrito y publicado, el libro o artículo entra en una vida que está por fuera del control de su autor. Si lo leen poco, el autor se siente ignorado de manera injusta; si lo leen, suele tener la impresión de que el éxito descansa sobre un malentendido. Y aunque este último es el escenario más agradable, es casi tan imprevisible como el primero.

LOS MASS MEDIA ELIGEN

Entre la investigación sociológica publicada y los lectores hay mediadores. Suele describirse a los medios masivos de comunicación como un mundo inculto en ciencias sociales, fascinado por la actualidad inmediata e interesado sólo en las celebridades, la medición de audiencia y todo lo que pueda generar *espectáculo*. Según mi experiencia al respecto, no siempre es así. Muy lejos de eso. Muchos periodistas se toman el trabajo de leer los libros y, dentro de las restricciones que les son impuestas, suelen escribir mejores artículos que las reseñas algo convencionales de las revistas de sociología. Ahora bien, a veces basta un artículo publicado en un gran diario para decidir el destino de un libro. Por lo general, uno desconfía de los periodistas, pero también conoce a varios que son “buena gente”, y muy competentes en el ámbito que cubren. Muchos periodistas de la radio oficial France Culture se toman el tiempo de leer los libros y de hablar inteligentemente al respecto con los autores. Sin embargo, aunque una hora en France Culture sigue siendo una escasa franja de audiencia, aun así alcanza a algunos cientos de miles de oyentes. Hay que defender esta emisora y a todos quienes defienden las ciencias sociales. Las emisoras comerciales y generalistas a veces tienen “nichos” en los cuales se habla un poco de ciencias sociales. Después de todo, si ciertos sociólogos con reputación de serios se volvieron intelectuales conocidos, con claridad esto se debe a que hay periodistas que los leyeron, oyeron y promovieron. Sin duda, habrá quienes consideren que estas líneas son tan optimistas porque las escribió un sociólogo que esos mismos medios tratan bastante bien. También es verdad que hay una lógica del compromiso; con el paso del tiempo, uno termina por conocer a algunos periodistas, por publicar sus artículos de opinión, y quizás sea cada vez más difícil acceder a esa forma de reconocimiento por causa de la muy elevada cantidad de libros publicados, pese a las exiguas ventas y la merma generalizada del lugar que los medios de comunicación conceden a los libros, en especial a los libros de ciencias sociales.

Según sé, la televisión impone entornos y reglas muy distintos. Nunca tiene tiempo, e “histeriza” el debate. Visto que el telespec-

tador tiene a cada instante la facultad de hacer *zapping*, todo sucede como si se pensase que no es posible desarrollar más que una idea, una sola y más bien simple, y como si siempre hubiese que seguir el cauce de debates veloces, que excluyan los matices, mientras se ponen en escena algunas contraposiciones bastante sumarias. Tres minutos en televisión es algo considerable. Además, se elige a qué persona entrevistar a partir de sus capacidades "comunicantes": "buen cliente", "buen físico", "buena voz", rapidez... Para decirlo sin más, no es tan agradable, en comparación con la radio, que da una sensación de intimidad. Allí se plantea un auténtico problema. ¿Hay que aceptar ese juego o esa lógica de los medios masivos o —como había hecho Pierre Bourdieu, que podía permitírselo— hay que imponer condiciones personales de tiempo, encuadre y abolición del espectáculo mismo? En lo personal, no creo que haya que ir a todos lados ni bajo cualquier condición. Uno tiene derecho a elegir a sus interlocutores y a rechazar debates algo deshonorosos para sí mismo y la disciplina que representa. Uno puede negarse a realzar tesis o ideas a las que acordará una suerte de legitimidad al aparentar discutir las en serio en la atmósfera exaltada de un estudio televisivo.

Dicho esto, uno no puede a la vez reclamar una presencia de la sociología en el debate público y negarse a ingresar en el espacio público sólo porque no le conviene. A menos que esperemos hasta que la televisión y las radios populares se parezcan al Collège de France, no podemos negarnos a salir del coto del lenguaje erudito del investigador. No creo que sea malo para el debate público y para la sociología aprender a hablar de modo sencillo, a concentrarse en esas contadas ideas más cercanas a los sentimientos de uno, a decir a los periodistas que no plantea los problemas exactamente en los mismos términos que ellos... La sociología debe al menos enseñarnos que existen diversos espacios de comunicación, que estos últimos tienen reglas y costumbres, y que tanto más vale no pasarlas por alto.

Al lado de las radios y la prensa escrita "serias", al lado de la televisión y de esos contados ciclos de debates, se desarrolla una nueva práctica periodística que consiste en entrevistar a "expertos". Antes que hacer por su cuenta sondeos difíciles en un

tiempo muy breve, los periódicos adosan la descripción de los acontecimientos a los comentarios del especialista. Esta práctica se desarrolla porque la mayoría de las redacciones ya no cuenta con los recursos para especializar a los periodistas, de modo que sean ellos mismos los expertos. También existe una tendencia mediática a "sociologizar" los hechos de crónica, a pensar de modo sistemático que son reveladores de una sólida tendencia, y por eso se pide al sociólogo que intervenga. Tengo una enorme desconfianza respecto de esa práctica, no porque la información general de las crónicas periodísticas no sea significativa, sino porque los de esa sección siguen siendo hechos de crónica perfectamente singulares, sobre los cuales poco hay para decir. Sobre todo, esa tendencia participa en cruzadas morales incontrolables. ¿Se produce un serio hecho de violencia en una escuela? Los resúmenes televisivos de noticias se hacen eco del suceso, distintas revistas producen informes inquietantes acerca de la violencia escolar, los responsables políticos adoptan medidas, los sindicatos exigen recursos, la extrema derecha acusa a la inmigración... Sólo se habla de eso, y la escuela entera parece devastada por la violencia. Al cabo de dos semanas: silencio, hasta el año siguiente. Tan pronto como la escuela, las barriadas de la periferia o los estudiantes están en las trincheras de la actualidad, sé que va a sonar la campanilla de mi teléfono. También en este caso es difícil lamentarse de la ignorancia en la cual se tendría a la sociología y negarse a hablar o a escribir cuando los medios de comunicación se vuelven hacia ella. Creo que la regla es bastante sencilla. Uno puede rechazar un medio del cual sabe que traicionará los dichos de uno o por el cual no tiene simpatía, uno puede pedir revisar la entrevista antes de su publicación y, gracias al correo electrónico, eso es posible en los acuciantes tiempos del periodismo. Sin embargo, es preferible negarse a hablar de lo que uno ignora, visto que los periodistas siempre sobreestiman el campo de competencia de los sociólogos que conocen.

Dejar su laboratorio o su oficina por los medios masivos de comunicación significa aceptar el ingreso a un mundo que tiene sus propias reglas, y uno debe hacerlo si desea que la sociología sea útil o para que se la lea y oiga por fuera del círculo de los investiga-

dores, de los estudiantes y de una minoría interesada. Por eso más vale conocer las prácticas del mundo en que uno entra; después de todo, no siempre son peores que las de su familia profesional.

LA INTERVENCIÓN PÚBLICA

Si bien las relaciones entre la sociología y su público están controladas por los medios de comunicación tanto más que por los investigadores, hay formas de intervención pública que se deben sólo al sociólogo. La figura, bastante singular, del intelectual francés supone intervenir en el debate público, y es casi un oficio tener ideas acerca de todo: la educación, las costumbres amorosas, Medio Oriente, la selección francesa de fútbol, Dios y, desde luego, el “silencio de los intelectuales”... Más banalmente, uno puede intervenir por sí solo, en forma de columnas de opinión, en los ámbitos en que cree tener alguna competencia. A veces uno toma la iniciativa, otras veces lo pide un periódico. Como he publicado algunas intervenciones de ese tipo, debo confesar que el motivo psicológico para hacerlo suele ser la indignación política. En casi todos los casos, tuve la sensación de gozar de un privilegio y de hacerme un bien, sin tener idea alguna del impacto de este tipo de intervención. Con menos frecuencia, sucedió que actores, sindicatos o asociaciones involucradas retomasen y utilizasen algunas intervenciones; entonces, uno se dice que pudo ser útil para algo. Recuerdo en especial un texto contra la abolición del sistema francés de colegio [*collège*] único, publicado en el diario *Libération*, que había causado la respuesta de un ministro y algunos encuentros con responsables políticos y sindicales. Hay también intervenciones colectivas que son actos más directamente políticos y que pueden abrir un espacio de debate relativamente nuevo. Eso fue lo que hicimos cuando con algunos colegas publicamos en 2009 en el diario *Le Monde* un manifiesto para “Refundar la universidad” que firmaron varios miles de docentes-investigadores. Si bien siempre nos esforzamos por intervenir como “intelectuales específicos” en un ámbito sobre el cual poseemos cierta pericia, el juego es sobre todo político, y el dominio que poseemos es bastante

endeble. No es que todos los días podamos escribir un *Yo acuso*. La posición de un intelectual hoy en día es relativamente abierta, por la multiplicación de la cantidad de universitarios, y es posible que poco a poco ese tipo de intervención se banalice y termine por vaciarse de sentido.

En estos días los grandes semanarios proponen hacerse cargo de *blogs* en los que uno interactúa directamente con los internautas. En 2007, *Le Nouvel Observateur* me propuso administrar uno de esos *blogs*, que yo quería dedicar a los problemas de la educación. No sólo es una actividad muy exigente, sino que al término de unas semanas pedí que me eximiesen, ya que esa forma de democracia me pareció bastante aterradora. Desde luego, pueden entablarse discusiones razonables, corteses y simpáticas; pero tuve la impresión de que el *blog* autorizaba que manase un torrente de resentimiento, odios y agresiones personales protegidas por el anonimato. Pese al bloqueo de comentarios racistas, xenófobos, homófobos y demás, que la ley condena, uno se siente presa de un universo malsano, al cual ciertos blogueros consagran su vida. No es por “auténticas” y personales que las opiniones sean por fuerza aceptables y respetables. Pero acaso sea un efecto generacional, ¡y yo esté demasiado viejo!

Antes que eso, prefiero con creces responder a las propuestas de las asociaciones (padres de alumnos, asociaciones laicas, asociaciones profesionales y sindicatos, clubes, entre otras) que me invitan a hablar de los problemas que les interesan, y en especial de la educación. En la medida en que puedo, casi siempre acepto ir, y siempre tengo la agradable sorpresa de ver que, contrariamente a algunos clichés, entre la “gente común” hay una profunda demanda de discusiones y de debates. Estos encuentros también son para mí otra oportunidad para hacer sociología, ya que si quienes asisten piensan entrevistarme haciendo preguntas, por mi parte los entrevisto cuando oigo sus preguntas, sus historias y sus reacciones. En la sala de un centro social, junto a algunas decenas de personas, es donde siento de verdad que la sociología sirve para algo.

Y estos encuentros no sólo son una manera de “divulgar” la sociología. Permiten también comprender “por qué no se les cree a

los sociólogos" (Dubet, 2002). La distancia entre el conocimiento "erudito" de la sociedad y el conocimiento que de ella tienen los actores no es cuestión de alienación ideológica y de mero capital cultural. Cuando los individuos no les creen a los sociólogos, se debe sobre todo a que la sociología dice cosas que no se conciben con la experiencia social de ellos. También en ese caso, es asunto de buenos motivos y de puntos de vista. ¿Cómo convencer al profesor de que el nivel escolar de las generaciones se eleva o se elevaba gracias a la masificación, cuando en el aula, entre sus alumnos, él lo ve descender, ya que la masificación lo confronta con alumnos más endebles que los anteriores? Sin embargo, esos dos puntos de vista no son contradictorios. ¿Cómo convencer de que las desigualdades no estallan tanto como se dice, en un momento en que cada cual tiene la sensación de que se incrementan de manera considerable porque los ámbitos de juicio acerca de las desigualdades se transforman y se democratizan?

LA ACCIÓN POLÍTICA

Puede suceder que uno traspase la barrera entre conocimiento y acción, ya sea entrando al mundo de la decisión política, o bien aceptando un rol de asesor. Si bien no soy integrante de organización política alguna, mis simpatías por la izquierda me llevaron a cumplir brevemente los dos roles.

Cuando el ministerio de Claude Allègre me encomendó una propuesta de reforma de los colegios, descubrí, tal vez porque yo era demasiado ingenuo, que si bien no es inútil ser sociólogo, la lógica de la política es de un carácter muy distinto al de la sociología. No basta con imaginar una reforma justa, racional y posible, para convencer a los actores políticos y sindicales de adherir a ella, ya que la vida política no se da en esos términos. La decisión procede de un juego —no tan racional como lo postula la teoría de la elección racional— en el cual la evaluación de la coyuntura, de las correlaciones de fuerzas y, es forzoso decirlo, las características personales de los decisores tienen un papel esencial. Hay que ser

capaz de sacrificar factores secundarios para obtener una ventaja decisiva, hay que tener en cuenta las redes, las percepciones de la opinión, los conflictos y las amistades personales, la duplicidad de los lenguajes que alimentan la negociación política. En eso consiste el oficio del político, y es en eso que los hombres políticos tienen más o menos talento. Una posible escena: el sociólogo no cede en las convicciones de su fuero íntimo, siente que cayó en una trampa, se enoja y renuncia; por esos motivos, renuncié a una comisión encargada de reformar los programas de ciencias económicas y sociales en 2010. Otra escena posible: el propio sociólogo se vuelve un actor político. En efecto, hay que admitirlo, el juego político es muy estimulante; en él las pasiones e intereses son fuertes, la reacción de socios y adversarios es veloz, uno tiene la sensación de dejar atrás el universo frío y lento de la investigación por un universo candente y veloz. Pero en este caso uno sabe bien que se es cada vez menos sociólogo, y lo más sensato es no demorarse demasiado tiempo en la acción política. O, si no, hay que aceptar cambiar de oficio.

Aunque sorprenda, esta situación no es malsana, ya que en un sistema democrático los expertos y, en términos más amplios, los intelectuales no tienen legitimidad política y lo que uno puede reclamar es que los políticos asuman sus responsabilidades. Ahora bien, si ellos convocan tan a menudo a expertos y sociólogos, es algunas veces para eludir su responsabilidad, para hacer creer que cierta decisión no es política y que estaría dictada sólo por la ciencia. Como nada prueba que las decisiones de los científicos vayan a ser mejores y más sensatas que las tomadas por los políticos, más vale aceptar la separación de modalidades y géneros.

Cuando los partidos políticos preparan las elecciones y sus programas, se rodean de expertos y de *think tanks* en los cuales abundan economistas, juristas, politólogos y sociólogos. Si uno cree que las ciencias sociales deben ser útiles, es irrefutable que es una situación positiva, y muchas veces los *think tanks* publican informes de gran calidad. Pero también en ese caso pienso que la distancia entre la ciencia y la acción no se reduce tanto como podría suponerse. Cuanto más se acerca la fecha de la elección, más se impone la lógica política, más se tiene en la mira a clientelas

electorales y más imprecisas se vuelven las proposiciones, a veces hasta demagógicas, desde el punto de vista de los expertos que se sienten traicionados. Muchas veces pasé por esa experiencia en materia de reformas educativas cuando el deseo de no disgustar a nadie o de complacer a los grupos más influyentes paraliza la voluntad de reforma o lleva a prometerlo "todo, sin importar qué". Una vez más, hay que admitir que, si bien la ciencia y la acción están vinculadas, no son de la misma índole.

En conclusión, las ciencias sociales desempeñan un papel político y social, pero que uno razone en términos de debates o en términos de acción, se trata de un papel que ellas bajo ningún aspecto dominan. Más que esperar la transformación de los mundos mediáticos y políticos, deberíamos mirar nuestro propio frente. Es indudable que podríamos dominar mejor nuestra influencia si formásemos un universo profesional mejor organizado y más coherente, si pudiésemos también contar con el respaldo de instituciones más fuertes, capaces de emitir "advertencias", como hacen a veces las ciencias más duras. Como ya señalé, la enseñanza de las ciencias sociales debería formar parte de la cultura de base de todos los ciudadanos y de la cultura profesional de quienes tienen la capacidad de actuar sobre la vida social; en primer lugar, sobre la opinión pública. Lo seguro es que con eso ganaría la democracia, no sólo la sociología.

9. ¿Un itinerario?

Cierta coherencia, cierta inconsistencia · La intervención sociológica · La Polonia del movimiento Solidaridad, las primeras revueltas en las barriadas periféricas, la educación... · Estilo intelectual y "visibilidad" teórica

Si bien puedo suponer que mi trayectoria profesional tiene una relativa coherencia, lo cierto es que nunca apunté a ella. Después de haberme sentido, como uno se sentía a finales de los años sesenta, marxista y revolucionario, tengo la sensación de no haber tenido un gran desplazamiento en lo intelectual y en lo político. Desde luego, mis maneras de concebir la sociología y de hacerla tuvieron sus inflexiones, pero nunca viví una ruptura radical, un cambio de paradigma. Sin haberme tomado el tiempo para releerme, acaso eso sea una ilusión.

Esto no impidió que cambiase varias veces, y bastante radicalmente, de objeto a lo largo de mi vida de investigador. No soy muy consistente en la materia, y no sé si compadecer o admirar a mis colegas que dedican decenios al mismo objeto: el trabajo, la familia, la juventud, la educación, entre otros; o al mismo autor, del cual se vuelven exégetas, a menudo quisquillosos. Me gusta que existan, porque utilizo, y mucho, sus trabajos; pero me siento incapaz de semejante constancia. A decir verdad, muy pronto temo que me voy a aburrir, ya que apenas uno tiene la sensación de haber trabajado y leído mucho sobre un objeto, la ley de rendimientos decrecientes se aplica de modo implacable. Se vuelve cada vez más infrecuente encontrar un hecho nuevo y una idea tan nueva que nos obliguen a cambiarlo todo, suponiendo que se tenga la valentía necesaria. Lo que es agradable en la investigación es, pese a todo, el descubrimiento para uno mismo, si no para los demás. Por añadidura, el estatuto de docente-investigador da una formidable libertad, y no veo por qué me privaría yo de disfrutarla. Una vez realizada esta rápida introspección,

¿cómo intentar explicar desde la perspectiva sociológica los cambios de objetos?

HISTORIA DE INVESTIGACIONES E HISTORIA SOCIAL

Ante todo están las circunstancias y el azar. Siendo joven padre de familia, yo buscaba trabajo cuando un docente me dijo que una asociación de prevención del delito de la periferia de Burdeos buscaba un sociólogo. Si ese día no me hubiese cruzado con él en la calle, no es seguro que estuviese ahora contestando estas preguntas: era tanta la necesidad de trabajar que tenía. Una vez incorporado a ese equipo, me propuse hacer una tesis respecto de un tema que interesaba a los trabajadores sociales: ¿cómo se forman los proyectos profesionales de los jóvenes de los ambientes populares? Defendida la tesis, publicado un artículo en la *Revue Française de Sociologie*, adquirida una experiencia de docente entre los trabajadores sociales, llegué a ser ayudante, luego *maître de conférences* en la universidad. Llevado por una coyuntura muy favorable a comienzos de los años setenta, cuando explotaba la cantidad de estudiantes y hacían falta docentes, creo haber sido el único aspirante a esos puestos. Desde este punto de vista, pertenezco a una generación extremadamente privilegiada, que se benefició con la masificación escolar y con el crecimiento económico de los años sesenta. Si hubiese tenido más edad, habría visto cerrado el acceso a los estudios superiores; si hubiese tenido menos, habría enfrentado una competición tanto más dura.

Primer rechazo al aburrimiento: decidí asistir a un seminario en la Escuela de Altos Estudios, tal como me permitía el gran liberalismo universitario de ese período. Asistí entonces al seminario de Alain Touraine, mientras empezaba a trabajar por placer acerca del movimiento occitano, que en esa época parecía cobrar cierta importancia con las luchas de los viticultores que se definían occitanos. Ese interés no era ajeno a mis orígenes occitanos y al deseo oculto de que los idiomas regionales de mi infancia saliesen de la clandestinidad y del desprecio. Como en ese mis-

mo momento Touraine deseaba formar un equipo que estudiase los nuevos movimientos sociales que se estaban bosquejando, yo podía irrumpir como el hombre de los movimientos que en ese entonces se denominaban "*nationalitaires*".

En realidad, lo que me absorbió fue el conjunto del programa de Alain Touraine; hicimos cinco investigaciones entre 1976 y 1982. Nunca trabajé tanto y con tanto entusiasmo, porque estábamos inventando un método con peculiar exigencia: la intervención sociológica.⁵ Era cuestión de formar grupos de militantes, confrontarlos a sus adversarios y a sus aliados, analizar esos largos debates y presentar esos análisis a los actores para ver qué hacían ellos al respecto. No hay que tener una imagen demasiado etérea de la investigación: uno recorre miles de kilómetros, contacta a decenas de personas para que algunas acepten esas condiciones de investigación, uno graba y transcribe discusiones, compra alimentos para esos grupos, porque también hay que comer... También es necesario aprender a trabajar con otros, con un sociólogo conocido y percibido como un maestro, mientras se preserva una vida familiar y un pensamiento personal. En el momento en que recaía sobre nosotros la sospecha de tener un consultorio de investigación profética, priorizamos medir la distancia que podía haber entre las luchas analizadas y la hipótesis que postulaba que surgían nuevos movimientos. La más lograda de esas investigaciones, no forzosamente la más interesante en términos intelectuales, es la que hicimos acerca del movimiento Solidaridad en Polonia en 1981. Según sé, es la primera investigación realizada por sociólogos occidentales en un país comunista, investigación posibilitada por el respaldo de Solidaridad mismo y los intelectuales de ese movimiento, entre ellos, Bronisław Geremek. Allí, durante los pocos meses que precedieron el golpe de Estado de diciembre de 1981, tuve la sensación de ver cómo se estaba haciendo la historia. Estábamos aferrados a los acontecimientos, a la par que trabajábamos con grupos de obreros en Gdansk, Katowice y Varsovia, que com-

⁵ Integrábamos el equipo de investigación del CADIS Alain Touraine, Zsuzsa Hegedus, Michel Wiewiorka y yo.

batían por la autonomía sindical, la democracia y la independencia nacional. Solidaridad supo aunar esas reivindicaciones hasta el momento en que la amenaza de intervención soviética impuso el régimen de un general. Aun vencido, el movimiento marcó el final del comunismo, con la separación de la clase obrera y de los regímenes que pretendían ser encarnación de esta.

¿Cómo, de regreso en Francia, no tener una sensación de vacío? La izquierda ya administraba, más de lo que reformaba; los nuevos movimientos sociales habían obtenido algo de reconocimiento institucional y parecía que nada estuviese sucediendo. Con la excepción, no obstante, de una profunda transformación del mundo popular, cuyos batallones obreros se veían diezmados por la desindustrialización y por el agotamiento de las utopías comunistas. Como creo que la sociología debe ser interesante, tenía el proyecto de hacer investigaciones del “lado oscuro” de esas transformaciones. Con Bernard Francq, Adil Jazouli, Didier Lapeyronnie y algunos otros investigadores pertenecientes a la nueva generación, fuimos a estudiar a los jóvenes de las periferias populares que cada tanto daban que hablar con las primeras revueltas de las barriadas, especialmente en las Minguettes,* cerca de Lyon. Durante casi tres años, “rastrillamos” las barriadas periféricas. Toda la originalidad de esa investigación consistía en utilizar la intervención sociológica con grupos a los cuales se veía como marginales y frágiles, todo lo contrario de los militantes. Mientras podía pensarse que bastaba con describir la situación objetiva de los jóvenes, la estigmatización y el desempleo, para así explicar sus conductas, por nuestra parte decidimos tener largas entrevistas con los jóvenes y los habitantes de los barrios, no para describir su cultura, sino para comprender cómo se formaba una experiencia social. Todo el desafío consistía en demostrar que estábamos asistiendo a la descomposición de las antiguas barriadas

* Urbanización constituida, en su mayor parte, por *monoblocks* edificados entre 1964 y 1974, y gerenciada en un primer momento con subsidios estatales. Desde la década de 1980 es epicentro de numerosas revueltas y manifestaciones de protesta. [N. del T.]

rojas y que en la *galère* se formaba entre los jóvenes la figura de una nueva cuestión social y, a veces, se daba el surgimiento de un actor “rabioso” por obra de la exclusión, la dominación, la ausencia de reconocimiento y de expresión políticos. A fin de cuentas, yo presentaba la hipótesis de que la *galère* de los jóvenes era a las clases populares lo que las “clases peligrosas” habían sido a las “clases laboriosas” a mediados del siglo XIX. Pero como ninguna dominación es total, más allá del ciclo de revueltas y de la apatía, se formó un movimiento de protesta, la marcha por la igualdad y contra el racismo [surgida en 1983] que denunciaba la segregación social y racial en una alianza “*black, blanc, beur*” [negros, blancos, franceses nacidos de padres árabes]. A partir de ese período, la situación de los jóvenes de la periferia se degradó profundamente y aún seguimos esperando que de estas revueltas nazca una protesta organizada.

Como ya señalé, temí que esa investigación, con cierta repercusión, me encerrase en un objeto acerca del cual tenía la impresión de haber dicho lo esencial. Nuevo objeto: la educación. No sólo me parecía que la escuela desempeñaba un papel central en la formación de la *galère*, sino que también estaba convencido de que la intervención sociológica era en extremo eficaz cuando uno se alejaba de los movimientos sociales para acercarse a las experiencias individuales. La oportunidad de un contrato de investigación se presentaba ante mí en el momento en que tomaba la responsabilidad del departamento de sociología de Burdeos y en que creaba allí un laboratorio (el LAPSAC, Laboratorio de Análisis de los Problemas Sociales y de la Acción Colectiva); creé un pequeño equipo con Olivier Cousin y Jean-Philippe Guillemet, a quienes se sumó más tarde Danilo Martuccelli para estudiar la escuela a partir de la experiencia de sus actores y, en especial, de los alumnos. También en ese caso habíamos multiplicado las intervenciones sociológicas en los colegios y liceos, e incluso habíamos montado una intervención con niños de la escuela primaria. La educación es el objeto sobre el cual he trabajado más tiempo, porque la demanda es fuerte y porque las metas teóricas están constituidas con bastante claridad. En una intervención sociológica bastante gravosa efectuada entre profesionales del trabajo sobre

los demás, quise dejar en evidencia la mutación global del modelo de las instituciones (Dubet, 2002). Intenté demostrar que un "programa institucional" construido mediante el traslado de una forma religiosa hacia un contexto laico y republicano veía llegar sus últimos días. Algunos de mis trabajos respecto de la educación se inscriben en un marco metodológico distinto por completo, y hasta sustancialmente estadístico, como el estudio comparativo realizado con Marie Duru-Bellat y Antoine Vèrétout.

Como expliqué más arriba, desde hace algunos años me intereso por las desigualdades y por la justicia social. Es inútil volver al tema, salvo para decir que, junto con Sandrine Rui, Olivier Cousin y Éric Macé, dedico gran parte de mi tiempo a una investigación acerca de la experiencia de la discriminación, mezclando entrevistas individuales e intervenciones sociológicas. Me gustaría que esta investigación fuese complemento o prolongación de la que había hecho acerca de los sentimientos de injusticia en el trabajo. Es una manera de medir las brechas que se forman entre las experiencias sociales complejas de las personas más o menos discriminadas y las representaciones políticas e institucionales de la discriminación y de las injusticias. También es una forma de estudiar una de las mutaciones más radicales de nuestra sociedad: el surgimiento de nuevos actores colectivos, las mujeres y las minorías.

Este itinerario depende de las circunstancias, de las oportunidades y de las convocatorias de proyectos, que por lo demás siempre aproveché para desarrollar mis propias problemáticas. Si hubiese un elemento en común más allá de esa dispersión, sin duda sería el deseo de estudiar las cuestiones sociales que me parecen bosquejarse, sobre las cuales todavía tenemos interrogantes y dudas. Hoy, cuando este libro me da ocasión de mirar hacia los últimos cuarenta años, pienso que acaso los dardos no hayan errado del todo el blanco. En realidad, si bien no es del todo consciente, la elección de objetos de estudio se rige por un diagnóstico histórico, por una suerte de apuesta a la coyuntura y al sentido de las mutaciones que se despliegan ante nuestra mirada, cuando siempre tenemos tendencia a percibir las inscriptas en categorías antiguas y como crisis ininterrumpidas. La meta es comprender qué nos

sucede, la prueba crucial es la capacidad de forjar problemas sociológicos. ¿Conseguí ligar esta prueba y esta meta? De eso nada sé, y mis respuestas dependen demasiado de mi "moral", como para arriesgarme a dar alguna.

LOS DESAFÍOS TEÓRICOS

Mientras algunos sociólogos parecen entrar a la vida intelectual plenamente munidos de una teoría, no es ese mi caso. Si tengo ocasión de proponer algún esbozo de teoría, es porque el *campo* me lo impone. También mis libros más teóricos, uno de ellos redactado con Danilo Martuccelli (Dubet, 1994, 2009; Dubet y Martuccelli, 1996) son más pausas y balances que verdaderas obras de propuestas teóricas. En ellas combato contra algunos adversarios, contra las aporías de la elección racional, la dominación absoluta, la disolución de la vida social en la microsociología, y demás, pero a la vez me cuesta no reconocerles algunas virtudes y adoptar el tono militar que suele dar fuerzas a los libros teóricos. Para que un trabajo teórico sea visible, debe ser original en el fondo y a menudo perentorio en la forma. Me siento hasta demasiado "clásico" para ser original y perentorio. Si bien pienso que las respuestas tradicionales de la sociología ya no son convenientes, se trate de las concepciones de la acción o de las concepciones de sociedad, persisto en creer que las cuestiones de esa sociología siguen siendo nuestras, y que no es necesario plantear una "ruptura" y afirmar sistemáticamente la novedad radical del propio pensamiento.

En *El trabajo de las sociedades* (Dubet, 2009), me esforcé por demostrar que ya no era una solución aceptable la representación de la vida social basada en la idea de sociedad como un sistema integrado que determina las conductas de los actores. Las sociedades nacionales ya no son la encarnación de ese modelo; la distancia entre las estructuras sociales y las experiencias es demasiado profunda como para que esa concepción compartida por los funcionalistas, los marxistas y Pierre Bourdieu —quien sintetiza,

sin hacerlo muy explícito, esas dos fórmulas teóricas— dé cuenta de las mutaciones de los mecanismos de la integración social. Con todo, pienso que hay que mantener la idea de que vivimos en sociedades concebidas como conjuntos variados, heterogéneos y a veces trágicos. En esos casos, las sociedades son producto de un trabajo constante de los conflictos, movimientos y representaciones que no plantean ningún concepto, tan amplio y eficaz que todo sea reductible a él. Por consiguiente me veo llevado hacia teorías que derivan de mis investigaciones de campo, más de lo que estas intentan modelar una llave que abra todas las puertas. Desde el punto de vista de la “visibilidad” de un trabajo, esta opción no es la mejor.

Tal vez no tenga el temperamento necesario para elaborar una teoría porque no me gustan los sistemas cerrados. Alain Touraine influyó con fuerza en mí. Le expreso mi gratitud por haberle dado a mi vida un rumbo que yo no imaginaba, a la vez que me permitió llegar a ser lo que yo podía ser sin sentir que cometía una traición. Nunca me gustaron las Escuelas, aun menos las sectas, y los argumentos de autoridad no son platos que figuren en mi menú favorito. Si uno cita a un maestro, eso nunca es una prueba, y yo no pido a mis alumnos que me citen. No procuro releer a los padres fundadores para hacer de ellos una suerte de precursores de mi propio pensamiento, asignándole así una autoridad que no tiene.

Lo que podría pasar por un alegato *pro domo* es en realidad un punto débil. No *hice escuela*, ningún curso se dio acerca de mis investigaciones en el departamento de sociología donde trabajo y que dirigí durante mucho tiempo. No incorporé a mis colegas en función de su fidelidad o de su sumisión; su amistad me basta o me bastaría. Me alegra que el LAPSAC sea abierto en el plano intelectual. Debe decirse que, bajo reserva de que un pensamiento sociológico lo autorice, hacer escuela no es asunto menor. Hay que encontrar “discípulos”, ser de París, sostener revistas y colecciones en alguna editorial, involucrarse en las organizaciones profesionales, ocupar puestos estratégicos, repartir recursos y puestos, gozar de influencia, organizar coloquios a propósito de la obra de uno... Algunos se dedican con frenesí a esa tarea, y sin duda eso

insume mucho trabajo, según lo muestra una lograda biografía de Durkheim (Fournier, 2007). A Durkheim no le bastaba con ser Durkheim, lo que no es cosa de nada; para crear durkheimianos, tuvo que entregarse de lleno a un trabajo considerable y agotador, e igual de importante que la redacción de su propia obra. Por eso, alcanza con imaginar qué sucede cuando uno no es Durkheim y además es un poco indolente. Como contrapartida, se evita el ridículo de la vanidad y los excesos de la amargura, dado que también es seguro que habrá pocos elegidos.

Todo esto prueba que los desafíos de una actividad intelectual no son sólo intelectuales. Requieren respaldos, laboratorios, instituciones, un trabajo que no se reduce a la investigación y a la escritura. Impulsado por el optimismo del “trentenio glorioso” [1945-1975], durante mucho tiempo yo creí que bastaba trabajar bien, y las cosas sucederían. En gran medida eso es lo que ocurrió conmigo. Pero tal vez no haya sido lo suficientemente emprendedor —y, en primer término, empresario de mí mismo— ni lo suficientemente sociólogo para comprender cómo se construía una influencia. No soy el único, en ese caso. Algunos de los sociólogos franceses que más admiro (Jean-Michel Berthelot, Robert Castel, Jacques Donzelot y algunos otros) están en la misma situación. Esto me consuela y me tranquiliza.

La visibilidad teórica obedece también a los estilos intelectuales. Para ser visible en materia de teoría sociológica, hay que afirmar un paradigma central, una pequeña cantidad de proposiciones bastante sencillas, de las cuales se demuestra que se aplican a una multiplicidad de casos y de problemas. Hay que decir que “todo se explica a partir de mi modelo”, hay que producir una teoría fácil de transmitir en torno a algunos axiomas. Esa operación, que sin duda requiere gran talento, es tanto más fácil si se piensa que una sociología general puede derivarse de un paradigma único. Ahora bien, conforme uno se aparte de lo que la sociología clásica denominaba “sociedad”, concebida como un mecanismo regulador general, y se aleje también de la idea de que la acción social procede de una lógica central, esa estrategia teórica parece cada vez más forzada. Esta lleva necesariamente a expandir el paradigma central hasta los límites de lo razonable y a extenderlo

hasta agotarlo para que, de manera más o menos artificial, siga sobreviviendo y dando cuenta de fenómenos en extremo diversos, y hasta heteróclitos. Tal vez ya no sea posible construir una verdadera sociología general, y por tanto el riesgo es suplantarla con un discurso abarcador. Si se deja de lado cualquier comparación de "nivel", dada la estatura de la referencia, me siento cercano al estilo intelectual de Robert K. Merton, quien optó por desarrollar teorías de alcance medio, teorías específicas cuya articulación no engendra una teoría general. Merton tuvo alumnos, discípulos, y una gran influencia, se lo conoció y reconoció, pero nunca hizo escuela.

En el fondo, tengo la sensación de estar en una posición bastante ambigua. Formo parte de los sociólogos relativamente leídos y reconocidos, como unos cuantos de mis colegas franceses. Estaría muy equivocado si me quejase, porque ni siquiera imaginaba que esto fuese posible, y entre tanto tener la libertad de hacer lo que deseaba. Al mismo tiempo, me siento *free-lance* y un poco marginal —provinciano, para decirlo en una sola palabra—, puesto que si bien la sociología que desarrollo es honrosamente conocida, citada y a veces utilizada por otros, no se "cristaliza", no se constituye como un polo visible e identificable. A veces tengo la sorpresa de ver que se retoman temas o fragmentos de teorías que elaboré hace ya varios años, sin que yo siquiera figure como su autor, cuando no se me sospecha de ser una suerte de plagario retrospectivo de trabajos publicados mucho después que los míos. Estas pocas líneas son un modo escéptico de decir que, después de sopesar bien todos los elementos, la introspección tiene sus límites, y que estoy bastante mal posicionado para decir cuáles son los desafíos y las pruebas cruciales de mi vida profesional y de mi trabajo. Eso demuestra, una vez más, la utilidad de la sociología, de la mirada externa, de los métodos rigurosos y de la mezcla de distancia y de simpatía indispensable para la sociología, virtudes que bajo ningún aspecto uno puede aplicar consigo mismo.

10. La sociología frente a aquellos que estudia

Actores, investigadores: un "contrato" muy particular · Todos los métodos son buenos, a condición de... · ¿Qué es la intervención sociológica? · Tratar a los otros como nos gustaría que ellos nos traten

La relación entre el sociólogo y aquellos a quienes estudia es asunto de método, y todos los métodos son buenos... a condición de que sepamos qué podemos esperar de ellos. El error metodológico reside no tanto en el método sino más bien en el hecho de que este no responde a las cuestiones planteadas o de que le hagamos decir lo que no puede decir. En ese ámbito, soy ecuménico, aunque haya privilegiado un método entre otros.

Estoy a favor de los cuestionarios que ponen en relación opiniones y posiciones. Los cuestionarios tienen, entre otras, dos virtudes irremplazables. Una virtud "topográfica" al describir grandes tendencias objetivas y subjetivas que constituyen a los grupos sociales: así, puedo saber cómo viven y cómo piensan los obreros, los jóvenes, las mujeres, los provincianos, entre otros, y relativizar muchos clichés. El cuestionario también posee una virtud más analítica, al echar luz sobre la estructura de las opiniones y de las actitudes que forman, por así decir, sistemas. Pero como todo método tiene límites, no está asegurado que se utilice la yuxtaposición de opiniones como una manera de reconstruir los razonamientos sociales de los individuos ni que la sola correspondencia de actitudes y situaciones sea una explicación siempre satisfactoria. En efecto, el cuestionario pone a los actores en situación de jerarquizar opciones preconfiguradas. Le pide elegir entre opiniones ya "producidas", y no se puede obrar como si los individuos contasen con la capacidad de fabricar esos productos.

Estoy a favor de las entrevistas, pero a veces me sorprende que su interpretación se vea arrollada por la teoría del investigador. Cuando este ya tiene la certeza del sentido de lo que ha de oír, ¿para qué preguntar a las personas qué piensan? En un caso, la

gente piensa como el investigador espera que lo haga, y todo marcha bien; en el otro, la gente dice cosas inesperadas, luego, estaría ciega, alienada o no sabría qué dice ni qué hace. Eso sí: nunca puede demostrarse que es falsa la teoría inicial. La entrevista es útil cuando todos jugamos el mismo juego; es decir, cuando uno piensa que las personas interrogadas tienen cosas que decir y son tan "inteligentes y sinceras" como quien las interroga.

Estoy a favor de los métodos estadísticos, y hace poco me dediqué a ellos, bajo la esclarecida conducción de Marie Duru-Bellat. Estos métodos aportan una sensación de seguridad indiscutible, tienen incluso un aspecto fascinante y lúdico, desde que las bases de datos se hicieron relativamente accesibles y los programas informáticos son tan inteligentes, rápidos y fáciles de manipular. Al mismo tiempo, estos métodos nunca ofrecen dudas acerca de la construcción de los indicadores y acerca del problema de saber qué indican. La obsesión por la correlación hace que se tome cualquier correlación fuerte por una suerte de "ley", y que la ausencia de correlación —que, sin embargo, también proporciona información de interés— quede ignorada. A la vez que me sentía un poco "acomplejado" por los métodos estadísticos, noté que estos solían ser mucho menos restrictivos para el investigador que los archivos o las entrevistas, que no obstante tienen reputación de ser más "blandos". También existe el riesgo de *benchmarking*, de comparación y evaluación constantes, que crean entes de ficción a los que se termina tomando como reales. Eso uno lo descubre cuando esta técnica muestra que para ser feliz hay que tener la higiene de vida de los noruegos, pero el sistema de salud de los franceses; la escuela de los finlandeses, pero el clima de Italia; la discreción de los suizos, pero el dinamismo de los estadounidenses... Pero, por favor, no crean que esto es pura broma, cuando al respecto uno juzga a partir de las publicaciones de los grandes organismos internacionales, como la OCDE o el Banco Mundial, que ponen al mundo en ecuaciones y, con la ayuda de modelos económicos, buscan obstinadamente *one best way* para imponerlo a quienes ya no dan abasto. Como el método es fuerte, más vale conocerlo para saber cuáles son sus límites.

Practiqué incluso la observación participante cuando ocupé un cargo de profesor en un colegio durante el curso 1994-1995, para ver qué sucedía con las dificultades del oficio de docente. ¡Y pude verlas! Gracias a esta experiencia directa, debo también constatar en qué medida es difícil accionar, dar la clase, y mirarse accionar. Esa ocupación es tan pesada que ni siquiera pude llevarla a término; con el paso del tiempo, preferí volverme un docente decente antes que ser un sociólogo al acecho, incapaz de dar clase. En los aspectos secundarios de la vida profesional (sala de profesores y reuniones trimestrales de consejo*) era donde me sentía sociólogo y un poco *voyeur*. Hechas esas salvedades, nada puede reemplazar cierta inmersión en el ámbito y los problemas que estudiamos: así, comprendemos mejor lo que viven los demás, y evitamos algunos contrasentidos.

Todo eso para decir que no hay disputa de métodos, que todos son útiles, a condición de saber qué hacemos con ellos y qué podemos esperar. También a condición de saber que un método sociológico siempre es una relación social entre un actor y un investigador, que siempre es una manera de atribuir una posición al prójimo. En este aspecto, la corriente con que me identifico desde hace largo tiempo puede ser la más original.

LA INTERVENCIÓN SOCIOLÓGICA

Se pensó la intervención sociológica como un método que da respuesta a una pregunta muy específica: ¿cuáles son los significados de una acción colectiva? Y con mayor precisión todavía, ¿en qué medida esa acción es un movimiento social, cuál es el nivel de sus metas y en qué relaciones sociales se inscribe? Era cuestión de

* Instancia tripartita (la forman la autoridad del establecimiento junto con el cuerpo docente a cargo de una división, así como los delegados de los alumnos y de los padres) que en cada reunión hace un informe detallado acerca de todos y cada uno de los estudiantes que comparten aula. [N. del T.]

estudiar las luchas sociales, para así saber qué movimiento social podía sostenerlas. Dentro de ese marco, un movimiento social se define por el hecho de que moviliza a un actor que, en nombre de su identidad, afronta a un adversario dominante, que controla la inversión y las orientaciones de conjunto de la sociedad; además este conflicto tiene una meta de alcance general, una meta que excede los meros intereses de los integrantes del movimiento. En ese sentido, no todas las luchas sociales son movimientos sociales. En tanto la cuestión no pasa por satisfacer las creencias, convicciones e ideologías de los militantes, en tanto hay que preguntarse cómo se crea la acción, Alain Touraine imaginó un procedimiento metodológico bastante complejo que somete a actores y sociólogos a condiciones de investigación específicas, y que define con idéntica precisión la índole de las relaciones entre los sociólogos y los actores (Cousin y Rui, 2010; Touraine, 1978).

Les proponíamos a los militantes –en términos más amplios, a individuos involucrados– que se comprometiesen a participar en una larga serie de reuniones, durante las cuales se encontrarían con interlocutores, adversarios y asociados de su combate, y discutirían con ellos. En especial, los sociólogos se comprometían a que cuando finalizase la investigación discutirían sus análisis con los integrantes de los grupos. Desde el punto de vista técnico, esto supone un montaje bastante complicado, por diversas causas; por un lado, porque los grupos no deben ser homogéneos, con el propósito de que estén presentes varias tendencias o sensibilidades; por otro lado, porque es necesaria la presencia de dos investigadores por grupo, para que se controlen entre sí; y, por último, porque hace falta constituir muchos grupos con miras a obtener datos relativamente estables, más allá de la dinámica singular de cada grupo. Se crea por tanto un “contrato” muy peculiar entre actores e investigadores. Los investigadores se comprometen a intervenir sometiendo sus análisis a los integrantes de los grupos, antes que conservarlos como propiedad suya; y los actores se ven inmersos en un proceso de autoanálisis que poco a poco los lleva a poner distancia respecto de sus ideologías. De hecho, este método considera que los individuos son capaces de reflexionar acerca de sí mismos en condiciones relativamente controladas, bajo el

efecto de interlocutores que funcionan como estímulos, y el trabajo de interpretación se apoya más sobre el autoanálisis de los actores que sobre sus testimonios. Expresémoslo en forma más abstracta: es cuestión de construir un espacio de reflexiones y de debates, un espacio artificial que descansa sobre el postulado de una producción conjunta de conocimientos. Los sociólogos quieren producir conocimientos en un marco bastante exigente, los militantes piensan que al final el incremento de sus capacidades de análisis aumenta sus capacidades de acción.

El aspecto más original de este método reside en el término *intervención*. Mientras habitualmente se invita a los sociólogos a ser lo más neutros posible, aquí se ven obligados a reflexionar respecto de la vida de un grupo y de proponer un análisis a sus integrantes. ¿Por qué? Si los integrantes de un grupo interpretan su propia experiencia y la historia del grupo retomando los análisis de los investigadores y si esa misma operación se reproduce en varios grupos diferentes, animados por investigadores también diferentes, puede imaginarse que las hipótesis tienen una muy fuerte verosimilitud, lo que no quiere decir que sean “verdaderas”. En cambio, si los actores no se reconocen en las afirmaciones de los investigadores, es porque ese análisis es incompleto, “falso”, y debe volverse a trabajar en él. Esta manera de hacer sociología es la menos natural que existe, ya que apunta a producir un espacio de conocimiento en común superando la contradicción entre dos posiciones. Por un lado, rechaza la idea de que el conocimiento erudito y el natural sean compartimentos estancos, lo que se conocía como “ruptura epistemológica”. Por el otro, postula que si los actores saben lo que hacen, no lo saben espontáneamente desde el punto del sistema en que actúan; por tanto, no basta con tomar registro de los testimonios de actores para comprender su sentido y alcance.

A veces se reprochó a este método el ser “profético”, manipulador, y no encontrar otra cosa que la búsqueda. Extraña crítica, cuando se sabe que ese mismo método puso considerablemente en entredicho nuestras hipótesis respecto de los nuevos movimientos sociales. Creo que la resistencia contra la intervención sociológica no se debe a esta objeción, sino a dos exigencias muy potentes. El

método es muy gravoso: la formación de grupos, la búsqueda de interlocutores, la necesidad de formar un equipo de investigadores, lo prolongado de las sesiones y de los informes... De modo más fundamental, este método es incómodo, porque obliga a los investigadores a rendir cuentas a los actores y a verificar *in vivo* la validez de sus análisis. No es fácil decir a las personas con quienes uno trabajó: "Aquí tienen, vean cómo interpreto nuestro trabajo y acepto someterme a la crítica que me harán, en busca de que mis análisis den un sentido y una coherencia a lo que ustedes viven".

No se sale indemne de este método de trabajo, en especial del carácter de las relaciones que establece entre los sociólogos y sus objetos. Puede ser muy productivo: si el trabajo está bien hecho, permite plantear de modo directo a los actores las preguntas que se hacen los investigadores. Por eso retomé este método para estudiar experiencias que a priori poco tienen que ver con la acción colectiva organizada: la *galère* de los jóvenes de la periferia urbana; las experiencias escolares de los alumnos y de sus docentes; la experiencia profesional de los trabajadores sociales, los formadores de adultos y las enfermeras; algunos grupos profesionales... Lo irremplazable es que se pone a los individuos en situación de escapar al mero testimonio, de confrontar con otros, de verse impelidos a justificarse, de producir así razonamientos e hipótesis; y tanto más en la medida en que también el sociólogo se somete a esas exigencias. Este método no sólo tiene virtudes democráticas, también es productivo desde un punto de vista sociológico, poniendo sobre la mesa el doble punto de vista de los investigadores y de los actores. La experiencia acumulada demostró que los efectos de posición social tienen escasa cabida, porque este método intensifica las capacidades de reflexión y de análisis de los individuos; además son los actores más ideólogos, que creen detentar las llaves correctas, quienes más resistencia oponen a la intervención sociológica. Sin embargo, la mayoría de los individuos obtiene cierto contento: a fin de cuentas, no todos los días alguien se toma el tiempo de preguntarnos qué pensamos, cómo vemos el mundo, y nos escucha con seriedad.

Una vez terminada la investigación, la vida retoma su curso. No creo que este método consista en una técnica de acción cuyo ob-

jetivo sería transformar a los individuos que participaron en ella. Incluso es deseable no poner en riesgo a los integrantes de los grupos cuando la investigación revela los aspectos más sombríos, frágiles y destructivos de su experiencia. No es una terapia, y es bueno que la investigación tenga como límite cierto fuero interno, cierta reserva personal. En todos los casos, me prohíbo transformar al sociólogo en *coach* o en consejero. Pese al trabajo en común, hay que aceptar que se reconstituya un intervalo entre la sociología y la acción, entre el análisis sociológico y el autoanálisis de los actores, aunque por un momento la investigación misma intente superar esta distancia. Al comprometernos con aquellos a quienes interrogamos, nos hacemos responsables de ellos; lo mínimo que les debemos es no debilitarlos o querer ayudarlos sin estar en condiciones de asumir, y personalmente, las consecuencias de esa iniciativa.

Más arriba señalaba que el compromiso sociológico requiere tratar a los demás como me gustaría que me trataran, y aplicarles teorías que me aplicaría a mí mismo. La intervención sociológica pone en práctica esta fórmula moral. Por ese motivo, aunque sea bueno que los actores y los investigadores encuentren un lenguaje en común durante la investigación misma y en condiciones controladas, es necesario que se separen unos de los otros, puesto que los intereses de investigación y los intereses de acción nunca coinciden por completo. Este imperativo dicta también una manera de escribir y de devolver a los individuos lo que se les debe. A fin de cuentas, de ellos sale la paga para el funcionario que yo soy.

11. A los estudiantes que se interesan por la sociología

Acerca de la universidad y de la universidad superior · Estudios por (re)construir · La cultura de base de los sociólogos · Los tiempos de la juventud

Como recién vimos, el sociólogo no podría tomarse por un *coach*, ni incitar a hacer sociología antes que otra cosa. Si bien la sociología me interesa y a veces me apasiona, hay otras mil cosas que hacer, todas útiles y estimulantes por igual. Antes que esforzarme por incidir en la demanda, en la elección que haga un lector, alabando para él los encantos de la sociología, querría reflexionar acerca de la oferta de formación en esta disciplina, para que, si un estudiante se decidiese por esa opción, obtenga alguna respuesta de la mejor de las formas posibles.

LA UNIVERSIDAD

La universidad francesa anda mal, y eso no es novedad. Históricamente, y al contrario de la mayoría de los países comparables a ella, Francia no optó por las universidades. La selección y la formación de las élites pasan por las escuelas superiores (incluidas las técnicas), las *grandes écoles*. De unos años a esta parte, se multiplicaron las pequeñas grandes escuelas. Delatando su vocación, que consiste en privilegiar los estudios breves y a los estudiantes surgidos de los *cursus* técnicos, los institutos universitarios de tecnología (IUT) se constituyeron como uno de los niveles de esas escuelas, contando con la facultad de seleccionar a sus estudiantes. Mientras la cantidad de estudiantes era relativamente limitada y había una concordancia entre la demanda de empleo para graduados y la oferta de empleos, la situación no era trágica. Pero con el *boom* escolar las cosas no tienen matices: los mejores

estudiantes del *lycée* asisten a las clases preparatorias, aprueban concursos o eligen las carreras universitarias selectivas que se perciben como más rentables. Las humanidades y las ciencias humanas y sociales son el furgón de cola: salvo algunas excepciones, las eligen los estudiantes que no pueden ir a otro lado o que esperan obtener certificación de estudios de grado que los posicione en el nivel *bac + 3*, para así poder pasar los exámenes de nivel *bac + 2*,* como el de las escuelas de trabajadores sociales o de ciertos IUT. Hay tantos fracasos en el primer año no sólo porque el nivel de la formación sería demasiado exigente, sino también porque muchos estudiantes no eligieron en verdad estar allí y no se presentan a los exámenes.

En cuanto a la investigación, la tradición francesa no es favorable a la universidad. Aun antes de que se crease el CNRS, cada vez que se planteaba un programa científico, se asignaban recursos e investigadores por fuera de la universidad, creando los establecimientos superiores [*grands organismes*]. Pese a la multiplicación de laboratorios y a una financiación más generosa de la investigación universitaria, las condiciones de trabajo de los docentes-investigadores se degradaron. Un docente-investigador enseña, lo que es usual, pero dedica cada vez más tiempo al manejo de asuntos universitarios; tiene así una actividad específica que lo hace competir con sus colegas de los establecimientos superiores, que pueden dedicar todo su tiempo a la investigación. En cierta medida es como si en los mismos certámenes debiesen enfrentarse aficionados y profesionales. A veces los universitarios tienen una mala vivencia de esta competición, que también puede llevarlos a descuidar la enseñanza, porque sólo la investigación otorga prestigio y reconocimiento.

Tal vez porque nunca se consideró que las universidades desempeñan un papel primordial, constituyen un ámbito liberal, lo que está bien, pero un ámbito anómico, lo que ya no está tan bien. Cada

* Este sistema por "módulos" o "créditos" permite rendir de modo parcial los exámenes indispensables para obtener la graduación como licenciado, o bien negarse a rendir alguno de ellos, pero preservar cierto aval de conocimientos adquiridos. [N. del T.]

departamento es más o menos libre de definir sus programas y, a fin de cuentas, gran entendedor sería quien pudiese decir qué sabe y qué sabe hacer un estudiante francés en materia de literatura, lenguas o psicología. Cada departamento podría eventualmente decirlo; la universidad en conjunto no es capaz de hacerlo. Todo depende del sitio en que un estudiante hizo sus estudios, incluso cuando uno defiende la igualdad de los títulos de estudio, sin excepción. Por otra parte, señalemos que la igualdad nacional de esos títulos está tanto más consolidada por cuanto los diplomas en cuestión son poco rentables en el mercado del trabajo. Por supuesto, ese no es el caso para los diplomas selectivos, cuya jerarquía se establece de muy inequívoca manera.

Por último, para los estudiantes, si la universidad ofrece los encantos de la libertad, también es particularmente poco acogedora. En ella la vida asociativa es pobre, la participación en las elecciones universitarias aún más pobre, las actividades culturales y deportivas son anecdóticas, cuando uno las compara con el dinamismo de la mayor parte de las universidades extranjeras; en este contexto, las asociaciones de ex alumnos capaces de ayudar a los recién llegados para orientarse en la universidad y en el mercado del trabajo son muy escasas, cuando son esenciales en las escuelas, grandes o no tan grandes. A veces llego a pensar que si los estudiantes de las facultades de letras y de ciencias humanas se movilizan con tanta facilidad contra distintas reformas, sin duda se debe a que están inquietos, y tienen motivos para estarlo, pero también a que esas luchas les dan por fin la sensación de ser estudiantes de verdad, integrantes de una comunidad universitaria. Toman las sedes de sus facultades, hablan de la universidad, adquieren una identidad colectiva y una existencia pública, en momentos en que la vida universitaria normal los atomiza y dispersa.

Al fin y al cabo, ese sistema es profundamente inequitativo y poco eficaz. Los estudiantes menos favorecidos son quienes quedan en la universidad de masas, donde tendrán la formación menos exigente y menos costosa. Como demostró Marie Duru-Bellat (2006), la rentabilidad promedio de los títulos educativos decae, mientras la capacidad científica de la universidad francesa no es de las mejores, cuando se la compara con los organismos supe-

riores, y cuando se confronta la investigación francesa con la de países comparables.

Desde luego, se produjeron cambios en estas últimas dos décadas. Hay más laboratorios en el área de humanidades y de ciencias sociales. La contratación cuatrienal introduce un poco de coherencia y mucho "papelerío"; las universidades tienen a las claras más autonomía de la que poseían. La ley de reforma de las universidades puede incluso introducir cambios radicales. Las universidades que tienen un potencial de investigación de mayor magnitud así como la capacidad de elegir a sus estudiantes —aunque no lo divulguen—, esas mismas universidades que tendrán la capacidad política más sólida, saldrán gananciosas, mientras que las demás corren el riesgo de verse muy debilitadas. Cada cual sabe, confía o teme, sin admitirlo mucho, que su universidad (o su facultad) llevó la mejor o la peor parte. Sin embargo, las universidades y las "grandes escuelas" parecen intocables, de tanto que temen las élites francesas dejar un sistema de selección que les resulta tan favorable; en este caso, basta con mencionar un desafío vital para el país, para así hacer creer que es una cuestión de interés general. Esos grandes organismos se sienten amenazados, pero de momento todavía estamos lejos de un estatuto común a todos los investigadores y a todos los docentes-investigadores. Por detrás de una fachada de unidad y ciertos altos principios repetidos al infinito, el sistema francés de enseñanza superior y de investigación sigue estando profundamente segmentado en un sinnúmero de estatutos, de instituciones, de grupos que hacen de él un conjunto poco descifrable o, al contrario, tan transparente que un estudiante bien informado puede tener la sensación de que le conviene no ir a la universidad, en tanto tiene abiertas ante sí otras opciones.

Cuando uno tiene amor por su disciplina, cuando uno la cree útil y quiere defenderla, no puede aceptar esta situación. En consecuencia, puede gruñir, machacar sobre lo mismo sin avanzar, protestar, decir que cada reforma pone en riesgo a la civilización y la cultura, decir que cada uno de nosotros es un premio Nobel impedido de alcanzar logros, decir que cualquier estudiante debería encontrar el empleo que se corresponde con los estudios

que eligió, a la vez que con sensatez aconseja a sus propios hijos que huyan cuanto puedan de la universidad. Y también uno puede intentar cambiar las cosas.

CONSTRUIR ESTUDIOS

Escribo estas líneas desde la universidad de Montreal, donde enseño durante un semestre. Es una universidad pública y no selectiva. No todo es perfecto aquí, y no se trata de un modelo que imitar y exportar a Francia. Sin embargo, aquí encuentro a muchos estudiantes franceses que suelen declararse muy felices con sus condiciones de estudio y de vida tanto más fáciles que en una gran ciudad francesa, en especial París. A algunos de ellos, sobre todo los más avanzados en sus estudios, les costará mucho volver a Francia, y eso no se explica sólo por el mercado del trabajo, tanto más favorable a los jóvenes en Canadá que en Francia: las condiciones de estudio inciden en gran medida.

En sociología, buena parte de los estudiantes de primer año no cursan sólo sociología. También se forman en psicología, historia, economía y filosofía. No siempre son los mejores alumnos de la enseñanza superior, pero ponen mucho empeño. Para mi curso semestral de primer año, me entregan cuatro fichas de lectura y dos monografías [*dissertations*]. Y como tienen muchos cursos, trabajan mucho. Es cierto que, a diferencia de los estudiantes franceses, son beneficiarios de una formación abierta y diversificada, adquieren una cultura general que, llegado el momento, les permitirá hacer opciones y especializarse en una disciplina. La universidad francesa eligió especializar prematuramente a los estudiantes de ciencias humanas y meterlos en carriles directos que deberían llevarlos hacia los oficios de investigadores o de docentes una vez obtenido el CAPES o la *agrégation*. Esto es comprensible cuando uno se forma en un oficio —ingeniero, técnico, médico, enfermero—, pero es absurdo para los demás. ¿Cómo construir una especialización tan precoz sobre la base de una cultura general tan endeble como la dada por el *lycée*, y sobre proyectos tan inciertos?

Para ser un buen sociólogo, hay que tener algunos conocimientos de historia, economía, psicología... En primer lugar, por el hecho mismo de cultivarse, luego para elegir. Esa situación es tanto más extraña por cuanto los mejores alumnos siguen clases preparatorias en que la formación es menos especializada, en que los ejercicios pedidos son numerosos, mientras que este tipo de formación y encuadre sería mucho más útil para los estudiantes a quienes se tiene por menos buenos.

Por ende, estoy a favor de que los primeros ciclos sean pluridisciplinarios o "a la carta". Eso exigiría que las universidades mismas fuesen pluridisciplinarias y ya no reprodujesen el orden de las antiguas facultades de letras, de ciencias, de derecho y de medicina. No sólo cada disciplina tendría interés en frecuentar a las demás, sino que sería bueno que se enseñase de manera sistemática ciencias sociales a científicos, ingenieros, médicos y juristas, de igual manera que nosotros aprovechamos la enseñanza de lenguas extranjeras, de rudimentos de informática y de derecho, entre otros. Es normal que cada disciplina se organice en sus laboratorios, revistas y tradiciones. Sin embargo, debería asociarse a esa organización por disciplinas una organización por "objetos" y por problemas, de la cual podría tomarse, con preocupaciones más prácticas, cada disciplina. Eso hacen las ciencias de la naturaleza, creando institutos en que varias disciplinas trabajan en conjunto acerca del mismo objeto: los materiales compuestos, el medio ambiente, la energía, el agua, y así sucesivamente. Cuando se sabe, por ejemplo, que la salud es tema de biología, de medicina, de políticas públicas, antropología, de economía y de sociología, ¿por qué no crear institutos en que estas disciplinas estén asociadas para responder a los desafíos de la sociedad, cuya urgencia no pasa desapercibida para nadie?

Después de ese primer ciclo, los estudiantes se especializan. Deben hacerlo alternando cursos, vida de laboratorio y prácticas [*stages*]. Grandes avances se hicieron en la materia, y la redacción de la tesis de maestría o de grado ya no es el ejercicio completamente solitario que yo conocí. Con todo, todavía estamos lejos de cumplir las expectativas. Los estudiantes avanzados deberían tener a su disposición despachos y computadoras, deberían tener

encuentros más frecuentes y fáciles con sus docentes, y nosotros podríamos exigir más de ellos si les aportásemos más. Esto supone recursos, sedes y dinero, pero requiere también cambiar la cultura universitaria, considerar que el trabajo científico es algo más que una hazaña personal, y que lo sustancial se logra, en este como en otros ámbitos, gracias a la densidad de los lazos de trabajo.

La formación de los estudiantes no pasa sólo por los cursos y los seminarios: también la produce la educación implícita que el medio universitario permite. Las escuelas lo saben, y así multiplican los clubes culturales, deportivos, políticos, filantrópicos, esperando de cada alumno que se comprometa en la vida de su institución y, en términos más amplios, en la vida civil. Ese es uno de los encantos de la universidad de Montreal al cual resultan más sensibles los alumnos franceses. Hay que admitir que, en la materia, nuestra vida universitaria es particularmente pobre. Nuestros estudiantes no suelen ver en ella más que una administración agobiada de trabajo, caduca, un poco indiferente, y a veces un sistema desorganizado y poco comprensible. No conocen el nombre del rector de la universidad, a cuya elección hicieron un aporte, su "patriotismo" universitario es de los más escasos, y a menudo su vida estudiantil, una de las más pobres. ¿Por qué interesarse por la universidad, cuando uno cursa ahí unas pocas materias por semana? No pongo en tela de juicio a mis colegas, acusados en forma demasiado injusta de ser individualistas e indiferentes; en cambio sí condeno una tradición histórica y un modelo académico algo satisfactorios cuando los estudiantes eran poco numerosos, seleccionados y casi con la seguridad de encontrar empleo, pero que es un modelo que ya no funciona.

De manera general, los sistemas educativos no crean empleos, y aún menos empleos que se correspondan con las formaciones elegidas por los estudiantes. No somos responsables del mercado del trabajo. En cambio, somos responsables de la calidad de la formación que impartimos y de la calidad de la educación que permitimos. Tengo la convicción de que estudiantes bien formados, con confianza en sí mismos, capaces de comprender algo mejor el mundo en el cual viven, estarían mejor provistos y generarían una vida social mejor que la que conocemos. No

podemos prometer a los estudiantes que el día de mañana ocuparán el empleo que soñaron si eligen sus estudios "con libertad". Esa es otra lucha. Pero podemos prometer brindarles los mejores estudios posibles.

Nuestro sistema universitario no sólo es poco eficaz; también es muy injusto. Asignamos muchos más recursos a las formaciones de élite que a las demás, lo cual no es escandaloso cuando uno piensa que la calidad de las élites es una buena inversión colectiva. Todo sería perfecto si esos estudiantes no fuesen en su gran mayoría surgidos de los medios más favorecidos. Por detrás del velo de ignorancia de la casi gratuidad de los estudios superiores, las transferencias financieras se realizan más bien a favor de los más favorecidos. Reciben mayores ayudas, mejor formación, y obtendrán los empleos mejor remunerados y más prestigiosos. Mientras tanto, muchos estudiantes viven con recursos muy escasos. El sistema de becas no hace gran diferencia: ayuda a gran cantidad de estudiantes, pero de manera muy poco significativa, y no equivale a contrato real alguno. En realidad, esta injusticia está fuertemente interiorizada. Hoy en día, se multiplican las cuotas y las medidas que permiten a los mejores alumnos de los medios menos favorecidos acceder a las clases preparatorias y, el día de mañana, a la élite. En términos de igualdad de oportunidades, nada hay que objetar a estas políticas. De todos modos, no sólo conciernen a una cantidad muy reducida de elegidos, sino que convalidan y prorrogan la profunda jerarquía de formaciones, en la cual la universidad es una opción de segundo orden, y hasta de tercero, detrás de los IUT y las diplomaturas de técnico superior (BTS). Por un lado, la voluntad de transformar la universidad parece real; por el otro, la propiciada subsistencia de las desigualdades internas del sistema parece aún más sólida. No caemos en el facilismo de acusar sólo a los sucesivos gobiernos. En un país en que las élites se producen y reproducen de esa manera, es poco verosímil que ellas opten por tomar un riesgo elevando la calidad de la universidad.

EL TIEMPO DE LOS ESTUDIOS

Una lograda investigación comparó las distintas maneras de ser joven en Inglaterra, Dinamarca, España y Francia (Van de Velde, 2008). En ella los jóvenes franceses parecen ser, y con mucho, los más pesimistas, los más ansiosos, los más desprovistos de confianza en sí mismos y en los demás (Galland, 2009). El mercado del trabajo y las desigualdades sociales no lo explican todo, ya que si les son muy favorables a los jóvenes daneses, las desigualdades sociales son elevadas en Inglaterra y en España, donde el desempleo es excepcionalmente fuerte. Lo que parece ser diferente en los distintos países es la construcción misma de la experiencia juvenil. Durante seis o siete años después del *lycée*, a los jóvenes daneses se los alienta a volverse autónomos y construir su propia experiencia. Se les da ayuda para procurarse vivienda, seguir sus estudios, trabajar; la mayoría trabaja y estudia a la vez, tiene derecho al error y así va entrando de a poco en la vida adulta. Los jóvenes ingleses comparten ese mismo modelo, pero dentro de un marco más inequitativo y menos sostenido por el Estado. Los jóvenes españoles permanecen mucho tiempo en su familia y acceden al empleo gracias a la fuerza de sus redes sociales tanto como a sus estudios. En Francia, todo sucede como si los jóvenes hubiesen interiorizado la idea de que no puede haber salvación por fuera del éxito escolar, y que los títulos educativos deben automáticamente dar acceso a un empleo determinado. Esperan demasiado de sus diplomas, suelen sentirse fracasados y mal orientados, perciben los trabajos menores como obligaciones injustas más que como oportunidades, esperan menos de sí mismos que de las instituciones que siempre los defraudan.

En la medida en que es ilusorio imaginar que la libre elección de estudios desemboca en los empleos anhelados no bien uno se sitúa en una enseñanza superior de masas, podemos seleccionar a los estudiantes cuando egresan del *lycée*, o bien cambiar nuestra representación de la formación. La selección no me parece aceptable: ¿qué haremos con los no seleccionados? Sin embargo, observo que cuando los estudiantes protestan contra la selección no parece causarles impresión que entre ellos cerca de la mitad sean

seleccionados, y a veces ferozmente. Considero que deberíamos acondicionar el tiempo de los estudios de modo que sea también el tiempo de la formación personal. Uno debe poder trabajar y estudiar al mismo tiempo, a condición de acomodar el trabajo y los estudios para que esto sea posible. Los estudiantes canadienses lo hacen, lo desean y lo reivindican. Observamos que los estudiantes de las universidades que trabajan cerca de diez de horas por semana tienen mejores resultados escolares que sus compañeros, ya que tal vez exista un dinamismo de la actividad, de la capacidad de organizarse y de la sensación de autonomía (Beffy, Fougère y Maurel, 2009; Moulin, 2010). Y cuando las condiciones de trabajo son inaceptables, nada impide denunciarlas y sindicalizarse como todos los asalariados hacen o pueden hacer. Nada impide que las instituciones se preocupen por este problema, y así ellas mismas ofrezcan empleos, protejan a los estudiantes. ¿Por qué no extender las horas de apertura de las bibliotecas contratando estudiantes de manera más sistemática? ¿Por qué no utilizar las redes de ex alumnos para ayudar a los nuevos? Las grandes escuelas "republicanas" francesas, los países escandinavos "socialdemócratas", las universidades anglosajonas "liberales" lo hacen en verdad muy bien. Debería ser posible, a condición de no pensar que en ese trance todo consiste en organizar la precariedad, sino aportar recursos, enriquecer experiencias, facilitar los itinerarios que desembocarán en un proyecto y un empleo. ¿Hace falta recordar que el acceso al empleo mediante concursos sólo vale para una muy escasa parte de la población y que el apego a ese único modelo es una manera de marginar a los demás? Uno debe tener la posibilidad de circular por las formaciones, cambiar de orientación sin perder demasiado tiempo, cambiar de universidad o facultad, ir a ver cómo son las cosas en otros lados. Uno debe tener la posibilidad de viajar o trabajar a tiempo completo y retomar sus estudios. Uno debe regresar a sus estudios cuando lo necesite o lo desee. Bajo ningún concepto es razonable propiciar los estudios cerca de donde uno vive y en las formaciones que existen también cerca. Tal vez sería más racional dar verdaderas becas y permitir a los estudiantes moverse y cambiar de aires. Ya que la juventud es un período lábil de la vida, durante el cual uno se forma a sí

mismo tanto como es formado por los demás, es preferible ayudar a los jóvenes a franquear esa etapa antes que crear carriles llenos de obstáculos, donde sólo sobreviven los más favorecidos, los más resistentes y los más fuertes.

Y, pese a todo, un consejo. Aliento a los alumnos que querrían hacer sociología a comprometerse; el interés intelectual debe ser el principal motor de los estudios. Pero también los invito a desarrollar otras competencias, a buscar trabajos de temporada, a viajar, a hacer música y política si se les antoja. Los aliento a darse el tiempo para saber qué quieren llegar a ser, pero no a perder el tiempo. Algunos de ellos serán sociólogos profesionales de la investigación, otros harán sociología en empresas, organizaciones, asociaciones o administraciones públicas. Otros acaso nunca hagan sociología, pero sus estudios los habrán formado y transformado. También por esa razón es útil la sociología.

Montreal, otoño boreal de 2010

Referencias bibliográficas

REFERENCIAS GENERALES

- Aron, R. (1960), "Science et conscience de la société", *Archives Européennes de Sociologie*, t. I [ed. cast.: "Ciencia y conciencia de la sociedad", en *Estudios políticos*, México, FCE, 1997].
- Aubenas, F. (2010), *Le Quai de Ouistreham*, París, L'Olivier.
- Beaud, S. (2002), *80 % au bac, et après?*, París, La Découverte.
- Beffy, M.; Fougère, D. y Maurel, A. (2009), "L'impact du travail salarié des étudiants sur la réussite scolaire et la poursuite des études universitaires", *Économie et Statistiques*, n° 422.
- Berthelot, J.-M. (1992), *L'intelligence du social*, París, PUF.
- Boltanski, L. y Thévenot, L. (1991), *De la justification. Les économies de la grandeur*, París, Gallimard.
- Boudon, R. (1973), *L'inégalité des chances dans les sociétés industrielles*, París, Armand Colin [ed. cast.: *La desigualdad de oportunidades. La movilidad social en las sociedades industriales*, Barcelona, Laia, 1983].
- (1986), *L'idéologie ou l'origine des idées reçues*, París, Fayard.

- (2002), "À quoi sert la sociologie?", *Cités*, n° 10: 133-156.
- Bourdieu, P. (1993), *La misère du monde*, París, Seuil [ed. cast.: *La miseria del mundo*, Buenos Aires, FCE, 1999].
- (1997), *Méditations pascaliennes*, París, Seuil [ed. cast.: *Meditaciones pascalianas*, Barcelona, Anagrama, 1999].
- Bourdieu, P.; Chamboredon, J.-C. y Passeron, J.-C. (1968), *Le métier de sociologue*, París, Mouton - Bordas [ed. cast.: *El oficio de sociólogo. Presupuestos epistemológicos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2002].
- Bourdieu, P. y Passeron, J.-C. (1964), *Les héritiers*, París, Minuit [ed. cast.: *Los herederos*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003].
- Burawoy, M. (2005), "2004 American Sociological Association presidential address: For public sociology", *American Sociological Review*, vol. 70, 1ª entrega, 4-28.
- Coleman, J. S. (1990), *Foundations of social theory*, Cambridge (Mass.), Harvard University Press.
- Cousin, O. y Rui, S. (2010), *L'intervention sociologique*, Rennes, Presses Universitaires de Rennes.
- Crozier, M. (1963), *Le phénomène bureaucratique*, París, Seuil [ed. cast.: *El fenómeno burocrático*, Buenos Aires, Amorrortu, 1974].
- Crozier, M. y Friedberg, E. (1977), *L'acteur et le système*, París, Seuil [ed. cast.: *El actor y el sistema. Las restricciones de la acción colectiva*, México, Alianza, 1990].
- Dubar, C. (2002), "Les tentatives de professionnalisation des études de sociologues: un bilan progressif", en B. Lahire (ed.), *À quoi sert la sociologie?*, París, La Découverte.

- Dumont, L., (1983), *Essais sur l'individualisme*, París, Seuil [ed. cast.: *Ensayos sobre el individualismo*, Madrid, Alianza, 1987].
- Duru-Bellat, M. (2006), *L'inflation scolaire*, París, Seuil.
- Elster, J. (2007), *Explaining social behaviour*, Cambridge, Cambridge University Press [ed. cast.: *La explicación del comportamiento social. Más tuercas y tornillos para las ciencias sociales*, Barcelona, Gedisa, 2010].
- Foucault, M. (1975), *Surveiller et punir*, París, Gallimard [ed. cast.: *Vigilar y castigar. Nacimiento de la prisión*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2008].
- (1984), *Le souci de soi (Histoire de la sexualité, 3^e vol.)*, París, Gallimard [ed. cast.: *Historia de la sexualidad, vol. III: La inquietud de sí*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2003].
- (2008), *Le gouvernement de soi et des autres*, París, Gallimard [ed. cast.: *El gobierno de sí y de los otros. Curso en el Collège de France (1982-1983)*, Buenos Aires, FCE, 2009].
- Fournier, M. (2007), *Émile Durkheim*, París, Fayard.
- Galland, O. (2009), *Les jeunes Français ont-ils raison d'avoir peur?*, París, Armand Colin.
- Garfinkel, A. (2007), *Recherches en ethnométhodologie* [1968], París, PUF [ed. cast.: *Estudios en etnometodología*, Barcelona, Anthropos, 2006].
- Goffman, E. (1973), *La mise en scène de la vie quotidienne* [1959], París, PUF [ed. cast.: *La presentación de la persona en la vida cotidiana*, Amorrortu, 1993].
- (1979), *Asiles* [1961], París, Minuit [ed. cast.: *Internados. Ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales*, Buenos Aires, Amorrortu, 1994].
- Hamon, H. y Rotman, P. (1934), *Tant qu'il y aura des profs*, París, Seuil.

- Honneth, A. (2006), *La société du mépris*, París, La Découverte [ed. cast.: *Crítica del agravio moral. Patologías de la sociedad contemporánea*, Buenos Aires, FCE, 2009].
- Lahire, B. (2004), *La culture des individus*, París, La Découverte.
- Martuccelli, D. (2002), *Grammaires de l'individu*, París, Gallimard [ed. cast.: *Gramáticas del individuo*, Buenos Aires, Losada, 2007].
- (2006), *Forgé par l'épreuve*, París, Armand Colin.
- Masson, P. (2001), "La fabrication des Héritiers", *Revue Française de Sociologie*, vol. 42, n° 3: 477-507.
- Mendras, H. (1967), *La fin des paysans*, París, SEDEIS.
- Moore, B. (1978), *Injustice. The social bases of obedience and revolt*, Londres, Macmillan [ed. cast.: *La injusticia: bases sociales de la obediencia y la rebelión*, México, UNAM - Instituto de Investigaciones Sociales, 1996].
- Morin, E. (1962), *L'esprit du temps*, París, Grasset [ed. cast.: *El espíritu del tiempo: ensayo sobre la cultura de masas*, Madrid, Taurus, 1966].
- Moulin, S. (2010), "Statistical categorization of young people's entry to labor market: a France/Canada comparison", *International Journal of Comparative Sociology*, vol. 51, n° 1-2.
- Passeron, J.-C. (1991), *Le raisonnement sociologique. L'espace non poppérien du raisonnement naturel*, París, Nathan.
- Sartre, J.-P. (1951), *Qu'est-ce que la littérature?*, París, Gallimard [ed. cast.: *¿Qué es la literatura?*, Buenos Aires, Losada, 1957].
- Singly, F. de (2000), *Libres ensemble*, París, Nathan.

- (2005), *L'individualisme est un humanisme*, La Tour d'Aigues, L'Aube.
- Touraine, A. (1966), *La conscience ouvrière*, París, Seuil.
- (1969), *La société postindustrielle*, París, Denoël [ed. cast.: *La sociedad postindustrial*, Barcelona, Ariel, 1969].
- (1978), *La voix et le regard*, París, Seuil.
- (1984), *Le retour de l'acteur*, París, Fayard [ed. cast.: *El regreso del actor*, Buenos Aires, Eudeba, 1987].
- (1992), *Critique de la modernité*, París, Fayard [ed. cast.: *Crítica de la modernidad*, Buenos Aires, FCE, 1994].
- Touraine, A.; Dubet, F.; Hegedus, Z. y Wieviorka, M. (1978), *Lutte étudiante*, París, Seuil.
- (1980), *La prophétie anti-nucléaire*, París, Seuil.
- (1981), *Le Pays contre l'État: luttes occitaines*, París, Seuil [ed. cast.: *El País contra el Estado: las luchas occitanas*, Valencia, Alfonso el Magnánimo, 1983].
- Touraine, A.; Dubet, F.; Strzelecki, J. y Wieviorka, M. (1982), *Solidarité*, París, Fayard.
- Touraine, A.; Wieviorka, M. y Dubet, F. (1984), *Le mouvement ouvrier*, París, Fayard.
- Van de Velde, C. (2008), *Devenir adulte*, París, PUF.
- Weber, M. (1965), *Essais sur la théorie de la science*, París, Plon.
- Wright Mill, C. (1963), *L'imagination sociologique* [1959], París [ed. cast.: *La imaginación sociológica*, México, FCE, 1961].
- REFERENCIAS A TEXTOS DE FRANÇOIS DUBET**
- Dubet, F. (1987), *La galère*, París, Fayard.
- (1991), *Les lycéens*, París, Seuil.

- (1994), *Sociologie de l'expérience*, París, Seuil [ed. cast.: *Sociología de la experiencia*, Madrid, Complutense, 2010].
- (1998), *Dans quelle société vivons-nous?*, París, Seuil [ed. cast.: *¿En qué sociedad vivimos?*, Buenos Aires, Losada, 2000].
- (1999), *Le collège de l'an 2000*, París, La Documentation Française.
- (2002), *Le déclin de l'institution*, París, Seuil [ed. cast.: *El declive de la institución: profesiones, sujetos e individuos en la modernidad*, Barcelona, Gedisa, 2006].
- (2002), "Pourquoi ne croit-on pas les sociologues?", *Éducation et Société*, n° 9-1, pp. 13-25.
- (2004), *L'école des chances*, París, Seuil [ed. cast.: *La escuela de las oportunidades: ¿qué es una escuela justa?*, Barcelona, Gedisa, 2005].
- (2007), *L'expérience sociologique*, París, La Découverte [ed. cast.: *La experiencia sociológica*, Barcelona, Gedisa, 2011].
- (2009), *Le travail des sociétés*, París, Seuil [ed. cast.: *El trabajo de las sociedades*, Buenos Aires, Amorrortu].
- (2010), *Les places et les chances. Repenser la justice sociale*, París, Seuil [ed. cast.: *Repensar la justicia social. Contra el mito de la igualdad de oportunidades*, Buenos Aires, Siglo XXI, 2011].
- Dubet, F.; Caillet, V.; Cortéséro, R.; Mélo, D. y Rault, F. (2006), *Injustices. L'expérience des inégalités au travail*, París, Seuil.
- Dubet, F. y Duru-Bellat, M. (2000), *L'hypocrisie scolaire*, París, Seuil.
- Dubet, F.; Duru-Bellat, M. y Vérétoit, A. (2010), *Les sociétés et leur école*, París, Seuil.
- Dubet, F. y Lapeyronnie, D. (2004), *Les quartiers d'exil*, París, Seuil.

- Dubet, F. y Martuccelli, D. (1996), *À l'école*, París, Seuil [ed. cast.: *En la escuela. Sociología de la experiencia escolar*, Buenos Aires, Losada, 2000.]